Seix Barral Biblioteca Breve

Antonio Prieto

Cartas a un viejo amigo difunto

ÍNDICE

Portada
Índice
Dedicatoria
I. Camino hacia ayer
II. Retorno a casa
III. Segunda carta desde Roma a Hilario
IV. La tertulia. Se manifiesta Clodia, terrenal, de Tíjola
V. De vuelta a Roma. Clodia celestial
VI. La otra Clodia, la terrenal, y la decisiva Natalia
VII. La despedida de Augusto
VIII. Te escribo, Hilario, de Tíbulo y algo de Ovidio, mi amigo
IX. El regreso, la casa y unas vecinas
X. Clodia terrenal
XI. La relectura de Poggio
XII. Luciana, mi vecina
XIII. Paréntesis
XIV. Largo y variado capítulo con Berta al fondo
XV. Me despido
Créditos

Para María Vázquez e Isabel Martín,
gracias por esperarme, aunque no sea muy
de caballeros que unas damas te aguarden

I

CAMINO HACIA AYER

¿Acaso tú, Hilario, viejo amigo, podrías asegurarme que mañana alguien atenderá mi palabra? ¿Que ella podrá ser leída o escuchada por un amigo y no despedida con indiferencia para hundirse en el pantano de la nada?

Precisamente ayer, camino de la costa, acompañaba al princeps, o sea al César Octavio Augusto, el primero entre los ciudadanos, porque se había levantado con el capricho de ver cómo se despertaba el mar, tras el largo sueño con la oscuridad de la noche. Quería comprobar si se alzaba airado por la enemistad del viento o lo hacía serenamente, sin que ninguna luminosidad hiriera el sueño calmo mantenido entre los peces que lo aclamaron.

—¿Conoces —me preguntó de pronto— a Trasíbulo, hijo de Jenócrates?

Negué con la cabeza e insistió con rapidez:

—¿Ni siquiera lo has oído nombrar?

—Ni siquiera —proseguí negando.

—Pues el tebano Píndaro, el poeta que los ensalza en su oda pítica, aseguró que ni la lluvia invernal ni el fuerte Aquilón borrarían el templete, tesoro arquitectónico en el que figuran sus nombres. Recuerda que en los versos de esta oda y en otras se animó el gran Horacio para asegurar el valor inmortalizador de la poesía, el no morir del todo que otorga esperanza. Y ahora llegas tú y ni siquiera recuerdas los nombres que Píndaro fijó. Niegas con ello hasta la famosa oda de Horacio que nos daba valor ante la viciosa muerte.

Comprendí que había metido la pata mi ignorancia y que tardaría tiempo en volver nuevamente a mí la voluntad de Augusto. Me lo aseguraba el gesto serio del princeps, que quizás estuviera interrogándole al mar sobre su acierto en mandarme llamar a

España, cuando apenas si reunía méritos para ser miembro popular del senado.

Me vinieron entonces a la mente todas las advertencias sobre el princeps que me había ofrecido Clodia gratuitamente. Clodia era todavía una hermosa cortesana de la que se comentaba en Roma que su arte retrasó más de una vez el encuentro de Antonio con Cleopatra. Me aferraba a la imagen de Clodia no ya por su tentador atractivo sino porque no acertaba a defenderme ante Augusto aduciendo que cada día era más difícil retener en la memoria el nombre de las personas porque su número aumentaba, crecía y crecía, y dentro de poco retener sus nombres sería retener nominalmente a toda una humanidad. No, no me encontraba en disposición de mostrarle al viejo emperador, que había cruzado los setenta años, esta verdad cuyo cumplimiento exigía la respiración de vivir y defender el presente alimentando olvidos e ignorancias por falta de espacio.

Clodia, iba escribiéndote, tenía una extraordinaria vitalidad, eficiente cuidadora de todo, incluso de su virginidad, y fue la que pronto me indicó que el princeps, hijo de Acia, había nacido el 23 de septiembre, mes afortunado para los nacimientos, aunque el emperador estaba cogido por la enfermedad de los temores y el poso que iban dejándole las supersticiones y torpes creencias. Pues era el caso de que no pasaba día en el que Augusto no escuchara el consejo y advertencia de algún predicador de venturas.

Gracias a Clodia comprendí pronto que Augusto amara tan fielmente a su esposa, por cuanto Livia era otorgadora de buena suerte, en tanto que, por el contrario, encadenó a un general por su mal fario antes de comenzar la batalla naval de Accio en la que venció a Cleopatra y a Marco Antonio.

Clodia iba detallándome cómo el princeps era muy religioso, adepto a los horóscopos y oráculos, que lo rodeaban de presagios e inquietud y le llevaron, por medio de Agripa, a la expulsión de Roma de magos y adivinos que perturbaban el orden, en especial cuando respondían a las preguntas sobre la muerte de alguna persona o el futuro político de alguien envidioso.

Augusto creía religiosamente en los auspicios y en los prodigios, desde los más pequeños y familiares, como cuidar con qué pie se calzaba o entraba en un espacio, hasta los que se habían

engendrado en el sueño. Clodia me señalaba especialmente aquel sueño de Acia cuando se durmió sobre su litera en una noche en la que asistía a una solemne ceremonia en honor de Apolo. Mientras las demás matronas marchaban a sus casas, Acia comenzó a soñar que una serpiente se adentraba en su litera y en ella producía. Al poco rato la serpiente la abandonó. Acia se despertó y se purificó como si acabara de salir de los brazos de su marido. En su cuerpo observó una mancha posiblemente dibujada por la serpiente que no podía borrarse. Después de diez meses nació Augusto y por la interpretación del sueño lo entendió como hijo de Apolo. La misma Acia, poco antes de parir, soñó que sus entrañas eran transportadas al cielo y allí se desparramaban en el firmamento sin manchar su color. El crédulo M. G. Octavio, su marido, casi coincidió al soñar que el día del nacimiento de Augusto el disco del sol salía del seno de Acia. El sueño de ambos se extendería en fábula y P. Nigidio se atrevió a señalar que con el parto de Acia nacía el dueño del mundo.

Me preguntaba, Hilario, viejo amigo, qué grado de verdad habrá en estos sueños que me confió Clodia y qué parte de sugestión existirá en ellos dentro de un campo colectivo de hechizo y fascinación. Sé que aisladas páginas, amigas de las fábulas, confirman lo expuesto por Clodia, pero ignoro a qué número de ellas le permitirán su entrada en la Historia. Con toda seguridad, en cambio, puedo asegurarte que Clodia estaba preciosa, acentuando con el movimiento de sus ojos la credulidad para sus palabras. Te diría más de Clodia, mucho más, si la edad no me aconsejara ya caminar por senderos más templados. Sí quiero confiarte, buen amigo, que buscaba distraerme de tanto argumento ajeno imaginando a Clodia bañándose en alguna de las playas de la costa napolitana, tal vez en Bayas, que tan de moda estaba, y en donde podría haberse encontrado con Cynthia, la *docta puella* de Propercio.

Bayas está en la ribera norte de la bahía de Nápoles, y era visitada por todas las mujeres liberadas que gustaban del vino dulce y suave de Lesbos y de atender las admoniciones que provenían de Átalo, rey de Pérgamo, al que se consideraba inventor del hilado de oro para embellecer las ropas y muy versado en los vestidos de seda que procedían de la isla de Cos y tanto se llevaban por su

transparencia. Clodia me apuntaba que no era raro tropezar en Bayas con desvergonzadas cortesanas como Lais, que fuera amante de Diógenes y de Demóstenes, o Tais, que tuvo por amante a Menandro, cómico ateniense que mucho la atendió, o Frine, natural de Beocia, que tuvo el gesto de ofrecerse para reparar los muros de Tebas con el dinero conseguido por la atención de sus amantes.

Pero bueno, viejo amigo, todo esto son habladurías, quizás fábulas nacidas al socaire de que «nada es más cruel que amar a una mujer» y que quizás ni concuerden con una cronología. Yo iba escribiéndote, antes de que la vecindad de Clodia me dispersara, de cómo los sueños de Acia, de su embarazo y parto, permitieron que fuera gestándose la concreta «divinidad» de un ser tan religioso como Augusto, propicio al prohijamiento del dios Apolo.

¿Recuerdas Hilario, viejo amigo, a Paulo Valerio Máximo...? Sí, claro, el que una mañana, pasada la clase, se acercó para comunicarte la muerte de Horacio. Pues ese Paulo vino a buscarme hace un par de días, en cuanto supo de mi llegada a Roma. Luego, ya te contaré, tuve que presentarle a Clodia, de la que me indicó que no podría retratarla ningún pintor porque sus ojos brillaban y lo deslumbraban, por lo que tenía que ser fijada en lienzo de memoria tal como lo fue Letizia por Tiziano, en 1545, en el cuadro titulado *La bella*, compuesto gracias al dictado de la memoria de su amado don Diego Hurtado de Mendoza.

Pero volviendo a la historia de Apolo, ya dios y antepasado de Augusto, te preciso que entre las muestras de afecto al princeps, fue Paulo Valerio quien me condujo al templo de Apolo en el Palatino erigido por Augusto dada la victoria en Accio sobre Antonio. Posiblemente, me explicó Paulo Valerio, era la construcción más hermosa debida a la ambición urbanística de Augusto, en la que frente a la entrada del templo se levantaba la estatua de Apolo realizada por Scopas, a la que rodeaban cuatro toros obra del griego Mirón. Sencillamente admitía, con mi contemplar, la invitación de Propercio al inicio del Libro IV: «*Hoc quodeumque vides, hospes, qua maxima Roma est*», que yo traducía como si a mí se dirigiera: «Todo esto que ves, forastero, es la grandiosa Roma.»

Éste era el sagaz Augusto vinculado a Apolo porque el dios había empujado su nave en Accio, donde asumió la figura de fiero vengador, tal como una vez se presentó en Troya para enviar la

epidemia de peste sobre los griegos en castigo por el rapto de Criseida a manos del veloz Aquiles.

Te diré, Hilario, que ahora entiendo claramente por qué le disgustó tanto al César que yo ni siquiera hubiera oído nombrar a Trasíbulo, hijo de Jenócrates, cantado por Píndaro camino de la inmortalidad. Si yo, especializado en textos antiguos, desconocía esos nombres, ¿quiénes se aseguraban una eterna presencia? ¿O por qué valía la pena servir a la vanidad de ser importante?

Augusto temía que el veloz tiempo lo desalojara de la Historia borrando todo aquello por lo que construyó algo tan suyo como fue, era, Roma. Creo que fue del religioso y temeroso Augusto, tan llevado por oráculos y horóscopos, sobre el que escuché en una *tonstrinae* en la que me arreglaba, que era frecuente ver al princeps preguntarle a los fantasmas por el Esquilino. E igualmente saber más de aquella égloga de Virgilio, creo que la IV, en la que el misterio acompaña a las frecuentes alegorías y resultaba contradictoria la figura del *puer*. Augusto temía que la égloga anunciara la llegada de un *puer*, de un niño divino que le arrebataría a él no ya el poder sino la gloria que gozaba de haberla ejercido como el primero de Roma desde la muerte de Lépido.

Mucio Amafinio, hombre probo del que te escribiré otro día, me detalló que Augusto se hallaba tan atribulado que se hizo explicar las alegorías de Virgilio por Filargirio, persona ciertamente despejada. Particularmente yo entiendo que esta égloga IV está claramente dedicada al cónsul Asinio Polión, con motivo del nacimiento de su hijo Salonino. El hecho de que un escoliasta adujera un día que en ninguna parte se habla expresamente de un hijo de Polión, permitió que el *puer* lo recogiera cualquier lector y lo empadronase en la «*progenie scende da ciel nova*», que diría Dante, sembrando de temores la imaginación de Octavio, quien se preocupó ante la idea de un nuevo niño que acabaría anulando su historia romana y la supervivencia de una estirpe que tanto le había inquietado.

Coincidió esta interpretación de la égloga de Virgilio con la llegada a la provincia de Judea de un comerciante peregrino que le había escuchado a un tal Mateo que estaba cercana la venida de un «guiador» que apacentaría al pueblo de Israel liberándolo de la esclavitud de Roma.

Y supo Augusto además, que poco antes de nacer el «guiador» llegaron de Oriente tres magos o sabedores, conducidos por una estrella, quienes preguntaron por el lugar sobre el que se había detenido la anunciadora luz celestial, pues era allí, en Belén, en tierra de Judá, donde se posó.

Gobernaba entonces a los judíos Herodes I el Grande, a título de rey reconocido ante el senado por Marco Antonio y luego, tras la batalla de Accio, confirmado por Augusto estimándolo como fiel a Roma. Herodes les indicó a los magos la dirección para hallar el lugar de Belén solicitado, pidiéndoles que después de encontrado el niño regresaran a palacio indicándole aquella novedad que él también quería celebrar.

Los tres reyes encontraron el humilde lugar en el que yacía el niño, recién parido por María; se postraron ante él adorándolo, le ofrecieron los dones de oro, incienso y mirra, según señalaba Mateo y, avisados por revelación que no volviesen donde regía Herodes, regresaron a su tierra por otro camino.

Herodes I el Grande, desestimado por el pueblo debido a su crueldad y su servilismo a Roma, se enrabietó por la salida de los magos sin comunicárselo y acabó ordenando la matanza de los santos inocentes, creyendo poder sacrificar así al niño recién nacido que llamaban «guiador». Y fue de esta suerte que un ángel del Señor le apareció en sueños a José, padre del niño y le dijo: «Levántate y toma al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allá hasta que yo te lo diga; porque ha de acontecer que Herodes buscará al niño para matarlo.»

Esto, más o menos, es lo que llegó a oídos de Augusto, quien, a su vez, había podido escucharlo por la voz de un tal Mateo, aficionado a la escritura y del que no sabía más. Pero aunque Augusto estaba inquieto ante la llegada de alguien que podría arrebatarle la gloria y el poder de princeps, de ser el primero, no le parecía mesurada ni acertada la decisión de Herodes, quien a su entender se excedió en servir al poder de Roma con la matanza de los «santos niños inocentes».

Tampoco le extrañó demasiado al *imperator* la decisión de Herodes, pues sabía por diferentes conductos de los líos que se traía con diversas mujeres para desposarlas (serían diez sus matrimonios) y las feroces discusiones que protagonizaba con sus numerosos

hijos.

Uno de ellos, Herodes Antipas, se casaría adúlteramente con la mujer de su hermanastro Herodes Filipo, forzando la decapitación de Juan Bautista a petición de la célebre Salomé, hija de Herodías. Pienso, Hilario, viejo amigo, si con estos Herodes y Poncio Pilatos, no ejercería algo el propio Augusto de adivino, con cuya adivinación era normal su estado de amargura en el que se encontraba, como tú y yo lo estuvimos tantas veces ante la destrucción del humanismo que se nos venía encima y pronosticábamos como nefasta realidad.

Sé con toda seguridad que en aquel tiempo que viví en Roma reclamado por Augusto le acompañaba casi constantemente. Después de la comida, se escapaba a una habitación que tenía escogida por su avenencia con el silencio y allí, observándome con la satisfacción de alcanzar el triunfo, se echaba a cumplir con la siesta tras dedicarme una mirada en la que yo creía entender su reconocimiento y fidelidad a la costumbre española. Luego cerraba los ojos, inclinaba la cabeza cual si cayese vencido por la gravedad de los pensamientos y se dormía fácilmente.

Yo, Hilario, lo miraba fijamente. De vez en cuando movía los labios como si estuviera formando palabras que prefería mantener huérfanas de sonido. Lo acechaba, espiaba sus palabras nonatas por si podía advertir la causa de su negación de Publio Ovidio Nasón, mi amigo, del que habían desaparecido de las bibliotecas públicas el *Arte amatoria*, *Los fastos* y *Las metamorfosis.* Después de todo, también yo estaba en Roma para testimoniar la conducta de Ovidio.

Puede que fuera entonces, ante el silencio adormitado de Augusto, cuando se me ocurrió pensar que nosotros actuábamos en la tertulia del café como si gozáramos del tiempo sin la sucesión cronológica de los dioses. Hablábamos desde nuestro presente en el siglo XXI, fincados en sus días callejeros, del pasado de Horacio, Virgilio u Ovidio como si compartiéramos con ellos su presente y se lo discutiéramos. Éramos y nos vestíamos en ese presente que fue de ellos e incluso, recuérdalo, discutíamos, casi como marujas vecinales, sobre qué relaciones mantenía Terencia, esposa de Mecenas, con Augusto o cómo éste forzaba a los pontífices para que fallasen a su favor para casarse con Livia, todavía embarazada de Claudio. ¿Lo recuerdas, Hilario? Salvo por la lengua, parecíamos

redactores y lectores de la prensa del corazón y los cuentos vendibles de aquel presente romano que juzgábamos en el café. ¿Lo vas recordando? Pero nosotros, Hilario, amigo, jugábamos con una ventaja inherente a nuestro momento: podíamos avanzar cronológicamente como si fuéramos adivinos. Podíamos pronosticar la realidad que llegaría con Tiberio o Calígula a la vuelta de la esquina.

¿Te acuerdas, Hilario, del alboroto que organizó don Humberto aquella tarde en la que tú comentabas la leyenda de que el alma de los poetas, al morir, se adentraba en el cuerpo de los cisnes? ¡Dios, la que armó! Alguno citó inocentemente a Calígula y allá don Humberto atacándolo por su crueldad, sus incestos, sus matrimonios, sus extorsiones, su cobardía y sus aficiones literarias, con las que llegó su colmo de furia al destacar lo que hubiese podido suceder de cumplirse su atentado contra la obra de Homero haciendo desaparecer las copias de la edición de Dídimo hecha en tiempo de Augusto. ¿Lo recuerdas? Son, como tantas otras cosas, circunstancias que las reproduzco en la memoria con cualquier movimiento del pasado. Incluso en estos días que convivo con el atribulado princeps y vigilo sus siestas por si algo de su interior se escapara y pudiera comprender por qué razón o capricho encendió su enemistad furibunda contra nuestro Publio Ovidio Nasón, el que tal vez amara más en verso que en la realidad.

A todo esto, viejo amigo, ¿a dónde dirigiré esta mi carta? Recuerda que te marchaste de improviso, sin dejarnos señal de hacia qué espacio y lugar te dirigías. Menos comunicarnos a qué calle y número podríamos escribirte. La verdad es que no nos extrañó al principio este descuido tuyo. Siempre que te dedicabas a viajar por el extranjero nos enviabas postales de Berna, París, Berlín, Roma o la ciudad que pisaras, pero nunca nos proporcionabas la dirección donde encontrarte o avisarte. ¿Continúas con igual costumbre? Si es así, ¿cómo vas a recibir mis avisos, mi voz o mi palabra en el lugar desconocido en el que moras ahora? ¿Necesitarás de la mediación de los daimones en cuanto seres intermedios entre la divinidad y los humanos? Tu actitud me lleva a la perplejidad. ¿Acaso me has conducido a la necesidad de arrogarme el carácter de narrador omnisciente que puede estar a la vez en todas partes, sean reales, posibles o imaginadas? ¿Tal vez

estoy abducido por la soledad y necesito comunicar con alguien para sentirme percibido por ese alguien en cuanto ser existente? Pienso que en mi interior tema reconocerme como algo contingente, increado, sin razón ni causa para alcanzar el ser, con lo que podría sancionarme como un mero absurdo.

Escucha, amigo, admite el gran valor que tiene para mí tu presencia. Mi saberte ahí cerca, más allá de las estrellas y del pesado firmamento de plomo que apreciaban los antiguos por cielo. Tenía la impresión de estar escribiéndole a un fantasma, de que el único receptor a quien dirigía mi epístola era un maldito aparecido, el cual regurgitaba mis palabras apenas recibidas en el esófago o el estómago, jamás en el cerebro, para que me sintiera familiar de la absoluta soledad. Ya sé, Hilario, y tal vez te cuente más adelante, por qué me atraía perseguir a los fantasmas nocturnos del Esquilino y me interesaba tanto observar cómo se levantaban de su encierro los huesos desperdigados hace siglos y corrían ansiosos a buscar a sus hermanos y formarse nuevamente en esqueleto que pudiera yacer completo bajo tierra. Sí, Hilario, me asombraba la tenacidad de los huesos buscando ilusionadamente la calcinada blancura de sus restos entre el aplauso callado de los colegas enfundados en sudarios obedientes a las modas.

Si en la presente jornada que compartimos tuviera que darte razón de mí, te escribiría de un hombre envejecido que rehúye tropezarse con cualquier espejo o cristal esmerilado del que nazca el rumor displicente hacia el objeto contemplado. Con lo cual me voy al verso de Mimnermo condenando la vejez como un horror más duro que la muerte, a la que, con su recuerdo, pedía Horacio que llegara antecediendo al final de su amigo Mecenas. Te confieso que yo que leía atentamente los artículos de santo Tomás sobre el amor en cuanto potencia unitiva y concretiva, me fui luego a la égloga de Juan del Encina sobre el poder del Amor sobre príncipes y reyes con quien se encuentra el pastor Pelayo.

Posiblemente la égloga de Encina, en la que todos los personajes terminan cantando un villancico de amores, atendiera a la actualidad del príncipe don Juan, casado con Margarita de Austria, llegada de Flandes, que con su extraordinaria belleza y atractivo envolvió al príncipe de tan fogosa pasión que enfermó, palideció y debilitó de tal grado que consejeros y médicos del reino

recomendaron que de vez en cuando apartaran a Margarita del príncipe con el fin de darle descanso. La muerte cercana del príncipe, creador en Almazán de una corte humanista, quebró las esperanzas ilusionadas de toda una nación. A tan extremado dolor acudió también Encina con una composición elegíaca, de cien coplas de arte mayor titulada, bajo patrón clásico, *Tragedia trobada*, ampliamente difundida.

La relación entre la égloga protagonizada por el pastor Pelayo y la *Tragedia trobada* no es ajena a la misión profética que se daba a la primera, hasta tal punto que aparte de la propensión a las leyendas y los cantos del pueblo, yo me permití recalar en la *Suma* de santo Tomás cuando específicamente discurre sobre si los ángeles conocen las cosas del futuro, cita el libro *De causis* y señala que, en cuanto al entendimiento del ángel, no difieren lo pasado y lo futuro, sino que conoce indiferentemente uno y otro. ¿Fue como un ángel Juan del Encina? Por ahí puedes, Hilario, encontrarte a mi maestro Melanio y tal vez fuera prudente que le preguntaras en mi nombre y lo saludaras advirtiéndole que ya pronto nos encontraremos. Todo esto me viene al caso por la presencia de adivinar pronosticándole al *imperator* la llegada de un princeps nuevo y distinto.

Dejémoslo para ir más a nuestro encuentro epistolar, que tanta tradición tuvo y que hoy amenaza a la profesión de cartero por falta de género que repartir. ¿Quién escribe ahora cartas y a mano, cuando tantos medios mecánicos, negadores de la escritura, se le ofrecen? Sólo a un viejo, anunciante de la desaparición, se le puede ocurrir tal anacronismo. ¿Recuerdas, Hilario, aquella mañana en la que me enseñaste un libro de 1817 titulado *Nuevo estilo y formulario de escrivir cartas missivas y responder à ellas.* Fue un *best seller* en su época, porque además informaba de los días de la semana en los que debías echar en el buzón las cartas desde Madrid, para Andalucía, por ejemplo, que salían martes y viernes, a Chipiona por Cádiz, a Huelva por Sevilla, a Marbella por Málaga, etc., con lo que bien advertías el recorrido de tus cartas, ya que se acompañaba el texto con una «guía de caminos» que te indicaba la distancia en leguas entre población y población. Unas pocas páginas te atendían para ir a Roma partiendo de Madrid y Barcelona, y nos ofrecían bien intencionadas situaciones de caminos, hosterías, peajes de ríos, y noticias como «Aquí está la cabeza de la bienaventurada Santa

María Magdalena, que la tienen religiosos dominicos, y se ve en ella que en la frente, al lado derecho, están señalados dos dedos de Cristo, nuestro Señor, cuando se echó a sus divinos pies»...

¿Recuerdas Hilario los comentarios que realizábamos a las inocentes ayudas del escritor? Después, a partir de las primeras setenta páginas, comenzaba propiamente el formulario y nuevo estilo para escribir cartas de Pascuas, de casamientos, de nacimientos, de pésames o de «papeles amorosos» cuya amplitud social nos facilitaba la comparación entre el siglo XIX y el que vivíamos.

Te confesaré, viejo amigo, que, advertido por nuestros comentarios a esas cartas, casi me alegra dudar que alguien pueda recibir éstas que, sin ninguna guía ni atención retórica, voy dirigiéndote. Aunque sí me apena que por nuestro mundano progresismo en comunicarnos por e-mail o por la inmediatez del *WhatsApp*, ahora perdamos la hermosa tradición de un cultura epistolar a la que tantos humanos gloriosos se apuntaron, incluso atendiendo epístolas no concebidas para la difusión como las dirigidas por Cicerón a Ático, su diligente editor.

(Por cierto, y permíteme un «docto e ingenuo paréntesis»: te señalo que el texto *Ad Aticum* que manejo y nunca os mostré es un libro perfectamente encuadernado, con las últimas hojas restauradas: editado por Philippi Giunti, 1514, en Florencia. Es el ejemplar que me mostró devotamente mi abuelo, de quien lo heredé al ganar mis primeras oposiciones.)

¿No te parece que es cruel que este texto, al igual que tantos otros, desaparezca por la ingratitud de la vida, rendida ahora a una velocidad acelerada que asfixia por inútil al honrado oficio de cartero? Me temo que ver a un pueblo sin su cartero que asciende con su valija una calle y se detiene de tanto en tanto en la taberna a comentar su carga, será como ver a un pueblo comido por el silencio de los pájaros huidos.

¡Qué pobres desvalidos somos internamente, atropellados por el tiempo que nos lleva astutamente ocultando sus variaciones! ¿Qué mirábamos ayer mismo nosotros para asirnos? Y hoy, ya ves, ni siquiera sé a qué dirección dirigirte esta palabra para que la recibas y me comuniques por dónde caminas.

Me dirás que por qué no medité y escribí sobre el tiempo, sobre

un argumento del que todo el mundo opina en la calle. «No tengo tiempo para nada, chica.» «No hace tiempo para ir a la playa.» «¡Vaya un tiempo de mierda para ver el fútbol!» Y así. Te recordaré, viejo amigo, aquel comentario de Cicerón al mito de Saturno: «Este dios que devora a sus hijos no es sino el Tiempo insaciable de años porque consume todo lo que pasa.» Te respondo, Hilario, que nunca cité al tiempo en nuestros diálogos porque quizás no seamos mucho más que un tiempo tan ligado al movimiento y tan de nuestro vivir que la cesación de la vida o muerte se concibe con la inacción, la falta de movimiento.

Por ahora, no queriendo caer en las fauces de Saturno, déjame que te escriba caprichosamente fuera de toda radical nihilidad existencial, ayer de moda, como algo privativo de la individualidad humana.

Permíteme, Hilario, viejo amigo, que un tanto con Agustín e Isidoro, admita al tiempo, mi tiempo, como una distensión del alma que se verifica con la memoria del pasado, la atención del presente y la expectación de un futuro; una contemplación activa del tiempo como algo originario de nuestro ser. ¿Qué importancia puede tener que hoy, que es presente moviéndose, no sepa dónde dirigirte esta mi carta? ¿Acaso mañana seremos distintos? ¿Responderemos a otras figuras, a un distinto decir que nos conforma? Ni siquiera los ángeles, leo en el Aquitano, conocen lo por venir.

II

RETORNO A CASA

Sé que es una pueril vanidad pero también ella forma parte de nuestro trayecto. Esta mañana, al poco de levantarme, me encaminé hacia nuestro viejo café en Marqués de Urquijo. Sí, hacia donde en una extraña ocasión nos comunicaste que ayer, 27 de noviembre, fiel a los pasos de su maestro y amigo, murió Quinto Horacio Flaco. «¡O tempora!, O mores!», exclamé entonces recordando a Cicerón, porque me hería la indiferencia de la gente ante esa muerte. Hoy sería distinto. Pero puede que ese recuerdo me llevara a una ingenua vanidad que tontamente me alegró. Mi memoria asoció que en el barrio Palatino fue levantado del suelo por su padre el que sería emperador Augusto el día nueve de las calendas de octubre. Rápidamente traduje que ahora fecharíamos 23 de septiembre. ¿Te das cuenta? Augusto y yo habíamos nacido el mismo mes y día. El año ¿qué importaba? Lo esencial era nacer, ser recogidos del suelo por un padre que así nos reconocía legítimos. Me ilusionó y envaneció que Augusto y yo hubiéramos coincidido en ser recogidos paternalmente de la tierra en una común fecha.

Creo que tan imprevisto reconocimiento me llevó a interrumpir mi trayecto al café y torcer el rumbo hacia tu casa, en la calle Larra. Deseaba que con la concesión de la medalla de mi jubilación pudiera ir latiendo el día de mi nacimiento. *«Non omnis morier»* («No morir del todo»), que escribió Horacio.

Tal vez fuera demasiado temprano, no sé. El caso es que tardaron un poco en abrirme la puerta. Había, como siempre, poca luz en el *hall* y me pareció que Clodia tenía la voz recién despertada y sus ojos aún enredados con el sueño.

—¿Cómo estás? —la saludé.

—Bien. ¿Y tú? —respondió. Y luego—: Me has sorprendido. Ni siquiera sabía que estuvieras en Madrid.

Era evidente que ambos nos sentíamos algo desconcertados, sin coordinación. ¿Por qué ella, Clodia, tenía o no que saber si yo me encontraba estos días en Madrid? No nos habíamos vuelto a ver desde que ambos nos despedimos cuando tú, Hilario, decidiste inesperadamente marcharte a causa de una imprevista complicación pulmonar. Nadie lo esperaba, y menos tú que en la tarde anterior estuviste pidiéndome unos libros mientras te nutrías con uno de esos mejunjes de plátano, miel y zumo de naranja que te endosabas en cuanto te sentías enfermo. Después, al separarme de ti le dije a Clodia: «Si necesitas algo, cualquier cosa, no tengas reparo en...» No me dejó terminar mi ofrecimiento. Me abrazó y estoy seguro de que lloraba. Ahora, de nuevo en tu casa, busqué en sus ojos, en su mirada, algún rescoldo de aquella despedida. La encontraba joven, atractiva, como si hubiera superado totalmente tu ida a otro mundo.

Me di cuenta de que iba en *déshabillé*. Lo percibí cuando, al cruzar Clodia la puerta, la luz de la ventana se adhirió a su cuerpo en un intento de desautorizar la tela que la cubría suavemente. Clodia debió de notarlo porque rápidamente se llevó las manos al cuerpo, queriendo cubrirse, y se refugió en la habitación. Ignoro si debo mencionarte esta escena ya que desconozco en qué situación estarás en tu nuevo espacio. De cualquier manera no habrás olvidado a ciertos alumnos que iban a visitarte con la intención de ver a Clodia y festejarla.

Ya sabes que yo me acercaba ayer a tu casa de Larra porque ansiaba participarte mi coincidencia con la fecha de nacimiento de Augusto. Son, como te dije, infantilidades que prudentemente se ocultan y a veces nos permiten jugar con efímeros pronósticos o adivinaciones. Pero esta vez, Hilario, al ver a tu fiel Clodia y escuchar su voz adormilada, me vino rápidamente a la memoria la postrer ocasión que acordamos reunirnos en tu casa. ¿Tienes aún facultad de revivirlo o ya todo en ti es un conglomerado presente que contiene la sucesión de los infinitos días? No sé, pero la atractiva presencia de Clodia evocó en mí ese día último en el que fijamos encontrarnos en tu casa para consultar unos libros e ir después a comer.

¿Puedes aislar ese día de tu actual y latente presente? Yo lo he reproducido o revivido muchas veces. Fue en aquella mañana en la

que el rectorado me había convocado en el aula magna de Medicina para celebrar mi jubilación entregándome, como a tantísimos, una medalla de servicios prestados a la Universidad Complutense. La invitación, bien sellada en relieve, tenía la fecha de Madrid, 28 de enero 2006.

Recuerdo que en las primeras filas de jubilados que esperaban ascender al escenario para ser abrazados por el Rector, estaba a mi lado, también sentado, el granadino Jiménez de Parga, al que había conocido en Barcelona muchos años atrás. Intenté fundar un diálogo con él hablándole de Ganivet o de amigos como Emilio Orozco Díaz y Antonio Gallego Morell, de fuertes raíces granadinas, pero Jiménez de Parga no me reconoció y apenas si obtuve unos educados monosílabos y una cita sobre *El porvenir de España* de Ganivet.

Te cuento esto porque al llegar a tu casa, donde habíamos quedado para invitarte a comer, ya te habías ido físicamente. Me comunicó Clodia con voz quebradiza tu repentino abandono de nuestro común espacio, alejando mi querer detallarte cómo nos fue en la ceremonia y que, por un momento, mientras subía las escaleras del escenario, recordé aquel tiempo en el que, con la cartilla de racionamiento en la mano, mi madre y yo hacíamos cola para conseguir una barra de pan ennegrecido. Pero ya te habías ido, dejándonos aquí, entre comentarios sobre cómo habías prolongado el sueño hasta transformarlo en vereda que conducía al lugar del que una vez escapó Sísifo, y en donde será difícil abrazarte en cuanto sombra curiosa que pide consejo al profeta tebano Tiresias. ¿Harán las respuestas del adivino que olvides a los amigos?

Imagino que tendrás constancia allá en la esquina en que moras del tiempo que estuvimos lamentando tu ida, especialmente cuando percibíamos tu ausencia en el café. Ayer mismo, después de comer, tomé el camino de los viejos bulevares que descienden a Rosales para entrar en nuestro café, como en tantas ocasiones. A través de la puerta de cristales, que es nueva, de esas que se abren sin tocarlas vi llegar a don Humberto, que le preguntasen lo que le preguntasen respondía que la via Apia parte de Roma desde la puerta Capena y finaliza en Brindisi u Otranto, según, y veía igualmente a don Ewaldo recordándonos que los hechiceros seguían reuniéndose en el monte Esquilino para servirse de las osamentas y

tumbas que poblaron antaño la colina. En medio de ellos tenía su asiento el silencio distribuyendo cordura. Y ahora, sí, ahora, Hilario, advertía la novedad de otro anciano que semejaba contemplar la vida como si ya estuviera fuera de ella y parecía animar sus ojos espiando el movimiento de los viandantes en la calle o manteniéndolos suspendidos en las interrogaciones del pensamiento. No, no podría decirte si era otro latino, Hilario, o era un mendigo solitario que se había equivocado de puerta. Tal vez mañana pueda aclarártelo porque Pedro, ¿lo recuerdas?, el viejo camarero que se teñía el pelo escandalosamente, se ha venido hacia mí abrazándome de contento y animando a los contertulios a celebrarlo. Es algo triste, pero me temo que el café cierre cualquier día, pues ya hasta los novios de fines de semana manifiestan al mirarse la tediosa monotonía de la vida.

Les digo que continúen, que no interrumpan por mí el argumento en el que iban. Don Ewaldo sonríe, me señala que luego les indicaré dónde estuve estos días y creo que retoma su discurso; sí, efectivamente prosiguió por donde iba. Me miró fijamente y yo entendí, creo que acertadamente, que sus palabras se tendían hacia mí en un intento de animarme respecto a tu ausencia, también lamentada por ellos.

—A cualquiera, os decía, se le puede ocurrir invocar que todo el Universo ha surgido de un movimiento o acción de la Nada. Que jamás existió un primer humano y todo se debió a un cambio gradual y fortuito. Los hechos terribles que han sucedido en el plano colectivo e individual son cosas trágicas que cabe apreciarlas como producto de un universo gobernado por el cielo y por el inexistente azar.

—Sí —viene en su apoyo el nuevo anciano—, es improbable la existencia de fuerzas sobrenaturales. Lo sobrenatural es un concepto buscado desde antiguo como salvación de la debilidad humana; un término inventado por el hombre para definir lo inexplicable mentalmente, echando a la fantasía o a la superstición lo que no es otra cosa que una actuación de la probabilidad.

El nuevo anciano no entretiene su mirada en el ver pasar a los viandantes detrás del cristal e incluso se dirige a mí directamente, como si fuese un alguien al que convencer:

—Los autores que escribieron la Biblia desconocían la

universidad, las lecciones que en París, Bolonia o Salamanca se daban para luchar contra la ignorancia o la herejía. Sencillamente, sirviéndose de parábolas a veces, trasmitían lo que Dios quería que se comunicase.

El anciano desconocido hace una pequeña pausa, creo que pretendiendo saber de nuestra atención, le complace y prosigue:

—Sucede que en algún momento de la evolución del ser humano éste despierta y se hace consciente por la llamada de Dios. Fijaos en que sólo el ser humano es portador de una lengua y tiene conciencia de que es la clave de lo que somos y dónde habitamos. El Universo es antropogénico, necesita de las artes para explicarse y difundirse.

—¿Y ahora, en este momento? —parece protestar don Ewaldo.

—Pienso —dice el nuevo contertulio— que quizás ahora no se ama la vida y el hombre está aburrido, impregnado de tedio: *La Nausée*, que pronunció Sartre. Puede que, para muchos, Dios sea una molestia y el agnosticismo una comodidad para campar más libre, desatado de una moral o ética restrictiva. Incluso puede perder la conciencia enjuiciadora de sus actos al emanciparse de las leyes urbanas. Es obvio que Dios, con viejas tradiciones, le estorba, lo intimida y quiere negarlo, echarlo fuera.

Siento que el anciano y nuevo contertulio pone un especial interés en que lo entienda. Es probable que piense que soy el más necesitado de su atención. Pero no es así. Es que me extraña el argumento que está rigiendo el diálogo. Es como si tu ida nos hubiera trastocado y nos indujera a disertar sobre el origen del mundo, de la vida terrenal y del incógnito más allá que nos aguarda. Comprende, Hilario, viejo amigo, que me desenganchara del argumento. Me parecía pueril, ventajista, intervenir teniéndote a ti, pudiendo escribirte y preguntarte como ahora realizo.

Sí, probablemente el nuevo y anciano contertulio tuviera razón en sospechar cierto desvío en mi atención sobre su palabra. Tal vez se temiera que yo no lo admitiera ocupando el sitio que fue tuyo tanto tiempo. No iba muy descaminado, como manifiesta el hecho de que hasta este momento no te lo presente. Se llama Pascual, Pascual de las Hoces y Almécija, madrileño, que estuvo ejerciendo de catedrático en Valencia hasta su jubilación, con lo que torpemente, con menguada movilidad, regresó a Madrid. Admíteme

que existe demasiado contraste entre su preocupación dialoguista y aquel nuestro debate último sobre el genitivo adverbial latino que nos dividía gramaticalmente. ¿Lo recuerdas? Terminó la discusión con Ewaldo afirmando que mujeres como Rita Hayworth en *Gilda* ya no existían. Después, ya fue fácil ponerse de acuerdo acerca del vocalismo en el latino rústico y su diferencia con el urbano o literario.

Te sigo echando de menos, Hilario, viejo amigo. Es como si me mirara en el espejo y careciera de imagen, del sujeto que se asoma para afeitarse. O como si hubiera tropezado contra un espejo fragmentándolo en mil pedazos sobre los que reverbera la luz haciéndolos latir en señal de agónica despedida que se lleva gozosa mi imagen. Ya, para verme tendré que apelar a la memoria. ¿Verdad que entiendes mi egoísmo de olvidar que el nuevo inquilino de nuestro café se llama Pascual, Pascual de las Hoces? No creo que progrese mucho su nombre en nuestra correspondencia. Sin embargo, Pascual tiene un aspecto bondadoso de anciano al que no le placen las disputas y sí el silencio en el que discurrir lentamente.

El otro día, mientras se dialogaba en el café sobre la creación del mundo, el pausado razonar de Pascual me condujo a pensar en ti, a tu habitar en ese espacio que desconocemos. Te colmaría de tantas preguntas mi curiosidad que puede que te escaparas a un espacio más aislado y a desear los cantos fatigados de la tierra.

Es absurdo pero me refugié en aquella Dipsas, fértil alcahueta, que nos presenta Ovidio en sus *Amores*. La que hacía regresar con su arte las limpias aguas a su fuente y advertía que la belleza, si no la ofreces, envejece sin que nadie la disfrute; la que obtenía que sangraran las estrellas y lograba que resucitaran los antepasados saliendo de los sepulcros. Era el Ovidio que le gustaba leer al césar Augusto antes de castigarlo al destierro. Ahora, Hilario amigo, me atrevería a indicar que el Ovidio castigado por el emperador lo fue porque su desenfado poético, libre y burlón le traía al princeps el presente de sus escrúpulos, de su dependencia continua de horóscopos y adivinos. Recuerda, Hilario, buen amigo, cómo Augusto, impelido por su religiosidad, mandó custodiar y quemar en el templo de Apolo Palatino los llamados *libri fatidici*, entre los que no se libraron los libros sibilinos y los contrarios a la política

augústea.

Por mi parte, quizás huyendo de un mago al que ignoro, te aseguro que recordaré siempre los amargos días que sucedieron a tu despedida de este mundo. Recordaré, cual un sediento de paternidad, los largos días en los que aguardaba la hora de acercarme al café, a nuestra vieja tertulia, y en ella departir o debatir con los amigos de siempre tal como hacíamos en nuestros años mozos de universidad.

Aunque sumido en orfandad por tu ausencia, bien recuerdo ahora aquella ocasión en la que el nuevo contertulio, don Pascual de las Hoces, nos mostró una edición del poema *De rerum natura* que había realizado en Barcelona, con muy docta erudición, su amigo José Ignacio Ciruelo Borge como homenaje a su maestro Eduard Valentí Fiol. Tras una ligera mención a la bella «Invocación a Venus» con la que se inicia el texto de Lucrecio, el anciano don Pascual aludió a los axiomas de «nada nace de la nada» y «nada se diluye en la nada». De ellos se partió para debatir, apartándose de Epicuro, de los racionales términos que te comuniqué atrás y que pronto abandoné porque no estaba mi mente para debates filosóficos. Puede que me encontrara cansado o ya, al poco de cruzar oficialmente la jubilación, se hubiera precipitado la edad sobre mí. El caso es que me resultaba difícil mantenerme atento a la discusión sobre el poema de Lucrecio que mantenían nuestros amigos. Tienes que perdonarme porque sé que es un argumento que siempre te interesó: apenas si logré apreciar algo de la relación de Lucrecio con su coetáneo Catulo y sus frecuentes reminiscencias de Homero y mucho más de Empédocles y Ennio y Cicerón.

No estoy seguro, ya te digo que estaba somnoliento, pero sí admitiría que pedí un café cortado y que, en tanto me lo servían, me pareció que don Pascual, con la aquiescencia de don Humberto, hablaba de la oposición entre Tomás de Aquino y el franciscano Juan Peckam, discípulo de san Buenaventura. Y luego escuché la afirmación que señaló el aquitano sobre el alma humana en cuanto un ser propio, con las facultades inmateriales del entendimiento y de la voluntad. El alma, concluía santo Tomás, necesita unirse esencialmente al cuerpo y lo hace con la estructura aristotélica de materia y forma que... Caigo en este momento en lo vanas e inútiles que habrán sido todas mis líneas desde que comencé con las

cuestiones provocadas sobre Lucrecio y su poema por don Pascual. Comprenderás que olvide torpemente, por mi apego a la pobre realidad, la situación tuya en un espacio en el que todo es ilimitado y presente saber, o todo es olvido para alejamiento de la tierra que fuimos. ¿Acaso no es así tu actualidad después del viaje? ¿Qué novedad podría ofrecerte que no esté ya ganada por tu eternidad? Perdona mi conducta llevada, como un rezo, por la vida que fue compartida y que aún construye palabras con las que quiero vivirte en mi vanidoso egoísmo.

No olvido mi deuda en contarte mi afortunado hallazgo, sin empeño, con Clodia, natural de Tíjola. Pero eso será para otro día, que esta carta va ya demasiado larga y harto desordenada. Un abrazo, allá donde estés.

III

SEGUNDA CARTA DESDE ROMA A HILARIO

Clodia, ciudadana romana, continuaba proporcionándome información sobre Augusto. Por ejemplo, me comunicaba ayer mismo que el princeps estaba inquieto porque le habían comunicado en el senado que Titus Lucretius, el notable autor de *De rerum natura* padecía una enfermedad mental, que un médico nuevo se atrevió a denominar «neurastenia». Si esto fuera cierto, con un Lucrecio decrecido mentalmente, ¿a quién puñeta le preguntaría él, Augusto, sobre ese submundo verdadero de materiales mínimos que dan lugar, mediante combinaciones inviolables, a las cosas perceptibles y los infinitos mundos? No, no se podían sembrar inquietudes trascendentes en un poema y luego descansar de toda respuesta amparándose en la enfermedad de la mente. Clodia me definía que la exageración de Augusto le llegó cuando, en el Libro V, Lucrecio desarrolla su visión del origen y desarrollo de este mundo que acabará con la muerte total.

Clodia, con cierta complacencia fiada en su salud sin mácula, defendía que era lógico el desasosiego de Augusto sumando al poema de Lucrecio las equívocas lecturas de la IV égloga de Virgilio y la amenaza de un reino más poderoso y firme que el suyo que ya habían reverenciado tres reyes venidos de Oriente, a quienes el necio de Herodes no supo retener para interrogarles sobre la estrella iluminadora de Belén.

—Es probable que por estos motivos te llamara Augusto —pronosticó Clodia.

La misma Clodia me había explicado en el cercano pasado la crisis que estaba creándole a Augusto su obsesión con los magos, adivinos, y las adivinaciones de un cierto *hariolus* o *haruspex*. Incluso me detalló, con el astrólogo Teógenes, el temor que le producía escucharlos. Teógenes había realizado ya notables

pronósticos que se vieron cumplidos al máximo. Estos aciertos provocaban que Augusto temiera consultarlo y que el astrólogo no lo confirmara en tanto que el triunfador final de Roma, razón por la que ocultaba fecha y hora de su nacimiento. Hasta que llegó un día en el que Teógenes conoció los datos del horóscopo por un senador y el docto astrólogo le anunció al princeps tales venturas que Octaviano dio saltos de alegría, hizo publicar su horóscopo y mandó acuñar monedas de plata con la constelación de Capricornio, bajo cuyo signo nació.

Aseguraría que este hecho animó a Octaviano más que la lectura de la invocación a Venus como madre de los romanos con la que comenzaba Lucrecio su *De rerum natur*a. Seguro que lo animó más que todos aquellos versos del poema que le aclaraban las locuras del precipitado amor.

Hace unos días, Clodia me acercó al monte Aventino, al sur del Circo Massimo. Conozco el sitio, al que me llegaba de joven para contemplar desde el Parco Savello la vista de una Roma descalzada en su historia de palabras. Supongo que Clodia me condujo allí para descargarme de mi glosar con Augusto el final del poema de Lucrecio con la descripción de la famosa escena de Atenas, también descrita por el ático historiador Tucídides. ¿Recuerdas, Hilario? Aún me estremece el terrible cuadro de la peste, en el que incluso se luchaba a muerte por colocar a los cadáveres en los espacios ocupados ya por otros a punto de aplicarles las antorchas para arder.

Sí, Clodia sabía que a la gente no le gusta paladear las descripciones sino que prefiere la acción, el movimiento enérgico de asesinar o el grito del acto sexual. Sé que se ha sustituido la contemplación o la meditación por los paseos turísticos explicados por un guía aburrido de predicarle al desinterés cultural. Pero Clodia me alzaba en el monte Aventino para que poblara nuevamente Roma y pudiera despedirme de sus gentes.

Creo que en aquella situación amaba a Clodia, que deseaba proclamar a voz en grito la caridad de Clodia. Pero, Hilario, ¿tú crees que la piedad me obliga a ir despidiéndome de seres y cosas con los que fui construyéndome? ¿Que sólo cabe en mi ánima el amargor de las distancias?

Desde el monte Aventino veía un fragmento de la Roma que

viví, a la que tenía la impresión que llegaba el viento del Oeste, el Céfiro, con su oloroso anuncio de la primavera. Era todo lo contrario de aquella depravación de la muerte que, recogiendo a Tucídides, exponía Lucrecio, soltado de Epicuro, en los finales de su poema. Pero, con todo, era una separación que contenía la llamada a mis despedidas. Especialmente de aquella, Hilario, donde navegaba la visión de mi mar con sus fábulas; que se colgaban como corpúsculos aguardando la caricia invisible de nuestros sentidos. Era como si se hiciera imagen aquella cadena de oro que unía la tierra al cielo, según nos dice Homero en la *Ilíada*, cuando Zeus les pide a los dioses que no intervengan en Troya.

Alejarse, Hilario, es ir dejando parte íntima de sí en cada despedida. A veces ni lo cuentas, ni miras atrás. Recuerdo, viejo amigo, las numerosas ocasiones en las que me despedí silencioso de mi casa en la playa mientras galopaba a la vera del mar septembrino, descuidado en su pereza de no temer al tiempo airado. Recuerdo que en una esquina del jardín había plantado tres palmeras que fueron haciéndose esbeltas, rabiosamente firmes año tras año. Recuerdo que cada curso, al llegar el verano, me acercaba a ellas y les acariciaba su tronco expresándoles mi agradecimiento por vivir. Ahora, ya te lo conté, una tarde tuve que abandonar mi casa, sin llegar a despedirme, sin posibilidad de recoger sus días, y me duele pensar qué será de mis tres palmeras de las que fui distanciándome verano tras verano porque así lo hacía menos dolorosamente que de un modo precipitado y sin ninguna palabra que habría de llegar.

¿Crees que todo esto es vanidad y egoísmo? No lo sé, Hilario. Puede que sea simplemente amor, vulgar y temeroso amor al pedazo de tierra que habitas, al libro que te enseña o al perro que gusta sestear a tus pies bajo el error de creerte su eterno dios al igual que Augusto creyó en Apolo, Grecia en Zeus y Roma en Júpiter.

Es curioso, amigo, que nunca habláramos tú y yo del amor, como si fuera algo íntimo que una vez nos hirió y temiéramos que volviera al pronunciar su nombre. Ahora mismo ni siquiera me has preguntado por Clodia, sobre cómo es y si la amo o la deseo. Pienso si ahí, donde moras, es innecesario preguntar porque todo está ya entendido. Si fuera así, ¿por qué tengo la necesidad de escribirte, de

dirigirte preguntas y transformar en sonido mi voz o mi palabra a ti dirigida? No es sólo cuestión mía. En los cementerios de algunos pueblos vi con frecuencia a mujeres que en voz alta les hablaban a las lápidas, a veces con un retrato, que guardaban sus muertos. Sonoramente, en ocasiones, besaban el mármol y luego le hablaban al hijo o al marido muertos, con mayor brío. En el fondo, es algo análogo a lo que realizo contigo. La única diferencia es que yo dudo en si será útil mi palabra, si no tendrás ya, en el plano de tu residencia, todas las preguntas y respuestas que podríamos formularnos.

Por si acaso, te diré cómo es Clodia. Desde cómo la encontré inesperadamente en un jardín de la Bética. Una vez, de joven yo defendí que el amor era un efecto de la imaginación llamado por el deseo, el cual lo transformaba. Ni siquiera a ti, o a nuestros colegas, os expuse esta conjetura. El amor estaba ahí, suspendido en el aire, esperando que un deseo quisiera atraparlo para su disfrute temporal. En mí, Hilario, viejo amigo, estaba abandonado. Por ello, Clodia me pareció, en los comienzos, como un espíritu que se sublevaba contra mi consideración del amor. ¿Será conveniente que prosiga? ¿No tienes ya realizado en tu presente todo cuanto puedo añadirte? Es posible que esté escrito en tu actualidad, pero no en mí, y tenga que escribirte para reconocer cómo fue.

Me dijo, inicialmente, que su nombre no era Clodia, pero tuvo que aceptarlo porque así lo mandaba la poesía.

Creo que los poetas cambiaban el nombre de sus amadas llamándolas Galatea, Dórida, Amarilis, Diana, Elisa, etcétera, porque así las hacían más suyas y podían transformarlas más adecuadamente a su imaginación. Pienso, Hilario, que análogamente a como se transforman las ciudades y tantas otras cosas con el fin de darle cuerpo y entidad al pasado. Tú mismo, si te lo permite la situación que habitas, podrías apreciarlo. Recuerdo el Madrid de 1960 que vivíamos y que quise mostrarle a Ferdinando Rosselli recién llegado de Pisa para un congreso. Era, para mí, un Madrid nuevo, esperando ir cumpliendo años. Tiempo después, no mucho, nos llegó Cesare Segre, para intervenir en un congreso de Filología románica. También quise mostrarle Madrid, al igual que hice con Rosselli. No pude. Me perdí al intentar repetir el mismo itinerario. Eran otros edificios, otras calles, otro olor de convivencia

y rostros muy ajenos con distintas preocupaciones. ¿Me comprendes? Te escribo fielmente con el nombre de Clodia, el que hoy ocupa, para que mañana, cuando seamos inevitable pasado que rindió sus horas, no sienta nada como ajeno. Claudia, de estirpe noble, se llamaba y se tornó en Clodia al borrar por estimación popular su denominación.

¿Sabes cómo la conocí? Necesito que vayas mostrándote fuera de la omnisciencia y me aprecies como débil personaje. Necesito, Hilario, que lo admitas y creas lo que puede ser sobre lo que fue aprisionado por la realidad. Si no, ¿cómo hallarás razón a la esencia de mis cartas, dirigidas fielmente a ti, cuyo espacio ignoro?

Iba queriéndote contar mi hallazgo y encuentro con Clodia. Era una mañana romana animada por el sol y el movimiento de perros huidizos hociqueando presurosos los conjuntados desperdicios junto a los puestos callejeros. Buscaba alguna de las *tonstrinae* establecidas en las *tabernae* de la ciudad para presentarme ante Augusto con la barba y los cabellos arreglados. Había descendido a la recomendada calle desde el barrio de las Carenas, en el que siempre te señalaba alguien dónde habitó el gran Pompeyo. Fueron varios los días, previos a mi encuentro con Octavio, en los que para ambientarme recorría los empinados espacios del barrio de Suburra, o me asomaba a los jardines de Mecenas del Quirinal o avistaba la colina del Aventino en la que, con plena libertad, residía el millonario historiador Asinio Polión, que fuera gran amigo de Antonio.

Fue de este modo, casualmente, cuando encontré a Clodia, ya ciudadana romana, aunque conservaba su estilo y educación alejandrina. Tuve esa impresión apenas percibí su mirada. Sentí como si me rozara algo del misterioso Egipto que fue antes una idea en mi pensamiento. Como si adquiriera la verdad por la vía estética de la contemplación. Y previo a que me declarara su estado le pregunté cogido por la sabia curiosidad:

—¿Te gusta la experiencia de viajar?

—Sí —me sonrió—. Viajar es concitar el conocimiento, alcanzar la posibilidad de concederle actualidad al pasado, que es la religiosidad de revivirlo.

Puede que ella se expresara pensando en sus dioses, en la muerte como un descenso o mero tiempo de cruzar de una vida a otra o en

el grandioso testimonio de las pirámides. No lo sé y siempre temí indagarlo. Pero yo pensé en nuestro Platón, en su voluntad de darle actualidad al pasado, a su, diríamos, república democrática por la que no ramparan la vanidad ni la corrupción. De repente me preguntó:

—Y tú ¿eres griego? A Platón le gustaba mucho viajar, encontrar la riqueza de la contemplación y la belleza. Ya sabes que Cicerón, el que se ganó el título de *pater patriae* después de vencer la conjuración de Catilina, tenía una gran admiración por Platón, con cuya ayuda defendió en las *Tusculanas*, y repetiría en su *De natura deorum,* que Dios no se ve, pero se reconoce en sus obras: «Todo aparece manifestado cada vez que alzamos nuestros ojos al cielo y contemplamos la belleza como el hecho propio de una mente suprema que rige y gobierna.»

Fue por aquellas menciones a Platón y al más cercano Cicerón, por las que advertí con seguridad que Clodia quería distanciarse de cortesanas como Calpurnia, que habitaba una *domus* de miles de sestercios, o de una adivinadora, anunciadora del porvenir, o de una preciada servidora del templo de Venus en Corinto, recaudadora de dracmas, como la hermosa Laide, tan apetecida por media Roma. No, naturalmente Clodia no necesitó aclararme nada respecto a su estado y la honesta defensa de la belleza que yo respetaba. Sencillamente entendí sus citas clásicas dentro de la costumbre de utilizarlas en la conversación o escritas por la que una acertada lectura entrañaba de traslado culto de emisor a receptor. En el sentido de que era un generoso ofrecimiento del escritor y la posibilidad de un goce en el receptor si la reconocía. En cierto modo se admitía como una intercomunicación aristocrática que daba lustre y honra a la convivencia apartándola de la perezosa vulgaridad.

¿Recuerdas Hilario, viejo amigo, cómo discutíamos acerca de las anotaciones que exigían algunas citas de los textos clásicos? Siempre acabábamos lamentando el desgaste de nuestro patrimonio cultural; en el que no era natural la curiosidad sobre qué era el arco de los leales amadores de *Amadís* o la intrincada tinaja de Pandora, fabricada de barro por Hefesto a petición de Zeus, de la cual, al destaparla, escapan todos los males, excepto la Esperanza, que continúa encerrada debido a la diligencia de Pandora al colocar de

nuevo la tapadera en la vasija.

Tal vez el amor tenga su principio en la admiración. Escuchaba a Clodia, nuevamente conocida, entre las colinas de Roma, y comencé a percibir las primeras oleadas del amor que expelía su voz. Era una voz tan persuasiva, tan sutil, que parecía buscar el aire para que el aire la esculpiera en mi memoria. Clodia pronunciaba Platón y yo entendía que se estaba refiriendo al filósofo que encontró los días inextinguibles y el fuego de la esencialidad, el que rebrota con los libros tras el viaje a Mégara, donde se reunían los discípulos de Sócrates después de la muerte del maestro.

Caigo ahora en la cuenta, viejo amigo, de que quizás esté confundiendo el Platón que pronunciaba Clodia con el Platón, discípulo del heraclíteo Crátilo, que nos transmite Aristóteles en su *Metafísica*. No puedo ni quiero disolver la identificación porque creo que los viejos, en compensación de lo que nos arrebataron los años, tenemos derecho a confundir los años del pasado y enriquecerlos con la fusión. ¿Te ocurre ya esto en el retiro de tu espacio? ¿O acaso en ti ya todo sucede en un mismo instante al presente? Me temo, Hilario, que sería algo triste, algo aburrido, carecer de la facultad de revivir páginas del pasado sin que importe su exactitud cronológica porque todo pertenece en la evocación a algo que fue y cuya realidad sólo nosotros poseemos y podemos vivir. Por ventura, ¿tú podrías fijarme la fecha en la que Tántalo, cerca de los lagos, quería beber y el agua escapaba de su intensa sed? ¿O el castigo de Dánao de acarrear las aguas del Leteo en cubos sin fondo? Ni siquiera podrías señalarme qué día te prometió la ocupada Venus llevarte, como al poeta Tíbulo, a los Campos Elíseos.

Posiblemente esté escribiendo de Clodia porque te supongo instalado en ese espacio infinito en el que no existe el tiempo y todo cuanto pueda confesarte te es ya conocido. Incluso lo que ha de sucederme te es sabido, por lo que tal vez sea absurdo e impropio escribirte. La verdad es que siempre sospeché mi vinculación con aquel grupo de orangutanes de Bermeo, primeros homínidos que descartaron el aprendizaje de la lengua al contrario de quienes la aceptaron para poder discutir, insultarse, y luchar hasta realizarse en las guerras civiles. Aquellos que despreciaron la enseñanza de hablar recibieron el título de orangutanes sabios y crecieron.

Ignoro a qué predicador le escuché esta fábula y su explicación.

Lo que sí tengo por seguro es que jamás te hubiera confesado de viva voz mis encuentros con Clodia y mi intensa afición a ella, algo impropio por culpa de mi edad. Hoy me atrevo a exponértelo porque te sé morando un espacio físicamente muy lejano, tal vez escondido por siempre para mí y al que sería estúpido llegar sin la verdad.

No obstante, en alguna conversación mantenida en la tierra, te historié cómo la muerte inesperada de una joven a la que amaba me secó tan profundamente que me encerré en mí mismo como si nada importante pudiera acogerme. ¿Puedes recordarlo? La joven se llamaba Elena, o Natalia, y nadie supo decirme jamás de qué inexistente enfermedad pereció y en la que se guardó como un secreto inviolable.

IV

LA TERTULIA. SE MANIFIESTA CLODIA, TERRENAL, DE TÍJOLA

Naturalmente descendí por Marqués de Urquijo para integrarme en nuestra vieja y acendrada tertulia. Todo parecía exactamente igual, salvo la puerta de entrada, y el hueco de tu marcha, ahora tímidamente ocupado por don Pascual de las Hoces, quien (no sé si ya te lo dije) fue durante varios años catedrático de instituto, al igual que también lo fueron tantos y tan insignes ejemplos, antes de ser abrazados por la universidad. Noté rápidamente tu ausencia como si ella me trajera la potestad del silencio. Me estremeció sentir que contigo, al morir, te llevabas tu palabra, la que fue voz y sonido, no escritura que guardara tu eco. No lograba consolarme el que ya estuviera convenido de muy atrás que la voz propia acompañe al cadáver en su destierro. Me animó brevemente imaginar que conocida la velocidad del sonido y la distancia de la Tierra a una estrella, quizás estuvieras en la más adecuada y nuestras voces acertaran a encontrarse y continuar nuestros diálogos de café. ¡Era tanto lo que nos restaba por gozar! Saber, por ejemplo, quién era la *puella innominata* de Albio Tibulo, que tantas jornadas te ocupó. Chismorrear un poco.

Era, bien me acuerdo, el mes de noviembre, que yo entendía profanamente como el más triste de todo el año; el mes que pretendía vengarse desnudando a los árboles de los festejos veraniegos que aún latieron en el alegre septiembre, cuando, no lo olvido, Augusto y yo fuimos alzados de la tierra para darnos legalmente por nacidos. Recordaba noviembre, allá en el pueblo, en el que los lugareños lo motejaban del «mes de los angelicos» ya que con el frío, el helor penetraba en los hogares y se llevaba a los niños de pocos meses a la habitación de la sucia muerte en tanto las campanas de la iglesia reiteraban su monótono sonido de funeral.

¿Puedes recordar, viejo amigo, cómo me afectaba la tristeza de noviembre y culpaba a la estupidez y vagancia de los tiempos la fiesta de Halloween foránea que nos invadía apagando unas tradiciones? Me sigue irritando esa pueril pregunta de «¿truco o trato?» que corren los niños de puerta en puerta sin saber a qué espíritus invocan. Es triste ver de qué progresiva manera nos vamos permeabilizando. ¿Cómo lo entendéis en tu espacio y tiempo? ¿Acaso os asomáis a nuestros viejos cementerios para resarciros de tanto acomodo social? No lo comparto, pero tiene su emoción y proclamación de fe observar a esa mujer del pueblo que, en determinado día, besa la lápida en la que yace su hijo o su marido, mientras los renueva o los hace actualidad hablándoles, comunicándoles lo difícil que se va haciendo la vida o por dónde andan los otros familiares. Sí, me parece algo extraordinario, que soy incapaz de imitar, admirar a esa mujer que limpia un día del año la tumba del ser querido, le entrega su ramo de flores para que recoja el olor de la vida y le habla y habla de algún vecino que murió este otoño y le pide disculpas porque el ramo de flores fue más pequeño, ya que están muy caras y... ¡Ah! y que por fin la Maruja, la del tío Casiano, se pudo casar con el Manolo.

¿También Hilario podéis escuchar lo que le hablan a sus muertos los visitantes del cementerio? ¿Cómo les dan participación de la vida que amasan cotidianamente? No conviene ahora, viejo amigo, que nos detengamos en estas inocentes mujeres del cementerio que interpretan con su fe y su amor una vieja tradición de antiguas culturas, también sostenidas por una suave rebeldía ante la implacable muerte que establece cruel distancia entre vivos y difuntos. ¿Te acuerdas, Hilario, de aquella imprecación contra la muerte, «por ti es fecho el lugar infernal», que formulaba un desconocido arcipreste de Hita, oponiendo al Infierno los Campos Elíseos donde morarán unidos Orfeo y Eurídice.

Sí, creo que nos conviene ahora alejarnos del juego opositivo Infierno-Elíseo que evocó mi carta y sí acudir al comienzo para recoger la presencia de don Pascual de las Hoces entre nosotros. Tengo la impresión de que los ojos de Pascual se alegraron con mayor intensidad cuando don Humberto le comunicó que yo permanecía largas estancias en Roma, en la que compartí amplia amistad con Quinto Horacio Flaco y que ahora había sido llamado

para escuchar y aconsejar al princeps *senatus*, detentador vitalicio de la *tribunicia potestas*: el emperador Octavio Augusto.

Te resumiré que Pascual se hallaba más feliz cada día por haber encontrado la amistad de la tertulia. Nos detallaba cuánto tuvo que viajar de instituto en instituto hasta alcanzar la cátedra de la Universidad Complutense y en medio de su relato nos comunicaba cómo Cicerón recogía en su *De Amicitia* que amar no consiste en otra cosa sino en tener delección de aquel que amas, sin buscar con ello utilidad material. Nos decía cosas así y nos miraba rápidamente uno a uno para agradecernos con su dicho la amistad que recibía. O bien interrumpía el debate en el que íbamos sorprendiéndonos con la afirmación de que lo sobrenatural era un concepto buscado como pretendida salvación de la debilidad humana.

Decía cosas así, tal vez exabruptos, y yo le vigilaba la vista porque me parecía que temía aquella página de los *Fastos* de Ovidio que mencionaba cómo los jóvenes pensaban arrojar a los viejos a las aguas del Tíber para ocupar sus puestos. En casos así, yo encontraba en los ojos de Pascual un íntimo agradecimiento, algo así como si nosotros, con la tertulia, lo hubiéramos librado de ser arrojado a la corriente del Tíber. ¿Sabes tú, Hilario, si este temor de Pascual era rememoración de algún desacuerdo con sus alumnos? Me gustaría que de algún modo pudieras responderme desde ese tu espacio que desconozco y en el que, al parecer, no cabe la nostalgia del pasado ni vencerse a la existencia de la actualidad.

Recuerdo una tarde, ya dominadora la oscuridad sobre la luz que fue día, en la que hablando sobre qué escribimos y quién hacía versos entre nosotros, Pascual extrajo tímidamente de su bolsillo un pequeño volumen. Buscó por su memoria la mejor expresión para disculparse y señaló su manuscrito:

—Son —dijo— notas, pequeñas notas de mi travesía.

No soltaba el volumen manuscrito de sus manos y aclaró:

—Lo titulé *Decir de mí* y de vez en cuando lo abro con el fin de reconocerme ocupando un tiempo pasado. Cuando vivía con mi madre, por ejemplo, en un pueblecito gallego que fue mi primer destino. Todo era nuevo para mí, incluso los cinco libros que constituían mi biblioteca, asentada sobre una leja de ladrillo, y a los que me aferraba como si fueran el único pasado que habitar.

Posiblemente para no tropezarse con nuestras miradas, Pascual

tenía fijados sus ojos en el volumen, en sus primeras páginas, a las que se encomendaba para revivir.

Creo que no ya nosotros sino todo el café se alojó en el silencio, sin que una cucharilla o un sorbo se moviera. Hasta la pareja que todas las tardes andaba morreándose a esas horas en la esquina del fondo se arropó con el inusitado silencio. ¿Qué nos ocurría, Hilario, viejo amigo? ¿Acaso tú, habitante ya del gozoso silencio, pudiste participar también del nuestro?

—¿Qué libros —interrumpí con la voz— eran aquellos cinco que formaban tu biblioteca?

—Un Virgilio completo —respondió Pascual de las Hoces agradecido—. Una *Odisea* en prosa traducida por Carlos García Gual; los cinco tomos de la Santa Biblia de Felipe Scio publicados en Barcelona, 1852; una Vida de Séneca, falta de las primeras páginas, que detalla su participación en la conjuración de Pisón y posterior muerte de Séneca por razones políticas, y un texto muy curioso sobre el neoplatonismo en África desde Apuleyo a san Agustín, en cuyo *De civitate Dei* se hermana la defensa del cristianismo con el estudio filosófico histórico genuinamente romano.

Tú ya sabes, ahora, aunque mi vicio humano de realidad inmediata lo olvida, que Pascual de las Hoces era harto medroso en la conversación y en la disputa. Daba la sensación de que mandaba a pedalear por la mente a las palabras antes de dotarlas de sonido. Sí, no lo comentamos, ni siquiera lo apremiábamos, pero nos explicábamos que hubiera rodado de instituto en instituto antes de finalizar en nuestra facultad, donde ya sabíamos de sus excelentes trabajos de investigación y estudio. Los jóvenes del instituto, con sus prisas en quemar los años, no eran los oyentes más adecuados. Por todo ello nos sorprendió tanto en aquella ocasión, en la que, sin ningún preámbulo ni dilación, se puso a contarnos de su madre poco antes de morir. Entendimos que nos escogía como el más acertado auditorio para su exposición. O más claramente, como precisó Humberto, que Pascual se hablaba o comunicaba a sí mismo sin que nada de nosotros lo perturbara.

El hecho es que comprendimos que el hombre necesita de vez en cuando el hablarse o explicarse a sí mismo, y que el bueno de Pascual, sin hallar impedimento en nosotros, se descubría en aquel

momento con la misma edad que tenía su madre al morir. Sencillamente haber llegado a esa circunstancial coincidencia le llenó la memoria del tiempo pasado e iba reviviendo con el poder de la palabra. Deducíamos, por aquello que rememoraba consigo mismo, aquel día en el que acompañó a su madre al Teatro Real para asistir a la representación de una ópera de Verdi. No lograba recordar qué ópera fue, pero sí tenía fijado el rostro de alegría de su madre que, ¡al fin!, pudo conocer un teatro, una sesión con la que había soñado desde que tuvo doce años y un viejo profesor de música le habló de Verdi y la aspiración de escucharlo en el ambiente formidable del teatro. Entonces, sonrió Pascual, incluso estuvieron los reyes en el palco. Un año después la madre de Pascual moría y posiblemente por ello el ahora viejo catedrático dejó de hablarse a sí mismo en un amenazado café de Argüelles de respetuoso silencio.

¿Se te ocurrió alguna vez, Hilario, contrastar esta soledad de Pascual con uno de aquellos debates que promovía, por ejemplo, la preocupación del princeps Augusto en que no se contaminara de sangre servil o extranjera la raza del pueblo romano? ¿La atención que el tiempo conduciría a la crueldad de las exterminaciones raciales y a las persecuciones homofóbicas? ¿Puedes, ahí, en tu amplio espacio, recopilar estos trayectos por la historia que apenas dormitan? No sé, no me atrevo a pensar si estas cuestiones, después de siglos afilándonos en humanismo, seguirán existiendo.

Pero vive, Hilario, mi curiosidad. Creo que la curiosidad fue el elemento más decisivo para el movimiento creativo del lenguaje y encontrar el cauce de la colectividad. Alcanzar la facultad de preguntar y lograr encontrar respuestas a nuestra curiosidad despertó querer saber por qué caía a tierra una manzana o por qué Adán le hizo caso a Eva o por qué los vecinos del piso cuarto han decidido separarse. Cotillear, vulgarmente cotillear sirviéndose del lenguaje de la comunicación que tantas noticias nos sirven cotidianamente en los medios.

Me pregunto, Hilario, si esta conjunción de pasado y presente, incluso de pronóstico del futuro, que nos va llegando paulatinamente gracias al lenguaje será ya en ti un algo total que posees como presente. ¿Conoces en el mismo acto mi ayer jubilándome por viejo y mi hoy atendiendo la soledad de Pascual?

¿Acaso en ti es un común conocimiento, sin necesidad de lenguaje, sin curiosidad, el ayer, el hoy y el mañana?

Me preocupa, Hilario, me preocupa. Porque si fuera así, por qué te estoy escribiendo con la misma fe con que la viuda del cementerio se acerca a la humilde lápida de su difunto y le habla de lo difícil que está la vida o si al fin la vecina se casó con el Andrés, y cuánto, esposo mío, te echo de menos. La viuda y yo, Hilario, necesitamos la misma vitalidad del lenguaje para cumplir con la comunicación social.

¿Para qué o por qué, entonces, estoy escribiéndote casi desde el primer día que te marchaste a ese espacio en el que moras? Si me apresuro a distinguir que mi curiosidad de ahora, motivando el lenguaje, es muy distinta de aquella que acompañaba en mi juventud recorriendo las rampantes calles y *clivi* de Roma, *clivus* Capitolinus, *clivus* Argentarius, mientras escuchaba el chirriar de los carros invadiendo los espacios peatonales o los buhoneros del Trastevere anunciándose mientras en las *viae* y en los *itinera* iban instalándose los barberos y abriendo los comercios con la curiosidad de saber quién habría caído bajo el ataque de los *sicarii*.

Mi curiosidad era, realmente, la necesidad que tenía, que tengo, de un compañero al que comunicarle las cosas, a veces fútiles, que van constituyéndonos. Es el sentido de aceptarnos que yo le daba socialmente al lenguaje.

Un día, quizás finalizando septiembre, me encontraba en nuestra tertulia e inesperadamente me quedé sin espacio para que el sonido alimentara la voz. Podía mirar a los contertulios sentados a uno y otro lado. A Pedro explicándole algo a un cliente, a la anclada pareja de novios que iban envejeciendo ya aburridos porque él nuevamente había suspendido las oposiciones y... Sí, comprendía el movimiento a mi alrededor, pero no podía hablar, acomodar con su sonido la palabra. Tenía plena conciencia de sufrir un trastorno afásico e intentaba disimularlo, mientras oía o escuchaba las oraciones de los demás como si salieran de un túnel en el que confundían los significados.

De pronto me vinieron a la memoria los apuros que debió pasar Adán cuando tuvo que explicarle a Eva: «Eso blanco que vuela es una gaviota y aquello azul es el mar. No tendría que enseñártelo si hubieras dejado la manzana en el árbol.» Pero ¿en qué lengua, en

qué palabras se lo dijo?

Me encontraba confuso, aturdido. Porque, además, me había costado inusitado esfuerzo hallar que era *azul* y no otro color el que necesitaba para acompañar *mar* y que volar era el verbo para definir el movimiento de las gaviotas. Sí, me compadecía a mí mismo al temer perdida la significación precisa del lenguaje e intentaba por otro lado que la afasia no fuera advertida por los contertulios. ¿Comprendes Hilario, viejo amigo, lo que me hubiera animado poder acercarte amistosamente mi lenguaje al igual que aquellas mujeres del cementerio le confesaban sus cuitas a sus seres difuntos? ¿Admites que en muy cariñosa razón tú eres una necesaria parte de mi buscar confesión? ¿De que seas un ente de ficción que existe para darme el descanso de la comunicación?

De la afasia, Hilario, no te preocupes lo más mínimo. Pasó, al igual que lo hizo la gripe de todos los años. Si acaso me dejó la pequeña molestia de tener que buscar en el diccionario que la palabra *azul* es la que busco para colorear cierta nube o que *brassier*, sujetador, sostén, es la voz que pronunciaban las damitas afrancesadas no hace mucho. Como ves, nada serio. Sí lo fue, quiero decir muy serio, el debate que mantuvieron nuestros amigos de tertulia sobre Platón y el lenguaje.

El café, como era costumbre, se mantenía en una quietud que parecía defender su vieja tradición frente al ruidoso movimiento que intentaba manifestarse con el ruido. Fuera, las palabras se restregaban entre sí quemando aristas y la circulación, sumando a ella el estridente sonido de las sirenas trasportando enfermos, proclamaba su sonoridad con la que huían la meditación o el descubrimiento de la anónima belleza.

En el café, todo se medía en la calma, hasta las tres o las cuatro parejas de novios que se estrechaban las manos reconociendo que su tiempo había pasado y sólo les quedaba ir aprendiendo a ser viejos estériles o sindicalistas afiliados a la esperanza prohibida. El café, cuando ellos no debatían sus aisladas rarezas que a nadie importaban, anunciaba con su quietud la inevitable dejación de la vida. ¿Reconoces, Hilario, el escenario? ¿Admitirás que éramos con nuestra palabra unos invasores de la posmodernidad y el progreso? ¿Qué interés podía tener ya que invocáramos a Platón y su argumento del gobierno filosófico de los hombres? ¿O de que la

educación era el auténtico, único garante de la ley y de la ciudad?

Te escribo así, porque yo, viejo amigo, vengo de otro antiguo mundo en el que aún tienen menos cabida que en el nuestro los discursos y debates que manteníamos en el viejo café en el que apretábamos la amistad. Estoy seguro de que tú, en esa morada que habitas, comprendes mi laconismo y que permaneciera mudo ante lo que ellos debatían, incluso que la modorra me visitara.

Pero me visitó la sorpresa. Discurrían, como te apunté, del aristócrata Platón, cuando en el *Crátilo* examina la relación del lenguaje con las cosas y difiere de aquellos discípulos de Heráclito que creían haber encontrado una conexión real entre el nombre y lo que expresa. ¿Te suena este diálogo platónico en el que Crátilo sostiene la teoría naturalista del lenguaje y la vigencia de Heráclito? ¿Lograrías recordar en tu residencia actual aquel tiempo lejano en el que trabajabas para la tesis cómo Sócrates defendía con la *Ilíada* lo importante que era significar la esencia de lo que se nombraba y no la etimología, con frecuencia disparatada? Yo recuerdo como si fuera ayer que participabas, con tu exposición de la ironía socrática, en la etimología, por ejemplo, de *amazona* que Pedro Mexia recogía en su *Silva de varia lección* conjuntando que *teta* procedía del griego *mazos* y *a* era la partícula negativa, con lo que *amazona* significaba *sin tetas*.

También, recuperaba y contrastaba la Academia de Platón, asentada sobre un modesto terreno al noroeste de Atenas, con la residencia de Calias, hermano de Hermógenes, que era la más grande y rica de la ciudad, en la que celebraban reuniones los sofistas y se reparaban con banquetes, según nos señala el *Protágoras*.

Me pregunto, Hilario, si allá donde te encuentras gozarás de la facultad de actualizar para el presente fragmentos o episodios del pasado, tal como yo realizaba hace poco en tanto mis amigos de tertulia dialogaban sobre el interés lingüístico del *Crátilo*. Te repito que en esa actitud estaba mi curioso pensamiento cuando el debate vino a perturbar mi ensimismamiento al poner en discusión la falta de interés por las lenguas extranjeras en el *Crátilo* frente a la atención a ellas que se presta hodierno en nuestra nación. Creo que Pascual, sustituto en tu asiento, lo explica por el tiempo transcurrido entre la Academia platónica, fundada en el 387, y estos

nuestros días vencidos a las discusiones económicas tan lejos de los diez años dedicados a la matemática y cinco a la filosofía que se cumplían en la Academia. Tengo la impresión de que ahora nadie compraría un terreno próximo al gimnasio de Academos para fundar lo que pudiéramos llamar la primera universidad europea y sí a cambio estar prestos para destruir un edifico de enseñanza por inútil y costoso.

Creo que nuestro buen amigo Ewaldo —¿lo recuerdas bien con sus despistes?— se acogió al valor del mito en Platón, con su significación independiente de la narración del diálogo en el que se sitúa, gracias a la doble significación del lenguaje, en el que entra la imaginación. Ewaldo, que recordarás como poeta creador de silencios, tenía una gran preferencia por el mito de Theuth situado en el *Fedro*. Le entusiasmaba pensar que un lector encontrara la magia de su palabra poética y fuera más allá de su significado real y común que lo despojaba de individualidad, de lo que sólo un lector leía y entendía.

Atardecía ya en aquella reunión de la tertulia. El tiempo, rompiendo su orden esclavizado por los siglos, quería ser Primavera, con el verde haciéndose, pero el triste noviembre, afincado en las nacientes heladas, no podía aceptar la rebeldía y mantenía su atrabiliaria autoridad de un orden más que milenario.

Algo de esto exponías y defendías en tu tesis doctoral sobre *El mito y el lenguaje de Platón*. Si mal no recuerdo te extendías hasta la muerte del filósofo, a los ochenta años cumplidos e incluso discurriste hipotéticamente sobre Diótima, la excepcionada mujer que «habló» en el *Banquete* y en la que con ayuda de Sócrates alguien imaginó una relación con el Platón que mantuvo su soltería con fidelidad.

El hecho es que el buen Ewaldo en un momento de la discusión apeló a tu conocimiento y fijó sus ojos en mí trayéndome nuestros días de juventud compartida.

—Seguro —afirmó, dirigiéndose a mí— que tú tendrás una copia de la tesis de Hilario. También debes saber si entre sus libros guardó el de Frutiger acerca de *Les Mythes de Platon,* de 1930, que nos vendría muy bien para nuestro debate.

Tuve la temerosa presunción de que todo el café se refugiaba en el silencio con el fin de esperar mi respuesta, al igual que el griterío

enmudece en la jornada futbolera ante la expectación de un penalti decisivo que va a lanzarse en el último minuto.

—¿Podrías buscar el texto de Frutiger en casa de Hilario y traerlo? —me insistió Ewaldo.

Quizá tú ya sepas, viejo amigo, lo que supondría para mí la petición de Ewaldo, cosa que yo ignoraba.

A la mañana siguiente, pues, me dispuse a procurarle a don Ewaldo el ejemplar sobre *Les Mythes* platónicos, que bien sabía el lugar que ocupaba en tu despacho: Exactamente detrás de ti, en la abarrotada estantería de clásicos que te acompañaba en tus clases en la Facultad. ¿O no estaba allí?

El almanaque podría firmar el tiempo que quisiera para sus débitos y pagos, pero yo, repito, sentía que era primavera, con el verde haciéndose y dibujando ilusiones que aún me apetecían.

Llamé al timbre y reconocí los pasos de Clodia acercándose a la puerta. Al igual que tantas veces cuando aún no habías iniciado el largo viaje en cuya residencia siguen preguntando por tus libros, tan inútiles ahora para ti como todas las cosas de la tierra. Pero, ¡hala!, tú no cejarás de acordarte de los libros y estoy seguro de que me vigilarás para ver qué hago con *Les Mythes de Platon.*

—Vengo a ver unos libros de Hilario —le dije a Clodia, tu doméstica natural de Tíjola.

—Quizá —le anuncié— tenga que llevarme uno, sólo para un día.

Clodia sonrió aparentemente sin preocuparse, muy bien adoctrinada por ti. De pronto, presentí que mi curiosidad se había colgado de su sonrisa, de sus ojos negrísimos e incitadores. Creo que estaba con la misma *déshabillé* transparente de siempre, cuya palabra es aquí muy adecuada porque designa la esencia, ¡tan francesa!, de la cosa, que en cambio se pierde en su traducción española. No es lo mismo encontrar a una dama en *déshabillé* que en salto de cama o en bata de cuadros. Dejémoslo. El caso es que Clodia atraía en *déshabillé* y me surgió la curiosidad de saber si era un regalo tuyo o lo había adquirido ella en una tienda de moda. Tal vez tenga que disculparme más adelante por mi vulgaridad, pero convine en preguntarte, ¿qué significaba en tu vida Clodia?

Mientras buscaba con la mirada el libro de Frutiger mi mente dibujaba el rostro de Clodia, al que dotaba de una alegría llegada

con la libertad. Perdona mi ingratitud, Hilario, viejo amigo, pero sentía que tu decisión involuntaria de abandonarnos le había proporcionado a Clodia el gozoso movimiento de la libertad, el arriesgado grito de sentirse libre.

Acaricié el texto francés y golpeé sus hojas para sacudir el polvo acumulado. No necesitaba buscarla, suponía que Clodia permanecía apoyada sobre el quicio de la puerta. Me volví hacia ella.

—Ya está —formulé.

Tuve que mirarla, compréndelo. No cesaba de llegarme su olor de tentación, de cercarme su aire de cuando allá en el pueblo iba con sus amigas a la plaza de los caños para escuchar el agua que venía de muy lejos, cantarina, liberándose de la tierra sedienta que intentó aprisionarla y deseando correr golpeando las paredes de las acequias. Clodia me miraba fijamente, puede que intentando leer en mi pensamiento qué escribía de ella el deseo. No sé, ya sabes que a veces es difícil apreciar lo que maquina una mujer encerrada en su mutismo.

—Mañana —le precisé— devolveré el libro a su sitio.

Quise que sus ojos dijeran. Leer en su mirada.

—Posiblemente tenga que regresar algunas tardes para consultar algún otro libro de la biblioteca. No te importará, ¿verdad?

—No —sonrió—, no me importará.

Por unos instantes, Hilario, viejo amigo, sentí que estaba traicionándote, pues mi pensamiento bullía más excitado hacia la Venus Meretrix, protectora del amor carnal, nombrada por Pausanias en el *Banquete* platónico.

V

DE VUELTA A ROMA. CLODIA CELESTIAL

De las dos provincias: Lusitana y Bética, con las que Augusto fraccionó la España ulterior, el hecho de que Clodia y yo hubiéramos caminado por los mismos rincones de la Bética facilitó nuestro posterior entendimiento. Clodia era una mujer morena, de cabellos intensamente negros y unos ojos rasgados, prodigiosamente verdes, perfectamente acomodados a la belleza de una expresividad acogedora.

Después, el día de nuestro encuentro, cerca del campo de Marte, junto al circo Flaminio, tuve la sensación de que repetíamos aquel dialogar con Sócrates del joven Fedro que venía del Pireo de platicar con Lisias. Pero, ¿quiénes éramos nosotros para anidar imprevistamente en el cuidado diálogo de Platón? Sacudí la cabeza alejando la herejía y comprobé que se trataba de un resurgir de la idea sobre la atracción de las cosas bellas y que podía resolverse en la pasión por lo bello, que es una de las cuatro formas de *locura* divina. Esto último, caer en la locura, me estremeció como si fuera un presagio, un pronóstico de mi porvenir, y me hizo abandonar el rostro de la belleza que contemplaba e incluso la tentación de abortar el temor que sentía.

¿Recuerdas, Hilario, mi apego al presupuesto délfico de «conócete a ti mismo»? Desde mi encuentro con Clodia junto al circo Flaminio aumentó mi interés en ser fiel a la admonición del «*Nosce te ipsum*» grabada en el templo de Delfos que fue recogida por Sócrates procedente de Tales o tal vez Solón o quizás de un pobre navegante como yo. Aprecié al instante, con la velocidad irruptora del amor, que Clodia era la mujer con la que mejor podría buscarme y entenderme a mí mismo, con la apreciación de que la locura amorosa me conduciría a la estimación del alma inmortal. ¿Acaso nuestra vanidad o nuestra soberbia o nuestra cocción no nos

guía al sueño de pretender la inmortalidad para el alma? Sí, Hilario, la hermosa Clodia, tan distinta de tu Clodia alimentada como doméstica, me conduciría a valorar la persecución tan humana de Octaviano en pos de la inmortalidad de su alma emparentada con los dioses o venida graciosamente de Apolo y la aquiescencia de Venus, que tantos romanos prohijó.

A todo esto, Hilario, ¿por qué nunca te interesaste por los motivos de mi soltería? Ni siquiera te movió la curiosidad en aquel tiempo que atendíamos la correspondencia de Augusto y Antonio y éste acababa preguntándote: ¿Importa algo dónde y con qué mujer uno se desahoga? («*ubi et in qua arraigas?*»)

Iba queriéndote comunicar, si es que tales cosas se esconden hoy a tu mundo, que Clodia me ayudó muchísimo en mi relación con Augusto. Estoy seguro de que fue ella quien le aseguró que yo, dada mi procedencia de otro tiempo y cultura, ofrecía mucha más credibilidad del futuro que los adivinos a los que tanto gustaba interrogar. Porque, sencillamente, el futuro que los magos pronosticaban era el presente, la actualidad que yo habitaba.

Luego, Clodia le hablaría de mí recordando sus aficiones intelectuales desplegadas en diversas obras que leía en el cenáculo de sus amigos, donde expuso su «Réplica al Catón de Bruto». Tengo por seguro que Clodia le detallaría al *imperator* mis estudios sobre Pitágoras y la doctrina pitagórica, mitad religiosa, mitad filosófica. Especialmente detallaría cómo los pitagóricos dedujeron del parentesco entre los seres animados del mundo la existencia en el hombre de un alma inmortal que, tras sucesivas encarnaciones, emparentadas con los órficos, acababa descansando, inmortal, en la divinidad. ¿Cómo podía o pudo conocer esta doctrina pitagórica de mí? Es cosa que te explicaré tal vez otro día, cuando te escriba de la cosmología pitagórica, en la que ya la tierra no está en el centro del universo, o de la búsqueda de la purificación por medio de la música. El hecho, hoy, es que Augusto quedó muy impresionado por la doctrina pitagórica de la transmisión de las almas, tras su aparente muerte, la cual implicaba alcanzar la ansiada inmortalidad, cosa de innata aspiración en aquellos días en los que la factura de la edad le obligó a que Tiberio diera fin ante los agentes de la lectura de su «Rescripto Bruto de Catone».

Creo que en este punto sería ya lógico que me preguntaras si

Clodia y yo nos amábamos, pues ambos teníamos edad y libertad para gozar del amor y entregarnos a él aprovechando el escaso tiempo que nos quedaba para ejercer. Sí, sería tan lógico como el preguntarnos qué tal estábamos o cómo cumplíamos al encontrarnos después de vacaciones o tras un largo viaje.

Supongo que fue la prudencia o el respeto a la intimidad, rechazado el atropello de la curiosidad, lo que nos impidió manifestarnos. Sin embargo, te confieso mi alto interés en conocer qué tal es tu nueva residencia; si es eterna o tu alma tendrá que cumplir el viaje de la trasmigración para descansar después con la ganada inmortalidad. En este segundo caso es mayor mi curiosidad por saber cómo te conduces dentro del cuerpo de otro animal, de una jirafa o un cocodrilo del Nilo, por ejemplo. Ningún pitagórico escribió sobre este trasvase del estado humano al cuerpo de un perro o de un rinoceronte. Ninguna página pitagórica encontré sobre ello. Tampoco Aristóteles, en *Acerca del alma* o en su *Metafísica*, nos dice algo preciso sobre este «viaje», de donde deduzco la predicación de la búsqueda de la purificación por medio de la música o la afirmación de que nada es totalmente nuevo, pues sucedió ya hace tiempo. A la vez buscaba el oculto sentido de consejos como «No orines en dirección al sol» o «Cría un gallo, pero no lo sacrifiques, pues está consagrado a la luna o al sol». ¿Tienes, viejo amigo, muchos pitagóricos, acertadamente enemigos de la grosera gula? ¿Has recordado con alguno de ellos la hermosa leyenda de que, al morir, el alma de los poetas escapaba del cuerpo para ir a descansar en la vida de los cisnes? Yo, te confieso, abandoné esta curiosidad que no iba mal para la ficción de un poeta cuando razoné, con Tomás de Aquino, que el alma humana era un ser propio con las facultades inmateriales del entendimiento y de la voluntad, y por su misma naturaleza forma del cuerpo humano esencialmente unida a él. Me parece que aquella moda de buscarla en la sala de disección por el cadáver de un mortal no pasaba de ser una *boutade* del pseudoprogresismo.

Ayer, cuando encaminaba mis pasos hacia la residencia de Augusto lo hacía apesadumbrado, tocado en mi vanidad, porque una editorial había rechazado, sin leerlo siquiera, un libro mío de poemas. Intentaba defenderme de la vejez, de cómo la vejez programaba con su rostro el ser un pasado insalvable del que era

necesario apartarse y evitar su contagio. ¿Era yo, Hilario, viejo amigo, un representante de esa vejez a la que era productivo apartar? Todo lo más, la vejez era un recuerdo que ya nada producía y de la que nada positivo puede extraerse. ¿Era así mi vejez, Hilario? No sé, viejo amigo, y puede que luego, cuando conozca tu espacio, acierte a responder.

Ahora, mientras caminaba, percibía un extraño frío que se había levantado en la mañana romana. Me consolaba advertirlo también en el apresurado caminar de los viandantes. No estaba solo en las sensaciones de la vejez y descarté mi preocupación por la negativa a extender mis poemas, aunque aún me hería el desprecio sufrido. Era importante el frío, sacudiéndonos el aire helado, y escondía las manos en busca de un calor interior en tanto que el pensamiento y la imaginación se abrían paso entre la niebla pidiendo la protección del sol. Pero el frío me conducía de nuevo a la humillación de mis poemas, naturalmente autobiográficos. ¿Cómo era posible que a mi edad, con mis años y años de ejercicio, de ayudar a publicar a tantos, me rechazaran un libro? Ciertamente que me había preocupado mucho más de cuidar a los alumnos que de andar por círculos para sumar lectores. Tú sabes, Hilario, que fue así y jamás mendigué o comprometí la libertad. Lo sabes y podrías atestiguarlo, ¿verdad?

Es posible que en tu mundo ni aparezca el dibujo de estas minucias de la vanidad. Pero es el mísero mundo que habito, al que nos conduce la vanagloria, y yo aún peco, viejo amigo. Tal vez tú, que tanto te detuviste en clase glosando a Horacio y a su tiempo, gustarías que te dijese el significado de Clodia respecto a Augusto. Es algo más complejo que responder por la hechicera Canidia, en realidad una tal Gratidia, vendedora de ungüentos, a la que Horacio citaba en sus epodos y que fue bien conocida.

Creo, Hilario, que Clodia representaba para Augusto el símbolo físico de la juventud, de ese tiempo perdido para siempre que se recuerda necesariamente en un momento, mientras que Augusto, cuando yo lo conocí era el comienzo de un final, que trazaría su distancia, y que iba ocupándose en representar el fin de la comedia y ganarse el aplauso general como actor.

Me atrevería a indicar que Augusto se preocupó tanto en ocultar a Clodia con el fin de que nadie le disputara el papel de

protagonista. Ni siquiera Suetonio, el historiador, quizás romano, que con tanto arte, amigo de la ficción, escribió la vida de Augusto, menciona a Clodia o extiende una cita que permita reconocerla.

Puede que esta historia poco canónica de Clodia y Augusto sea la de mayor amor y densidad dentro de un correr íntimo, aunque jamás se recogiera en las páginas austeras de la historia. Pero es la historia que más justifica mi presencia junto a Augusto y la explica, atendiéndola en aquellos apresurados días que se cuidan celosamente porque pertenecen a la última estación de la vida.

Volviendo al comienzo, ¿tú considerarías, Hilario, que Clodia y Augusto se amaban? Recuerdo que muchas noches, queriendo acercarme al argumento, me dejaba guiar por los *Amores* de Ovidio. Más seriamente recalaba en las páginas del amor que Tomás de Aquino atiende dentro de su tratamiento de las pasiones, comenzando con el amor en cuanto la primera de las pasiones del apetito concupiscible. Tú, Hilario, ya tendrás en tu presencia todas las páginas del santo con sus apoyos en Aristóteles o en Dionisio. Sin embargo dejo que mi pueril vanidad repita la cita de san Agustín, en su *De civitate Dei,* cuando señala que «el amor, anhelando poseer lo que se ama, es deseo; poseyéndolo y gozando de ello, es alegría; eludiendo lo que es contrario, es temor y temiendo esto, si acaeciera, es tristeza». Durante muchas jornadas yo observaba esta relación agustina entre Clodia y Augusto. Admiraba el brillo de la amorosa claridad en los ojos de Clodia y cómo Augusto recibía la alegría de poseerla y cómo de pronto temía perder por culpa de la edad tal posesión y mudaba su carácter posándose en él la tristeza de tener que despedirse y ocultar lo que amaba.

¿Y Livia?, podrías preguntarme desde tu espacio algo perturbado por mi relato. Conozco que, según la leyenda, las últimas palabras de Augusto antes de morir fueron para Livia: «Vive siempre con el recuerdo de nuestro amor.» Sí, existía ese amor. Pero era otra cosa. Más que amor a la persona era amor a la perseveración en la dinastía que simbolizaba Livia, a su firmeza en defenderla. No, no era ese amor generador de alegría y celos que le proporcionaba Clodia en secreto, sino el reconocimiento a un fértil empeño, en el que también cabía el amor a sucederse en una herencia que prolongara el nombre y la grandeza de Roma.

Puede que en ese espacio que ahora compartes con los bienaventurados no exista la curiosidad mundana de aquí abajo por donde se anima la hipocresía y la calumnia. Puede, no lo sé, que tengas todo lo presente, lo que fue y vendrá, dentro de una realidad despreciadora de la malsana curiosidad, puede ser. No obstante, sentado en mi hoy tan nutrido de ayer, me permitiré suponer en ti un ramalazo de curiosidad por conocer si hubo amor entre Clodia y yo.

Antes de responderte he meditado dónde acabarán mis páginas y si tú habrás encontrado ahí una esquina oportuna en la que formar una tertulia como la de nuestro café Urquijo en el que una tarde nos comunicaste cómo ayer, 27 de noviembre, un desconocido venido de Roma te notificó a la salida de clase la muerte de Quinto Horacio Flaco, precediendo a su amigo y protector Cayo Cilnio Mecenas. ¿Lo recuerdas, Hilario, viejo amigo? Y lo que más te entristeció es que nadie parecía acusar la noticia y tenía conciencia contrastada de que ninguna muerte modificaba o alteraba el curso del progreso. ¿Lo recuerdas, Hilario?

Con ese recuerdo inicié de nuevo mi correspondencia contigo, percatado de la verdad sobre el destino de mis cartas. Nada alteraría que murieran sin ser recibidas. Fue cuando me llegó la invocación última que hace el sacerdote sobre el cuerpo del difunto, según el *Ritual Romano*: «Los ángeles te llevan al paraíso.» ¿No será posible, Hilario, que también los ángeles hicieran de cartero con nosotros? No sería mucho trabajo, ya casi nadie escribe cartas. Al menos cartas como las que yo te dirijo y que, por si acaso, cuidaré su estilo en adelante. Sí, Hilario, ¡claro que Clodia y yo nos amábamos sin faltarle a Augusto!

Creo que en parte ya respondía a tu posible curiosidad sobre Clodia y ya en el comienzo de esta carta. Clodia estuvo ayudándome a entender y servir al princeps, atosigado por magos, adivinos, estrelleros, hariolus y demás profesionales en romper la mansedumbre de lo cotidiano. Augusto tenía verdaderas obsesiones que paraban en sus preocupaciones por la inmortalidad y en el destino de Roma y su lugar en la historia. Clodia me ayudó a saber cómo divertirlo, al igual que ella, siempre oculta, le aleccionaba sobre la claridad en sus escritos o en la redacción de sus exhortaciones al cultivo de la filosofía o prudentemente lo animaba

al abandono de la poesía y de una tragedia que pretendía emular a Sófocles.

Un atardecer, paseando por la cercanía donde el Tíber va buscando la libertad para descargar sus inmundicias, Clodia estuvo a punto de cogerme la mano y concederle a sus ojos la íntima expresión. Fue apenas un instante, pero yo percibí que la naturaleza se vestía con el más profundo silencio y ensayo de inmortalidad. Era algo inmenso, desconocido, tan extraordinario y rápido que no acerté a buscarle tiempo a mi respuesta. Creo que no veía nada concreto, sino una atmósfera virgen que nos rodeaba. Supe que era el amor envolviéndonos.

Comencé a preguntarme si la presunción sería el producto impreso de una forma de cultura y de la conducta individual de mostrarse a sí mismo. Por ello nunca uno convence al otro en su razonar. Me preguntaba si mi relación con Clodia iba más allá de justificarme de la esterilidad que deja un fracaso.

Quería razonar debatiendo conmigo la realidad de mi afinidad con Clodia en los días de Roma. Me detenía, por ejemplo, en aquellas jornadas en las que nos alzábamos y tras visitar, por separado, al *imperator* nos dirigíamos a una playa cercana o a pequeños pueblos de al lado como Lanuvio o el Tibur tan celebrado por Horacio. No era difícil encontrar un lugar apartado, a la sombra de un árbol, donde tumbarnos indisciplinadamente. Buscábamos el sol por entre el ramaje del árbol y lo mirábamos o lo sentíamos en el incendio de los párpados de nuestros ojos cerrados. Así unos minutos para darle tiempo a nuestros pensamientos a fin de originar la palabra. Tenía plena seguridad de la presencia de Clodia en el recinto de Augusto o de Livia, pero no de un contacto visual entre ellos. Aunque Clodia me especificaba:

—Esta mañana encontré taciturno al emperador. Poco predispuesto a levantarse.

O bien me aclaraba:

—Livia estaba algo preocupada con el carácter de Tiberio, su hijo y heredero.

En verdad me importaba un bledo en aquel momento el estado taciturno de Augusto o la preocupación por Tiberio de Livia, aunque estuviera en juego Roma con la difusión de los *carmina probosa* y los indignos libelos que podían rozarnos. Me inquietaba

saber cómo Clodia se escondía físicamente de todos y ni siquiera fuera designada como una sutil sombra desprendida del cuerpo que la formaba. Era como si no respirara el aire común de la ciudad y bebiera otro aire celeste que desprendiera su cuerpo.

En Tibur, descendiendo por la orilla izquierda del río, procuré cruzarnos con gente, incluso tropezarlos, con el fin de comprobar el reconocimiento visual de Clodia. No necesitó apartarse, tal como hice yo, al encontrarme con un ciudadano portador de un fardo desmesurado. Era como si ella no ocupara espacio físico, pero a cambio la escuché saludar convenientemente a los visitantes. Todo me parecía como si Clodia fuera una sombra desgajada del cuerpo que fue su propietario, el cual le dejó el recuerdo sonoro de la palabra sostenida en sus labios.

—¿Siempre fuiste así? —me atreví a preguntarle.

—¿Cómo? —respondió.

—Invisible u oculta para los demás. Como una visión.

—¿Crees que soy una visión? —me retó.

Sonreí porque sí comenzaba a creerlo.

En un tiempo ya pasado, y quizás arrumbado en el olvido, se decía de alguien: «Ha tenido una visión», y los demás sabíamos o suponíamos la visión. En aquellos días, mirándola, creía estar ante una visión de la enamorada belleza que tuvo la necesidad de llamarse Clodia para ser una realidad entre nosotros. Sí, indudablemente amaba a Clodia y lo expresaba aquel día en Tibur, en tanto caminábamos por la orilla izquierda del río Anio, por donde tu amigo Horacio buscaba un árbol a cuya sombra sestear y componer la vida.

VI

LA OTRA CLODIA, LA TERRENAL, Y LA DECISIVA NATALIA

Días atrás te concretaba, Hilario, cómo acepté el encargo de acercarme a tu casa de la calle Larra para recoger el libro de Frutiger sobre los mitos platónicos. Mientras aguardaba que Clodia me abriera la puerta me llegó tu voluntad de testar a favor de Clodia la propiedad del piso que compartíais con la única condición de que cuidara al máximo la biblioteca sin enajenar un solo volumen o manuscrito por la razón que fuera. De acuerdo con ello, Clodia seguía todos mis movimientos en tanto que yo buscaba la edición de Frutiger para usarlo como autoridad en la discusión entablada en nuestra tertulia.

¿Tan apreciada te era Clodia para encomendarle la custodia de tu biblioteca? ¿Tanta confianza en ella tenías? Era seguro que no estropearía ningún volumen por leerlo, eso era seguro, pero se trataba de *tus* libros, preñados de tu lectura, que si los abrías de forma descuidada gritaban pronunciando la ayuda o el amparo de tu presencia. ¿Tanta fe te iba en Clodia? Sí, recordaba que la jornada de tu defunción, mientras entrábamos a despedirnos de ti, Clodia se mantenía en el quicio de la puerta sin abandonar su mirada en la biblioteca. Yo, Hilario, viejo amigo, pensaba entonces que Clodia vigilaba la puerta como si esperase que de un momento a otro aparecerías feliz para mostrarle un nuevo y raro ejemplar recién adquirido.

Ahora diría que era otra Clodia, casi festiva, en provocativo *déshabillé*.

—Aquí tienes —le dije, mostrándole el Frutiger.

Lo tomó entre sus manos, lo acercó a la nariz y, tras abrirlo comenzó a olerlo.

—Hilario me enseñó a oler las páginas de los viejos libros. Me

decía que era conectar también por el olfato con el pasado, revivir algo que fue y desea estar con nosotros.

Luego miró el volumen, lo inspeccionó y me lo tendió:

—¿Lo colocas tú? —me propuso.

Me subí a la escalera y lo ubiqué en su lugar. Clodia, a mis espaldas, me invitó.

—¿Quieres desayunar? Tengo café recién hecho y tostadas con mermelada amarga.

Te juro, Hilario, viejo amigo, que pensé en ti, si eso sería lo que desayunabas cuando estabas aquí y no en ese espacio donde te encuentras en el que quizás no existen las comidas. Sí, pensé en ti, en las porras que nos tomábamos en el bar de la facultad antes de dirigirnos a clase. ¿Puedes recordarlo? Siempre había algún alumno que lo aprovechaba para preguntarnos cualquier cosa y terminábamos invitándolo. ¡Qué tiempos, Hilario! ¡Cómo me gustaría poder protagonizarlos de nuevo! Ya, ya sé que esa universidad también se marchó al igual que fuimos desapareciendo nosotros, asfixiada ella por los problemas económicos y un falso progresismo, invitado de la corrupción. ¿Por qué no propones ahí que se reproduzca nuestra facultad con sus horarios de siempre, sus bedeles dándonos la hora, sus libros que ahora se preguntan para qué sirven?

¿Te das cuenta, Hilario? Me he desviado del argumento en el que iba, que era... ¡Ah, sí! Te escribía de Clodia ¿De dónde la sacaste? ¿Aciertas a recordar aquel tiempo cuando leíamos a Suetonio y lo acompañábamos a Emathia, en Macedonia, para recitar con Lucano la guerra *plus quam civilia* que relataba? Teníamos imaginación para acompañarle, esa imaginación que se fugó aburrida por el ocio surgido en nuestros días de actitud autística.

Sí, Hilario, iba diciéndote de Clodia, la muchacha que un día abandonó tu sierra almeriense en ese cruce que señala que por allí se va hacia Almería y por acá a Murcia. Me lo fue contando ella, no tú. ¿Tendré que narrártelo?

El día anterior le había anunciado a Clodia que volvería pronto a investigar en tu biblioteca, en la que estaba colgado un cuadro de Falgas sobre ti, de joven. ¡Cómo desvía la vejez lo que un día fuimos! Después de consultar en tus libros los datos que precisaba,

me quedaba un rato charlando con Clodia y ella me contaba alegremente cosas de su pueblo, de la libertad de su pueblo escandalizando a los antiguos.

Hasta que una tarde se nos hizo la noche y ella me invitó a cenar.

—¿Por qué no te quedas? —quiso persuadirme—. No hay gran cosa, pero nos arreglaremos.

Percibí en sus ojos un brillo de confianza que apoyaba sus palabras incitadoras.

—Y luego —me animó—, si quieres puedes quedarte a dormir. La habitación de Hilario está libre. A veces —endulzó su voz— oigo unos ruidos extraños en la casa que me atemorizan.

Sonreí y acepté la inesperada invitación. Estuvimos hablando y hablando mientras en el televisor sonaba algo impreciso. Luego, ella cogió mi mano entre las suyas, que estaban agradablemente templadas contra el frío que se iba adueñando de la noche.

—¿Vamos? —expresó sin soltarme la mano en tanto que se incorporaba.

¿Te ocurrió algo así, Hilario, en un atardecer brindándose a ser poseído por la desconocida oscuridad? Retiro la pregunta y apelo a favor de la discreta brevedad, ya que ahí, en tu tiempo conquistado por un presente continuo, sin ayer ni mañana, todo te es conocido.

No obstante te confesaré que por mi mente, siguiendo a Clodia, se cruzaban pasajes como aquél de Eva instando al idiota de Adán a morder la manzana prohibida. O recapitulaba sucesos como el precisado por Estrabón en su *Geografía* al decirnos del templo de Venus, en Corinto, servido por más de mil jóvenes prostitutas, sobre las que destacaba la extraordinaria belleza de Laide. Parece ser que a esta Laide alude Horacio en una de sus *Epístolas*, tú lo recordarás mejor que yo, y que a ésta acudió el célebre Demóstenes para gozarla, desestimándola por cara al pedirle Laide más de diez mil dracmas por deshumedecerla.

Mentiría hipócritamente si no admitiera lo plácida que fue la noche al calor de Clodia, cuya palabra tenía una atracción varia y siempre acorde con el momento. Fue, ahora lo relaciono, cuando me aseguró que la Laide de Corinto era no la más bella de la ciudad sino la que mejor dominaba la rica variedad de la palabra, requeridora de su adecuado ritmo y acento matizador. Nuestra

Clodia era una perfecta heredera, dominadora de la pausa y la incitación.

A la mañana, queriendo repetirme vivo, me despedí más pronto de lo que a mi edad se aconseja y tuve la amarga sensación de haber culminado un disparate y una traición. Pero no me arrepentía y miraba mi ropa, extendida sobre una silla, como una amenaza que convenía mantener lejana.

—¿Quieres desayunar? —me ofreció Clodia.

No respondí. Sonreí y la miré agradecido.

—Reposa un poco más —añadió—. No tenemos otra cosa mejor que hacer.

Detrás de la silla acerté a divisar una fotografía enmarcada. Me incorporé un poco en la cama porque me parecía que estabas tú fotografiado con unos alumnos. Me coloqué las gafas. Sí, eras tú rodeado de alumnos, en el jardín de nuestra facultad. Tenías unos diez años menos y se te notaba alegre, festejando un doctorado quizás. Pensé en si podrás mirar esa fotografía y recordarte desde ese espacio en el que habitas y carece de límites. ¿Nos borra tanto de lo que fuimos tu espacio que ahora somos otros sin pasado, colgados de un tiempo nulo y además salvados de la nada? Con frecuencia me acosa saber tu estancia y destino, y luego se introduce en mí la curiosidad queriendo conducirme. Por ejemplo, en este instante abandono la mirada en tu fotografía, la llevo al rostro de Clodia, que duerme otra vez despreocupada, y quisiera preguntarte: ¿Qué relación existía entre Clodia y tú? ¿Os refugiasteis el uno en el otro con frecuencia? ¿Me lo descubrirías ahora después de estos años de amistad y silencio? ¿Por qué no respondes jamás a mis preguntas? ¿Qué te lo impide?

Responderé yo. Hemos salido a pasear Clodia y yo, bulevar abajo hacia Rosales. Al pasar ante nuestro café de Urquijo tuve la tentación de explicarle a Clodia quiénes constituíamos la tertulia y cómo fue formándose, en tanto que otros clientes, en especial novios, fueron envejeciendo sin cambiar de estado o bien se incorporaron a otros intereses más modernos y libres. Abandoné la idea ante el temor de aburrirla con los argumentos que discutíamos como por qué Demócrito le dio el epíteto de Tritogenia a la diosa Atenea. En verdad ¿a quién podía interesar tal tontería? Y, sin embargo, Pedro, el camarero que se teñía el pelo, se nos acercaba

curioso y le gustaba escuchar que recitáramos en griego o en latín cualquier fragmento de un autor. Le parecía muchísimo más extraño que ser millonario.

No, ni siquiera pronuncié el nombre de la tertulia. El sol de aquel día había mojado su tiempo en el estío, junto al mar, y fuimos a sentarnos en uno de los kioscos a pie de calle de Rosales. Un airecillo de la sierra se mostraba disconforme con la simpatía solar. La miré cuidadosamente y me dio la impresión de que ansiaba comunicarse, relatar su historia, a la que más o menos se debía para ejercer el oficio más antiguo del mundo. Le dije:

—¿Cómo llegaste aquí?

Respiró con sosiego, agradecida a mis preguntas. Comprendo la posible impertinencia de inquirir, pero no estabas tú para interrogarte sobre cómo te llegó Clodia y convivió contigo largos años.

—Sucedió lo de siempre —respondió—. Quiero decir, lo que manda la naturaleza a la edad que tenía. Mi pueblo celebraba su fiesta patronal, bebimos, nos animamos y me encontré en las afueras, donde las parras del tío Raimundo ofrecen amplias y enlazadas sombras. Después lo normal en un pardillo: me quedé preñada.

Me asombré de la naturalidad con la que concluyó su respuesta, pero disimulé. Quizás porque fue el instante en el que me fijé en su cabello rubio, sin duda teñido, y lo contrasté con el negro intenso de aquella otra Clodia que conocí en la Bética, que tanto me ayudó a interpretar las rarezas y virtudes de Augusto y que acabé admitiendo como una visión a la que yo sólo accedía. Me entretuve en pensar en el posible simbolismo de aquel contraste y que sólo mi torpeza erudita tardó en advertir. ¿Hubieras percibido tú, Hilario, el mundo que distanciaba a una de otra? No, no creo, aunque bien recuerdo una sutil conferencia que te oí sobre el amor en Horacio, quien tampoco entendía mucho de la materia, si nos atenemos a su vida.

Pero Clodia, la Clodia de un pueblo almeriense, ajena a la que yo meditaba, continuaba explicándose:

—Mi tripa —decía— comenzaba a crecer preñada, el escándalo de los vecinos y familia amenazaba y una vieja del pueblo, que se ofrecía como experta, me aconsejó que era el momento de

marcharme a la capital, en la que ella tenía una amiga que me ayudaría. Así que cogí la camioneta que hacía viaje a la capital, con pollos para el mercado y conocí a la amiga recomendada. Era muy curioso el mundo que fui conociendo y que era muy distinto a lo que imaginé en el pueblo.

Clodia hizo una pausa. Sentí sus ojos registrándome para comprobar si me aburría y, por si acaso, aceleró su relato:

—El caso es que acabé en un barrio de la capital que llaman Las Perchas, ignoro por qué. Era un barrio de casas de una planta, encalichadas con fuertes colores, con estrechas aceras para sacar las sillas en verano y tomar el fresco. Allí aprendí muchísimo.

De pronto sonreí como si me interesara mucho su narración y Clodia lo agradeció. En realidad había imaginado que fue allí, en Las Perchas, donde Clodia cobró la costumbre de ir familiarmente en *déshabillé*, prenda que debió regalarle algún cliente. Lo deduje porque ella iba contándome cómo las visitaban los marineros ingleses de los barcos surtos en el puerto y les llevaban pañuelos de seda, relojes de serie, medias de náilon, cartones de tabaco rubio, bebidas, etcétera. No me tengo por *hariolus* o *haruspex*, pero apostaría que acerté al imaginar que *déshabillé* fue el término escogido entre sus regalos, y que tal vez lo ofreciera un marinero rubio, sonriente, que a lo mejor se parecía a ti, Hilario, viejo amigo.

Después, ahorrándose detalles, Clodia me habló de la tentación de vivir en Madrid, de la oportunidad que le brindó un camionero de Guadix y cómo reanudó su oficio en un local de la calle San Marcos, cerca de la elegante Casablanca, próximo al circo Price, al que fue una tarde generosamente invitada por un comerciante en ganado de Albacete para escuchar las canciones de Julio Iglesias. Yo debía parecerle a Clodia un tipo muy raro, pues no sabía localizar los lugares que citaba, así que aligeró su exposición, que acabó leyendo en las noticias de un periódico que alguien necesitaba una «chica de servir para todo» y se presentó en la calle Larra. Ese alguien eras tú.

¿No te contó nunca Clodia estas andanzas y tribulaciones? ¿O no quisiste jamás escucharlas, Hilario, viejo amigo? ¿Pensabas que se resquebrajaría la formalidad con ella? Yo, ciertamente desconocía la historia, claro está, pero algo imaginé aquel día en el que Clodia y yo nos abrazamos cuando te despedías hacia ese lugar al que

insensatamente te escribo.

Comprendo que del relato de Clodia a la luz del buen día de Rosales no quieras responderme y prefieras recoger del pasado, si te es permitido, aquellas jornadas en las que comentábamos a Pitágoras respecto a su afirmación sobre las almas de los poetas mudándose, al morir, al cuerpo alado de los cisnes consagrados a Apolo. O de que si se perdería alguna *Eneida* o algún Homero entre aquellos *volumina* que los dictadores de todo tiempo mandaron quemar por temor a la cultura. Te aseguro, Hilario, que Clodia también es cultura, muy humana cultura.

¿Por qué, Hilario, en nuestra larga y cotidiana amistad jamás supinos confortarnos con el amor por Clodia o por Natalia? Sí, viejo amigo, he pronunciado el nombre de Natalia y no me equivoqué. ¿Ves? Que te extrañara ese nombre en mi boca indica la parcela de lejanía en la que nos manteníamos. Tal vez el tiempo nos comía la intimidad discutiendo sobre la *lex maistatis* dictada contra los libelos difamatorios y que tantos textos condujeron a la cremación.

¡Cómo apacentamos el olvido de nosotros, viejo amigo! En mis cartas te pregunto y pregunto, sin respuestas por ahora, y, contrariamente, jamás te escribí de Natalia, que tanto determinó mi vida. ¿Estaré a tiempo de comunicarte la decepción que me produjo un día la decisión de Natalia? Es sólo un minuto, Hilario, un minuto en el que venzo el rubor de confesar mi fracaso, y que tal vez comunico porque te encuentras lejos, en un lugar en el que no siento tu mirada sobre mí.

Muy brevemente y rápido. Natalia era una joven, para mí la más hermosa de las que formaban un grupo alegre para festejar el nacimiento de los días. Por ella, para ofrecerle mi vida, estudié y estudié hasta sacar mis primeras oposiciones de latín a una cátedra de instituto. Podría afirmarte que fue el más feliz de mis días, al conseguir algo seguro que ofrecerle a Natalia. Me cuesta trabajo seguir escribiéndote acerca de ello. El hecho es que mientras yo permanecí encerrado estudiando, Natalia encontró a un ingeniero de aviación, diez años mayor que nosotros, que le propuso el matrimonio. ¿Podrás asomarte, siquiera, al efecto que aquello produjo en mi ánimo? Me juré que jamás me dejaría ilusionar por otra mujer. Ya sabes, amigo, por qué nunca te cité a Natalia, quien ni fue falsa, ni cruel, ni rara conmigo, sino simplemente lógica y

mujer. No puedo volver a citártela. Su nombre era Natalia, de ojos oscuros y rientes.

Ahora, cuando te es difícil recriminarme, ya conoces por qué nunca intervine hablando de amor en nuestra tertulia y eludí siempre cuando paseábamos y tocabas el amor de Horacio por Lidia o cómo cerca de una finca de Trevico, en el viaje de Roma a Brindisi, el poeta se quedó esperando hasta medianoche la tentadora visita de una joven sirvienta que se ofreció. A cambio de mis silencios sobre erotismo pude explicarte cómo Roma se significó en tanto que imperio cuando puso límites, fronteras, a su extenso territorio y asimiló como unidad la conquista de los pueblos que iba romanizando. Y cómo la compleja decadencia de Roma vendría con las revueltas sociales, a las que no fue ajeno el elemento religioso, aunque sea lo más cómodo centrar la decadencia en el saqueo de Roma por el visigodo Alarico.

Siempre Hilario, viejo amigo, nos quedará la invitación de Horacio de escapar, allende las costas etruscas, a una de las afortunadas islas reservadas por Júpiter, el dios que amontona las nubes y lanza el rayo, para las personas piadosas. Donde tal vez estés tú recibiendo mis cartas de la tierra a las que arruga el viento.

VII

LA DESPEDIDA DE AUGUSTO

Es importante el olor, Hilario. Saberlo, sentirlo, conservarlo, situarlo. Apenas me acerqué a Clodia reconocí el olor blanco, a veces un poco amargo y profundo del naranjo y el limonero que corre por el aire en parajes de la Bética. Es otro mundo, viejo amigo, y lamentaría que no lo gozaras en ese otro espacio en el que yaces. Yo recuerdo cómo recorrían los comerciantes estos campos de la Bética con unos frascos queriendo atrapar el olor para después venderlo y cómo el olor se escapaba para seguir libre y acariciado por las indígenas.

Clodia, celeste, gentilmente había llegado a la Estación Termini para recibirme. Estaba espléndida, Hilario, como si cada jornada descontara un día de su existencia y se preparara para la eternidad. Tenía a su lado uno de esos daimones que median entre la divinidad y lo humano. Este que veía ahora junto a Clodia era pequeño, quizás enano, con el ceño fruncido, puede que molesto de que los pasajeros lo pisaran con las prisas. Mientras abrazaba a Clodia miré allá abajo y pensé que tal vez el daimón pudiera hacer de cartero y llevarte mis cartas y traerme las tuyas. Abandoné la idea porque era posible que se molestara. Pero si no ¿para qué íbamos a necesitar nosotros a uno de estos daimones y más a éste con estatura tan menguada? Admito que al tal daimón que se llamaba Perico y anduvo entre procaces arciprestes de la Romania le cobré poco afecto. No le hubiera invitado nunca a nuestra tertulia del Urquijo.

Clodia me comunicó presto:

—Augusto es otro. Está muy distante de aquel que tras la guerra de Filipos manifestó su energía enviando la cabeza de Bruto a Roma con la orden de situarla al pie de la estatua erigida en honor de César.

Con la voz de Clodia, recordé Hilario, viejo amigo, aquellas

jornadas en las que leíamos a Suetonio y comentábamos algún pasaje en el que más nos parecía encontrar la voluntad de su arte, que llamábamos peripatético. Es posible que en algún punto nos pareciera que seguía el *Index rerum gestarum* que Augusto redactara a título de conciso resumen para grabarlo, tras su muerte, en una columna delante de su mausoleo. Ahora puedo comprobar, caminando junto al perfume de Clodia, el sentido de la vida que nos ofreció Suetonio en su biografía del princeps. Tengo que abrir los ojos con frecuencia para que el viento me despierte la mirada y me certifique que estoy viéndote, oyéndote, y no leyendo una página presentada por Suetonio. ¡Cómo trasforman los años el color del paisaje!

Ayer mismo cuando íbamos a la amada Tibur huyendo de los nervios ambiciosos de Roma, veía el rostro contraído de Augusto encerrado en su litera. Tan ajeno al paisaje que aseguraría ignorar hacia dónde caminábamos. Mecenas u Horacio, que tuvieron en Tibur villas, han muerto. El poeta Vario, que por encargo del propio Augusto cuidó la edición de la *Eneida*, no está entre nosotros. Tuve la sensación de que los ojos de Augusto, del primero de los ciudadanos, habían perdido la animación de buscar, de conocer expresiones tan vitales como el vuelo de un pájaro trazando la compañía o la salutación de una rama de pino recogiendo la invitación del viento. ¿Dónde quedó Augusto?

Hacia el año 19 a. C. morían Virgilio y Tíbulo, poco después, el 8, lo hace Mecenas y, ocho días más tarde, su fiel Horacio. Desaparecía una parte esencial de la construcción de Roma, del testimonio de la grandeza de Roma que regentó y cuidó para estar en la posteridad el inteligente Augusto. Ahora leía en el rostro del emperador la pena de sus pérdidas por mucho que permaneciera en sus escritos la construcción ciudadana de una edad única al igual que se proclamaba «el siglo de Pericles» y la admiración era compañera de Atenas.

Por un momento creía advertir en la faz de Augusto una señal de sonrisa. Pensé que tal vez recordara aquel momento del severo proceso contra Libón Druso por sus intentos de conquistar la púrpura imperial; si estaría escenificando en su mente cuando el acusador del senado se adelantó y le preguntó si sus gallinas ponedoras se comportaban o no adecuadamente tal como prometía

el campesino que se las vendió. Libón Druso se desconcertó con la imprevista pregunta y el fiscal ganó tiempo y situación. Sí, creo que Augusto se ayudaba con estos recuerdos y podía recuperar aquellos años en los que luchó contra el republicanismo de Casio, Bruto, Escipión o Cneo Pompeyo, el grupo cultural en torno al mecenazgo de Mesala Corvino. Porque, ¿qué podían significar ya ante la historia panfletos injuriosos contra los de Bibáculo?

Por cierto, Hilario, viejo amigo, que poco después de estos años vería embarcar hacia Creta al orador Casio Severo, acérrimo fustigador de la política augústea, que partía para cumplir su *relegatio*. Creo, si no relaciono mal, que era la misma fecha, el año ocho, en la que Ovidio partía para su destierro e iniciaba sus *Tristes*.

Me acompañaba como era frecuente Clodia en esta visita a Augusto y me parece que descubría perfectamente que mi apreciación del emperador iba contaminándose de mi estado de salud. Pues cuando me despidiera, tendría que acudir a la consulta que mantenía el profesor Linardi en el monte Aventino, al sur del Circo Massimo, quien ejerce también en el Policlínico Umberto I, cerca de Stazioni Termini. Quería saber por qué cada día aumentaba en un punto la torpeza de mi caminar, anunciándome la próxima utilización de un sillón de ruedas. Clodia me señaló que Augusto había inclinado la cabeza y, con los ojos cerrados, se encontraba transpuesto. Nos fuimos a la clínica.

Puede que regresara pronto a visitar al emperador con el fin de remediar la negativa impresión que me había producido el anterior encuentro. Pero no tenía mejor aspecto. Diría que me hallaba ante la escena de un actor que huyó del escenario dejando olvidado en él su esqueleto con la máscara de representar la tristeza. ¿Dónde se encontraba Antonio Musa, el gran médico que había salvado al emperador de una grave enfermedad por cuya acción le erigieron una estatua junto a la de Esculapio por suscripción popular? ¿Quién seguía alimentando que el templo de Júpiter Olímpico, en Atenas, estuviera dedicado al espíritu tutelar de Augusto?

Me acerqué más al cansado emperador y fui recordándole su fundación del mejor régimen político de Roma y su empeño en que cada noble romano, en vez de atender a la corrupción personal, costeara una obra embellecedora de Roma, tal como el templo de Hércules y las Musas gozó de la ayuda de Marcio Filio o el atrio de

la Libertad de Asinio Polión o el templo de Saturno creció a expensas de Munacio Planco al igual que el teatro construido por Cornelio Balbo.

Mientras iba enumerando éstos y otros hermosos edificios que aumentaban la histórica belleza de Roma estuve advirtiendo cómo los ojos de Augusto se abrían lentamente a la vida e intentaban animarse para proyectar el dibujo de una ciudad que ansiaba la eternidad por el arte.

Fue cuando percibí que viejos amigos como Virgilio, Propercio u Horacio, a los que fui conociendo en el cálido hogar de Mecenas, solicitaban saludar al emperador para pedirle disculpas por haber partido dejándolo varado en tierra. Incluso me pareció que pronunciaban el nombre de Ovidio, la petición de que dejáramos aparte a Ovidio. Creo que ello me indujo a señalar:

—Comprende, Augusto, que jamás lograremos el estatismo para la vida. La vida es esencialmente movimiento.

Leí claramente en los ojos turbios de Augusto que éste recitaba a su fiel amigo Horacio:

> ... Cuando tú mueras iremos
> nosotros detrás...

Ese tú, no era sólo Mecenas, sino también él, Octaviano, y todos, aunque pareciera que habían dejado ya fijada la historia de Roma, y su gloria en el verso de la *Eneida*.

Hizo un esfuerzo para salir de su intimidad y me expresó:

—¡Ah!, si no fuera también por sostener un poco más la gloria de Roma, también yo, al igual que Horacio, hubiera seguido a Mecenas, la petición de Mimnermo de morir antes de padecer la vejez.

Pero no era enteramente cierto. Aunque sólo fuera por la adquirida e innata costumbre de ordenar y mandar, le gustaba continuar al frente de Roma, estar allí, y lo que más le incordiaba de la ancianidad era el límite, saber que apenas extender la mirada ya podía ver el inquieto final, que no lograban apaciguar ni los presagios, auspicios o sueños que le rodeaban a favor mezclando superstición y religiosidad.

Bien recuerdo, Hilario, viejo amigo, su último viaje por el litoral de Campania y su petición de que le acompañara. No la citó ni una

sola vez, mas Clodia estaba en nosotros, quizás en forma invisible y enseñándome con su amor a amarlo. Fueron cuatro los días que Augusto pasó en Capri intentando despejar la vejez entregado al ocio y al contacto con la jovialidad. Clodia disfrutaba observándolo, ilusionada con la posible resurrección, y tengo presente con qué satisfacción logró ella la difícil ciudadanía de romana gracias a la cultura griega que el mismo Augusto le aplaudió. También Clodia me especificó con qué vigor y decisión redujo Augusto el número de senadores, algunos sin ningún título para serlo, elegidos por favor o dinero, que constituían una turba inculta y vanidosa para el Estado.

Precisamente en Capri, tal vez porque fuera excelente escenario para representar la vida, me preguntó Augusto:

—¿Te gusta el teatro de Menandro?

Recordé inmediatamente las veces en las que tú, Hilario, camino de la calle de Larra, me discurseabas de las preferencias de los romanos sobre la comedia frente a la predilección de los griegos por la tragedia con su gran interpretación del pecado, la culpa y el destino. Aunque en ocasiones pensaras que no te atendía, ahora mismo podría repetirte que la comedia creada por Livio Andrómico en Roma se denominó *fabula palliata* y cómo en ella Menandro aborda con la fantasía e ingenio ático los problemas de su actualidad. No, claro está que no le recité al emperador tus disertaciones. Simplemente le dije diplomáticamente «Sí» y aguardé su aprobación o no.

El hecho es que Augusto, con el ánimo de comedia de Menandro, había aceptado la existencia como una representación en el gran teatro del mundo en la que era importante cuidar el final, ganarse el aplauso de los espectadores. Alguna vez pensó Augusto restablecer la república que tanto combatió porque era arriesgado e imprudente dejar el Estado al arbitrio de la mayoría, en la que era tentador afiliarse a la corrupción. Por dos veces abortó esta idea republicana en la que tantos tiburones podían nadar entre los bancos de indefensas sardinas.

En la última jornada previa al regreso de Capri sucedió algo extraordinario que no podía extrañarme dentro del ámbito de Augusto, tan interrumpido por magos, adivinadores, astrólogos o egipcianos disfrazados. Sucedió que me llegó una «visión» al igual que aquella otra de Clodia que me alcanzó y animó al sentimiento

de amarla fielmente. ¿Te pregunté ya si en ese tu espacio actual tenéis visiones o todo está ya visto por el presente? De nuevo echo en falta que no me respondas de inmediato tal como hacías en los diálogos de la tertulia. Es igual. Pero si acaso tienes esa experiencia, que no es tan rarísima, no te resultará tan ajena la llegada a nosotros de un alado efebo de Oriente portando un tablero de ajedrez, que en parte de España así se llama, y sus trebejos blancos y negros. Apenas vistos los elementos del juego monté en alegría y no sólo recuperé los tiempos de Alfonso X sino que me sumé a los elogios de Ariosto, Tasso o Milton al cremonense Gerónimo Vida, en mi caso por su poema sobre el juego del ajedrez (en versión catalana se dijo *joch dels escachs*) en el que Apolo y Mercurio disputan una partida para celebrar la mítica boda del Océano y el Cielo.

Recuerdo perfectamente la partida jugada por los dioses míticos por tenerla memorizada en mi cabeza y haberla repetido en una tarde, sentados frente al mar en el porche de una casa de Balerma. Fue en una tarde muy especial, ahora sé que con Clodia esperándome, que quiero reproducirte por si tú puedes jugarla, Hilario, viejo amigo, en tu espacio en un momento que te acuerdes de nuestra amistad. No es muy larga: diecinueve movimientos y jaque mate. ¿Te acuerdas de Natalia? Fue un capricho de ella que su padre llamado don Carlos y yo jugáramos una partida. No sé por qué, pero estaba presente, semiescondida a la sombra de Augusto y creo que fue la última vez que, al final de la partida, advertí, cuajada en el rostro del emperador, una sonrisa espontánea. Después, ya no encontró nunca la máscara de la risa que ponerse, al igual que la comedia latina perdió el uso de las máscaras griegas para representar. El padre de Natalia me mostró los dos puños cerrados, le señalé el derecho, que escondía una pieza blanca. Fuimos colocando los trebejos sobre el tablero. Me indicó que comenzara. Moví mecánicamente el peón del rey:

1. P4R. Peón alfil de rey. Y él, don Carlos, me imitó: P4R.

—Después de la guerra —me juzgó— no les tendrá usted mucha simpatía a los alemanes.

—¿Por qué? —dije sinceramente—. La verdad es que si queremos caminar tenemos que dejar de mirar el pasado como un lugar de donde extraer rencores y motivos de lucha. Me parece que

nadie debe amar u odiar por otro. Ni siquiera la muerte de mi padre (y fue lo más noble que tuve) me condicionó en odio.

Don Carlos escuchó mis frases en silencio y después miró al tablero. Estábamos en la apertura e, instintivamente, como lo había hecho años atrás, moví el peón del alfil del rey.

2. P4AR y él: P4D.

3. PxPD P5R.

4. A5C.

Cuando terminé de mover el alfil, levantó la vista en busca de mis ojos, y advertí en su mirada un ligero matiz de censura. Sí, había olvidado bastante la práctica del juego. Aquella jugada mía del A5C no era buena: despreciaba una posición de centro por perseguir una inmediata ventaja material. Ya había cometido mi primer error y ante un jugador de más facultades. Busqué los ojos de Natalia. Sonreía feliz, era ingenuamente feliz por vernos allí, amigablemente, dirimiendo una partida de ajedrez. Posiblemente no le importaba quién triunfase, aunque esperaba que sería su padre. Y era probable que acertara, porque yo había comenzado la partida sin precauciones, dentro de la vieja apertura del gambito Falkbeer, en vez de haberme encerrado en alguna de las más clásicas defensas.

Volvió a mirarme porque don Carlos ya había jugado su P3AD, mientras yo contemplaba los ojos de Natalia. Entonces tomé aquel peón negro que se adelantaba:

5. PxP y Carlos: CxP.

6. C3AD C3A.

7. D2R.

Levanté nuevamente los ojos del tablero y me encontré su mirada. Sus labios no me dirían nada del juego, pero su mirada me hizo recapacitar mi jugada. Sí, ahora caía en que debía haber jugado el peón de dama para intentar recuperar mi atrasado desarrollo. Sin embargo, me había lanzado con la dama en busca de otro peón. Y él (estaba ahora seguro) rehusaría defender esa pieza. Era lógico que buscara la desaparición de los peones para abrir así las columnas y mostrar más rápidamente la superioridad de su desarrollo. Apenas había hecho esta meditación, cuando él jugó su A4AD.

—¿Quiere fumar? —me invitó.

—Sí, muchas gracias —acepté aunque yo no fumaba.

—Su tío Miguel —recordó— era un hombre muy simpático, pero algo raro. Y muy inteligente. Sabía contarnos cosas de todo el mundo. Decía que, como Alfieri, él no había encontrado la libertad más que en Inglaterra y era porque allí nadie creía en otra cosa más importante. Usted casi no lo recordará, ¿no es eso?

—Estuvimos poco tiempo juntos, porque él, como usted sabe, solía viajar mucho. De mis tíos, al que más recuerdo es a Juan, que no sé si usted llegaría a conocer en Granada.

—No, no lo conocí.

—Era el más cariñoso conmigo, el que siempre me llevaba algún juguete de pequeño. También murió en la guerra.

Expulsé el humo del pitillo y volví a concentrarme en el tablero. Natalia, como había prometido, permanecía en silencio.

—¿Tú sabes jugar? —le pregunté.

—Muy poco —sonrió—, casi nada.

También sonreí y me fijé nuevamente en nuestras posiciones.

—Tu padre —le dije quedamente— juega mucho mejor que yo.

—¿Por qué? —pretendió animarme—. Acabáis de comenzar, aún es pronto.

Había empezado a jugar despreocupadamente y ahora me arrepentía. No se trataba de perder en algo físico, sino en algo que jugaba la inteligencia. Recordé a mi abuelo afirmando que ningún tonto podría jugar al ajedrez, lo recordé asegurando la necesidad de que en las escuelas y en la Universidad se jugara al ajedrez porque metodizaba la inteligencia y ordenaba el pensamiento a una lógica y a una estrategia de la razón. Y sentía en mí aquellas palabras censurándome la torpe apertura que yo había realizado.

—Mi abuelo —exclamé— decía que una nación era auténticamente grande cuando era capaz de engendrar escritores que la defendieran, investigadores o sabios que la honraran y campeones de ajedrez que proclamaran su disciplina.

Dije aquello sin levantar la vista del tablero y advertí que hacía bastante tiempo que don Carlos había jugado su A4AD, y que esperaba. También había pronunciado esas frases anunciando una derrota que me molestaba y contra la que deseaba defenderme. Jugamos:

8. CxP y él: O-O.

9. AxC PxA.

10. P3D T1R.

11. A2D.

No podía, era demasiado tarde. Había sacado mi alfil para buscar el enroque largo y situar a mi rey en seguridad, pero don Carlos había conseguido amenazar también el flanco de mi dama. Tenía sus columnas abiertas para su próximo ataque y yo acusaba mi falta de práctica. Me avergonzaba haber consentido jugar. Aquella era una partida que no debí haber aceptado; pero, como de tantas otras cosas, no podía renunciar ahora. No podía salir huyendo, como había realizado en ocasiones, porque nada era tan cómodo como huir y gritar desde la huida hasta que las propias voces ocultaran la cómoda cobardía.

—¿Queréis más café? —nos preguntó Natalia.

—No, gracias —dije. Y su padre negó con la cabeza.

Me di cuenta entonces de que Carlos había realizado ya su jugada de CXC. Intenté concentrarme en aquel cambio de caballos, porque se derivaría después un ataque. Crucé mi peón.

12. PxC y él: A4A.

Sí, ya tenía todo su ataque preparado y había movido el alfil con la seguridad y rapidez del que conoce perfectamente la posición y el pensamiento adversarios. Es posible que esperara mi enroque largo, casi seguro que lo esperaba. Aun así, yo perseguía ese enroque, había pensado realizarlo en mis últimas jugadas, y no se me ocurría otro movimiento defensivo. No le sorprendería, pero tenía que intentar defenderme de su ataque. Jugué mi peón de rey: P5R. Levantó la vista de sus piezas para extenderla, momentáneamente, por donde yo pensaba realizar el enroque, y jugó su dama: D3C. No tenía por qué pensarlo, lo había decidido y realicé mi enroque largo: O-O-O.

—Una de las razones por las que me gustaba el ajedrez, incluso perdiendo, es porque en él cabe poco la suerte.

—¿No le gusta la suerte? —me preguntó.

—No, no me gusta. Recuerdo que de pequeño, cuando leí la *Ilíada,* me daba mucha rabia que aquellos dioses intervinieran a favor de unos guerreros haciéndoles vencer cuando iban perdiendo.

—Pues ustedes, los jóvenes, tienen casi la obligación de buscar la suerte. También yo la busqué.

Apoyó el codo sobre la mesa y dejó que su frente descansara sobre la palma de la mano. Significaba que iba a desarrollar su ataque final y que ya no se movería hasta concluir la partida. Con la mano derecha hizo avanzar su alfil: A5D.

Sin duda, el movimiento de su alfil significaba una amenaza para el flanco de mi enroque. Estaba claro, y yo tenía que defenderme. Pero ¿cómo? También, sin duda, yo distaba mucho de ser un buen jugador de ajedrez. Sentía cerca de nosotros los ojos de Natalia mirándonos y no lograba concentrarme. Todo aquello me parecía absurdo, inútil. Yo deseaba estar con Natalia y no pensando en unas piezas cuyo movimiento me resultaba pesado después de tantos años alejado de su práctica. La miré y ella sonrió feliz. Estábamos jugando su partida y era feliz por haberla organizado, por tenernos allí pensando en una misma cosa. Posiblemente le fuera indiferente quién ganara, porque su único triunfo estaba en vernos allí; pero yo no podía conformarme con ello, no quería hacer el ridículo. Yo mismo había recordado en voz alta que el ajedrez era un juego de inteligencia, aunque se dieron mil combinaciones y aperturas que se pudieran retener en la memoria tal como me pareció aquella partida que estábamos jugando, la cual me sonaba a estar ya escrita en otras páginas elegíacas. Miré todas las piezas una por una. Era cierto que me llevaba una apreciable superioridad en el desarrollo y que sus piezas amenazaban el flanco de mi enroque. Medité un poco y adelanté el peón del alfil:

15. P3A, y él, decidido, jugó: TD1C.

Iniciaba la combinación de sus piezas para buscar el jaque, para concentrar su juego sobre mi rey. Y lo defendí:

16. P3CD.

Entonces Carlos, como si ya hubiera contado que realizaría ese movimiento, jugó su torre a TR1D. Aquel movimiento de su torre significaba el comienzo de una combinación rápida contra mi rey. Estaba seguro de ello, pero ¿cómo penetrar en el secreto de su combinación? Acerqué la cajetilla de tabaco que estaba cerca del tablero y le ofrecí. Sonrió amablemente, rehusando en silencio con la mano. Mientras encendía el pitillo miré a Natalia. También ella se había percatado de que su padre había realizado la primera jugada de una combinación que acabaría con la partida. Era algo instintivo, una sensación de peligro íntimo que había

experimentado muchas veces jugando con mi abuelo. Y ya no hablaríamos hasta el final, ya sería inútil e inoportuno preguntarnos algo ajeno a aquella partida. Intenté cambiar PXA, e inmediatamente comprendí que era una jugada mala. También pensé mover el rey a R2C, y lo deseché. Por fin moví:

17. C3A.

E inmediatamente él jugó: DxP.

Luego yo: *18.* PxD.

Y él: TxP.

Aquel cambio de torre por peón era mi final. Había perdido la partida. Sin embargo, después de meditar un rato, acudí con el alfil en busca de un último recurso. A1R. Pero él, rápidamente, contestó con su alfil, dándome jaque con A6R. Sonreí. Jugase ya lo que jugase, él no tenía más que colocar su torre al lado de mi rey para darme mate.

Me había ganado en diecinueve jugadas y sin necesitar demasiado tiempo. Lentamente, coloqué el dedo sobre la cabeza del rey y lo eché a rodar por el tablero.

Me parece, Hilario, viejo amigo, que el lance de registrar una vieja partida de ajedrez me distrajo bastante de mi función de acompañante de Augusto, compadeciendo en él mi propia y más humilde situación de existencia. ¿Te diste cuenta, Hilario, cómo entre los fríos movimientos de las piezas sobre el tablero aún se colocaba el amor de Natalia? Era inevitable por mucha ceniza que echaran los años sobre mí. Daría todo el tiempo de mi vida que me resta por ver una sola vez aquel mi mar de Balerma enrabietado porque fueron encerrándolo en un puerto con grandes piedras. E igual daría esa vida por ver junto al mar a Natalia nadando como hace años lo hacía. ¿Podrías saber, Hilario, si llegó ya a tu espacio Natalia, adelantándose a mi paso? Únicamente deseo verla, sin ser visto, y saberla. No soy capaz de que Natalia pueda ver el despojo que soy, al que ni los buitres querrían despedazar para alimento. No, no es sólo estúpida vanidad, Hilario, aunque un poco también. Es evitar que, al verme ahora, Natalia tenga que arrojar a una cloaca algún sueño que quizás compartimos, acabar de cerrar alguna puerta de lo que fuimos. Tú sabes ahora, sin ninguna palabra mía, cómo fue aquel mi tiempo, lo que interrumpió el destino y cuyo camino no surcado quizás pudo ser. Tal vez lo primero que

quiera que me narres sea el día de nuestro cercano encuentro. Será como verse ante el espejo, por primera vez, como aquel que, privado de vista, la recobra milagrosamente. Cuando al fin me complete y sea. Natalia era su nombre, trenzado y rubio su cabello y sus ojos... ¡ah!, ¡cómo se mecía en mí su mirada...! ¿Puedes recogerla ahí, Hilario, para mostrármela cuando llegue?

Augusto, ya lo conoces, se animaba con frecuencia escuchando auspicios o presagios que alimentaba su fe religiosa. Al poco de llegar a Capri advirtió la dejación de la vida que parecía ofrecer una decrépita encina, incapaz de mantener ya erguidas sus ramas debido a los años. Al día siguiente de su visita y acariciada por el emperador, la encina pareció recobrar su lozanía, levantó sus ramas caídas y se animó a teñir de un intenso verde sus hojas. Augusto se identificó con la encina, se regocijó con la nueva naturaleza y su ánimo se levantó prodigiosamente al igual que las ramas del árbol. Hasta tal punto mudó su carácter que le comunicó a Clodia, cuya facultad de ocultación era extraordinaria, un cierto pesar por la crueldad mantenida en las exterminaciones raciales y en las persecuciones homofóbicas. Ser romano era muy importante, pero reconocía sus excesos en evitar la contaminación servil o extranjera de la pureza del pueblo romano, en parte conectada con la divinidad.

Bien sabíamos Clodia, yo y los médicos que era un paréntesis y la encina perdería verdor por mucha agrobiología que le echáramos encima. El frío se acentuaba y hacía mella en el ánimo y cuerpo de Augusto, hasta el extremo de que en el viaje de retorno a Roma mandó detener varias veces la litera porque el movimiento acentuaba sus dolores hepáticos y jaquecas. En algunas ocasiones me acercaba a su lado y le narraba cuentos que le entretuvieran, la mayoría muy breves, que en realidad eran una anécdota vulgar rematada por un final más o menos ingenioso. Creo que le divertía un poco comprobar que esa pequeña narración sin retóricas iba poniéndose de moda. En una ocasión en la que nos detuvimos algo más y me pareció mejor dispuesto le propuse:

—¿Quieres que llame al tensor y te arregle los cabellos?

Augusto me miró intentando cubrir distancias. Tenía fosilizado en el rostro un rictus de amargura que su voluntad no podía disimular con la sonrisa. Negó la asistencia del tensor con un gesto

de su mano. Realmente, traduje, ¿para qué necesitaba en aquel momento a un peluquero? ¿Qué podría arreglarle el tensor a sus años que no fuera momificarlo?

Recordé las muchas veces que lo vi colocando en su rostro una sonrisa de superioridad en vez de la señal de la ira o la venganza. Por ejemplo, cuando leía y le transmitía algunas diatribas contrarias de Catulo dirigidas al César que descansaban o desviaban ahora hacia su conducta, o cuando le llegaban libelos difamatorios que acabó sometiendo a la *Lex Cornelia*. Siempre, pensaba entonces el emperador, se apaga antes el ataque por aquel que sonríe, sin darle más audiencia, que por aquel que lo pregona y expande con la ira y el castigo. A su manera, bien recuerdo cómo se opuso a que el furibundo orador pompeyano, Tito Labieno, acabase bajo la *Lex Maiestatis* y no bajo la indiferencia de la sonrisa.

Ahora, en el que sería su postrer regreso a Roma, ni el peluquero ni el que le ofrecía el espejo para retocarse eran necesarios. Sólo el médico para intentar corregirle la retención de líquido en sus pulmones, la deficiencia renal que lo apremiaba, los problemas muy personales de la micción que tanto lo incordiaban con su irregularidad y la infección respiratoria que lo amenazaba con una precipitada traqueotomía. Era evidente que le sobraban razones para aprobar con Mimnermo la maldición de la vejez. A veces, sentado en un taburete, con los pies y las manos sumergidos en las aguas termales de Albula, pensaba en alguna de aquellas mozas que el triunviro Marco Antonio le recordaba con gozo, y deducía que ése era otro hombre muy lejano a él. Pero siempre estaba su Roma y el ánimo de inmortalizarse con ella. Darle su gran medida a quien la había construido en parte y por la que tanto escribió en silencio animando a Mecenas, siendo en Mecenas como protector de Virgilio, de Horacio, de... sobre todo de Virgilio. ¿Acaso no era Roma una espléndida historia, vencedora de sus propias guerras civiles y narrada en el decir de sus mejores poetas? Tan grande se soñaba Roma que hasta el mismo Virgilio dudó si la habría recogido con todo su valor en su poema.

Un atardecer, encontré al viejo Augusto más íntimamente vivo y serenado en su mirada. Sospeché que tal vez la visionada Clodia le había proporcionado secretamente un opiáceo fentanilo, adquirido en Alejandría, que a través de parches epidérmicos lograba

adormecer el fuerte dolor de los músculos adheridos a los huesos. Entré en tal sospecha, mi buen Hilario, al advertir cómo Clodia compartía conmigo la mirada de Augusto, cual si fuéramos confidentes de un común secreto.

Sonreí vencido. La superstición, lo mismo que los pronósticos, eran un absurdo, pero todos creíamos en ellos desde el comienzo de los tiempos que amaneció con las estrellas.

¿Sabes, Hilario? Mi razón se reconocía atrapada por la mirada de Augusto en un tiempo carente de límites, libre para iniciarse y concluir a su capricho, en el que curiosamente vivía la hermosa Clodia alimentada y sostenida por mi amor.

Sin embargo, Hilario, viejo amigo, lo mismo que el redondo reloj de nuestro café Urquijo nos marcaba la hora de cerrar la tertulia, el opiáceo fentanilo venido de la poética Alejandría cesó en su potencia adormecedora.

Augusto fue a descansar a Nola, debilitado por una feroz y sonante diarrea, impropia de un gran emperador. Nos dijeron que allá fue a verlo Tiberio, instigado por la astuta Livia, vigilante de la sucesión del emperador. No sé qué existió de cierto en ello, al igual que no quise escuchar las fábulas sobre envenenamiento que corrían.

Era la tarde del catorce de las calendas de septiembre. En la misma habitación en la que se había despedido de la vida su padre, perteneciente a la familia Octavia, que fuera ascendida al patriciado en virtud de la *Lex Cassia* y uno de cuyos antepasados fue un general que alcanzó la gloria.

Todavía se inquietaba Augusto por las revueltas más o menos republicanas que pretendían imponer las libertades que precisó condenar apelando a los antiguos romanos y me preguntó al saludarle si había señales de agitación en la calle. La verdad, Hilario, es que al pronto no supe si me preguntaba por movimientos políticos contrarios, con el rencor de los jóvenes por el destierro de Ovidio Nasón, o se refería a la agitación y comentarios que generaba el anuncio de su muerte.

Realmente estaba mal. De vez en cuando recitaba un verso propio que acababa de componer y preguntaba sobre quién era su autor. Se acercaba lentamente la hora nona cuando pidió un espejo, se miró, y debió encontrarse con las mejillas fláccidas ya que pidió

la ayuda del masaje. Admití que se trataba del cuidado por el maquillaje propio de un actor antes de salir a escena. El público, entre el que se encontraba su tercera esposa, Livia Drusila, estaba cerca de la cama aguardando el final antes de que corrieran las cortinas. Miró a su alrededor y es posible que imaginara tener que representar un auto titulado «el gran teatro del mundo».

Creo que fue entonces cuando sentí su mirada especialmente detenida en mí, y que mucho más allá de adivinadores y pronósticos me pedía poder creer en un dios único y todopoderoso, creador del cielo y de la tierra, del aire y de los mares. El dios que cumplía las bienaventuranzas. Después, Augusto nos miró con una cálida mirada que nos interrogaba si había representado bien su papel en la comedia, inclinó la cabeza escuchando los aplausos y murió pacíficamente. Sería, diríamos ahora, entre las cuatro y las cinco del diecinueve de agosto. Hacía un calor grande en Roma, demasiado calor queriendo anidar en nuestra piel para transformarse en aire.

Augusto había muerto y Clodia estaría cercana del arribo a la costa africana, en donde intentaría convencer a los poetas alejandrinos que la victoria en Accio sobre Cleopatra y Antonio no fue, como defendió la propaganda romana, una victoria de los dioses míticos de Roma sobre los dioses orientales. Ni siquiera Apolo, del que aún se discute su origen griego o su antepasado oriental, sino Agripa, había intervenido en la batalla naval. ¿Qué hacía yo entonces en Roma? ¿Qué me retenía? Paseaba por un paisaje urbano deteniéndome ante el templo de Apolo en el monte Palatino o el consagrado a Júpiter Tonante en el Capitolio. Sin embargo, hervía mi curiosidad por saber qué sería de Roma tras Augusto o qué rumores corrían, y si al fin regresaría del Ponto, encontrándolo, mi amigo Ovidio Nasón.

Caminaba como si mi cuerpo se hubiese descargado de peso, incluso de testimonio corporal, lo que me hacía más libre, más proclive a elegir mi camino. Compensaba así la pérdida de Clodia, aunque me ilusionaba encontrarla algún día en la Bética con el inmediato regreso de Ovidio de su *relegatio* en Tomis, a orillas del mar Negro. Podría saber por fin cuál fue el error que lo castigó al destierro precisamente ahora que ya Augusto no temía ni la difusión del poeta ni la acción de sus posibles adeptos.

Puede, Hilario, viejo amigo, que toda esta actualidad inmediata

que pertenece a mi porvenir sea para ti un mero presente carente de enumeración como lo son las tormentas que citan por llegar o los vecinos que habitarán junto a ti descubriendo el feliz espacio indoloro al tiempo. Espero que alguna vez nos coordinemos como lo estuvimos en el pasado. Pero no tengas prisas, por favor no me apresures, aún me agrada sorprenderme ante lo que viene y desconozco, sospecho que quizás algo de mi infancia y juventud ajenas a Roma.

VIII

TE ESCRIBO, HILARIO, DE TÍBULO Y ALGO DE OVIDIO, MI AMIGO

«¡Larga vida a Roma!», escuchaba proclamar, sin que llegara a comprender plenamente su sentido. Dudaba que se tratara de prolongar la vida de Roma, protagonizada por Augusto, o contrariamente calibrar a una Roma liberada de la autoridad del emperador. No sabía discernir o quizás me fuera ya indiferente. De un modo u otro se celebraba la muerte de Augusto, multiplicándose las opiniones. No importaban las honras fúnebres en las que se manifestaran Tiberio Claudio Nerón, casado con Vipsania Agripina, o Druso, hijo de Tiberio. Lo importante era el pueblo, que había abierto el vientre de la historia, y a su fétido olor se reía de las propuestas de los senadores queriendo que el mes de agosto cambiara su nombre por septiembre, puesto que en este mes había nacido y muerto el emperador. También que a su tiempo de ida se titulara «era de Augusto», al igual que había crecido un «siglo de Pericles».

Tanto en los corros de vecinos como en los cruces callejeros se dudaba de la muerte de Augusto. Incluso se discutía en los elegantes hemiciclos que guardaban las letrinas públicas de Roma, donde era común que acomodados en los asientos de mármol y entre ventosidades se discutiera de política, que buen lugar para ello era. En esos lugares se murmuraba si Augusto habría caído envenenado o muerto por avezado sicario: si su mujer Livia Drusila ocultó por dos jornadas la muerte del emperador para mejor preparar su herencia. Se opinaba mucho acerca de los miles de sestercios que Augusto legó al pueblo romano y a cada uno de los pretorianos y soldados de las cohortes. Una mórbida curiosidad despertó el testamento de Augusto prohibiendo que le acompañaran las dos Julias, la hija y la nieta, en su sepulcro cuando murieran. Un

anciano, ya decepcionado de vivir, señalaba que entre las disposiciones de sus exequias, Augusto hacía constar su voluntad de que un resumen de su obra de gobierno se grabara en tallas de bronce y fueran colocadas frente a su mausoleo. El anciano, llamado L. Domicio, había servido al emperador, conocía su deseo de inmortalidad, y desestimaba como patraña la declaración jurada de un senador que aseguraba haber visto, tras la incineración, cómo la sombra de Augusto ascendía a los cielos. El anciano Domicio permaneció al lado de su emperador en todas las batallas que entabló y cuyas victorias anunciaba previamente sin dudas.

Me desconcertaba esta Roma cuyo pueblo festejaba así, ignorante, la desaparición de Augusto. ¿Quiénes de estos amantes de la murmuración y la simpleza leían la *Eneida* con su emoción política y su complejidad épica manifestada no en la fácil adulación de una batalla ganada, sino en la descripción del escudo de Eneas que Vulcano fabrica para la ascendencia de Augusto, de la raíz de Roma? ¿Quiénes de estos «comediantes» podían interpretar la gran erudición de Virgilio escondiéndose en su poesía relacionada con el quehacer de los griegos, no sólo Homero? Las guerras de Eneas en el Lacio viven como una *Ilíada* resucitada y la andadura por los mares del héroe romano recupera la *Odisea*. Lo supo Propercio, que era poeta al igual que Cornelio Galo. Me apenaba, Hilario, viejo amigo, que ninguno de estos sabedores y glosadores de Augusto que se explicaban en la calle o en las decoradas letrinas pudieran recitar sus fábulas de espaldas a la historia de Roma en la que Augusto quería perdurar. Yo, viejo amigo, iba apeteciendo más y más la vida retirada, ni envidiado ni envidioso de sabios como Horacio o Virgilio.

¿Podrías tú, Hilario, comunicarme de algún modo si podré platicar ahí con Virgilio u Horacio? ¿O acaso andáis disfrazados para no tener espúreas tentaciones de esta tierra que aumenta en egoísmo? A quien estoy casi seguro que encontrarás por tu espacio es al griego Melanio, el que te encarecía la sabiduría de Horacio, desengañado de la ambiciosa ciudadanía y retirado en su paraje sabino. Sí, es el mismo Melanio que me acompañó por su tierra helena y al que tú recuerdas leyendo a Calímaco en los jardines de la facultad, junto a la estatua de Artemis que conocían con el nombre de la cazadora Diana. ¿También son en tu día presente

todos esos recuerdos del pasado consumido? La verdad, Hilario, es que no me agradaría perder ese aliento del pasado por mucha brillantez que me ofrezca el presente divino. Recuerda, Hilario, que la ninfa Climene de la égloga de Garcilaso deja constancia en su tela de aquel momento en el que Venus acoge en su boca el último suspiro de Adonis, por quien «en este suelo/aborrecido tuvo al alto cielo». Se trata de un mito, de la teología mítica, pero no olvidemos del mucho tiempo que necesitó la humanidad los mitos para su mejor y más noble andadura.

Supongo que dentro de poco superaré mi desánimo. No es que deteste detenerme en Tiberio emperador sino que la muerte de Augusto y la salida de Clodia para Egipto me han golpeado. Es cierto, Hilario, que lo tenía previsto, pero me afectó la muerte del César, que al fin me dignificó al solicitar mi consejo, y la despedida de Clodia en la que amé una visión enamorada que perdí cuando Natalia valoró las seguridades de un ingeniero aeronáutico. Bien asimilada tenía aquella advertencia del padre de Boccaccio a su hijo acerca de que ni el mismísimo poeta Homero salió de pobre en su vida.

Pero, ¿a qué te cuento estas cosas que quizás ni remonten su falsedad de leyenda? Adecuadamente conocía, en parte por Augusto, el trajín de matrimonios y divorcios que se realizaron para establecer la sucesión de Augusto, en la que tanto empeño puso Livia Drusila para situar a su hijo. Bien tuve noticia de Tiberio acompañando la carroza de Augusto, cuando se celebraba la victoria de Accio, montando el caballo de cuerda de la izquierda en tanto que el de la derecha lo montaba Marcelo, hijo de Octavio. Bien sabía de su conveniente matrimonio con Agripina, hija del gran Marco Agripa y nieta de Cecilio Ático. Muy bien sabía, aunque me tapara los oídos, de su segundo matrimonio con Julia, la hija de Augusto, que ya gozaba de excelente fama de casquivana durante su primer matrimonio con Marcelo. No tropecé con ningún romano que no me hablara del atractivo de Julia y de su afición al sexo sin que la cohibieran los escándalos de los adulterios. Estando en Rodas, que le encantaba, y en la que seguía la lección de los filósofos tuvo noticia Tiberio del divorcio de Julia que le propinó Augusto a nombre suyo, y de la condena a que fue sometida por su conducta licenciosa. Años después me acometería la duda de si

Ovidio Nasón intervino en esta situación y ése fue el *error* que le condujo al destierro.

Puede que esto, saber de Ovidio, aún desterrado en Tomis, que ahora llaman Constanza, sea lo único que me preocupe. Conocer por él cuál fue su error, que le condujo al exilio, e incluso que me amplíe el carácter de la maga Medea, princesa de Cólquide, a quien yo conocí escribiéndole a Jasón. Estoy desorientado, Hilario, viejo amigo. Presiento que el tiempo ha quebrantado su unidad, su ir sucediéndose en sí mismo, y se abrió abismalmente en dos épocas distintas: la que compartí junto a Augusto y la que viví cuando, por ejemplo, éramos catedráticos de la Complutense y debatíamos en una tertulia del barrio de Argüelles. ¿Cómo es posible que el tiempo rompa su unidad y se esclavice en épocas distintas a las que marcan con unos números al igual que se marcan las reses que conducen al matadero? No sé, Hilario, no puedo responderme e ignoro a qué parte u orilla del abismo pertenezco. Sólo sé que me gustaría dormir, descansar profundamente, tal vez soñar.

De Tiberio, por quien paseaba antes mi argumento, te diré, Hilario, que ni siquiera puedo afirmar que naciera en Roma. Sí que fue un joven brillante que ejerció pronto las distintas magistraturas y pudo asumir la potestad tribunicia. Creo que en medio de este éxito político y triunfos militares fue cuando le llegó la primera sacudida de las infidelidades de Julia. Y admito que el furor uterino de Julia lo descentró tanto que le mudó el carácter tolerante y de buenas costumbres en hombre entregado a los vicios, avaro, sin respeto al pudor femenino, levantándose el maltrato de sus consejeros y rétores griegos. Era el Tiberio que vino a desplazar a mi amigo Augusto de su ganado habitar la gloria de Roma.

Capri, la hermosa isla a la que sólo se tenía acceso desde el mar por una playa de escasa dimensión ceñida por escarpadas rocas de gran altura, tal vez sea la ciudad que simboliza los excesos de Tiberio. Aunque en una ocasión salió Tiberio de su retiro de Capri para acompañar el dolor de su pueblo por la catástrofe surgida en Fidena, a escasos kilómetros de Roma, cuando se hundió el anfiteatro del circo mientras se celebraba un combate entre gladiadores. Murieron más de veinte mil espectadores y Tiberio estuvo atendiendo a heridos y familiares de los cadáveres. Pero rápidamente acabó tal aspaviento de solidaridad y Tiberio regresó a

Capri, en la que su viciosa inteligencia e imaginación montaba con jovenzuelos de ambos sexos artificiosas manifestaciones sexuales con el fin de levantar la libido. Yo me pregunto, Hilario, si esta posición del emperador surgió de la actitud casquivana de Julia o fue Julia la que se promovió en el placer prohibido por las aficiones de Tiberio que mantenía disimuladas. ¿O fue que ambos gustaban de análogos vicios independientemente? No lo sé, viejo amigo, y sospecho que nadie sabría responderme.

El hecho es que el gobierno de Tiberio retrocedió de forma alarmante respecto al mandato de Augusto y creció la impopularidad hacia él, al tiempo que surgían libelos y epigramas que denunciaban sus injusticias y su crueldad. Se trataba del lógico camino dictatorial de un emperador que se exponía a la exaltación del tiranicidio con sus mandatos y arbitrarias decisiones.

Yo mismo comprobé cómo Tiberio se produjo con saña en el plano religioso, acentuando aquellos temores que ya tuviera Augusto. Así desencadenó una abierta persecución contra los cultos que celebraban en Roma los egipcios y los judíos, tomando como pretexto un escándalo erótico en el templo de Isis, que acabó, acorde con la defensa del orden público, crucificando a los sacerdotes del templo de Isis, arrojando la imagen de la diosa al Tíber y obligando a los jóvenes judíos en edad militar a luchar contra los bandidos asentados en Cerdeña. Se aplicó con máximo rigor la *Lex Cornelia de sicarios et veneficiis*, expulsando a magos y adivinos, con la prohibición de que el vulgo los consultare en cualquier circunstancia. La pena capital era para aquel *haruspex* que emitiera su vaticinio sobre la muerte del emperador.

Poco me podía concernir la historia que iba enfangando Tiberio gracias a su soberbia y a sus vicios. Puede que la única nota positiva que ahora descuelgue de aquella etapa sea la seguridad de no encontrarlo bajo ninguna máscara en ese espacio en el que habitas, obedeciendo así el pulcro destino la petición del pueblo cuando supo su muerte acaecida en la villa de Lúculo en las calendas de abril, en las que cumplía setenta y ocho años de edad según censa Suetonio, al que le faltó exclamar: «¡Qué buen tipo de tragedia era este aborrecible Tiberio!», cuya muerte quizás fuera provocada por envenenamiento o por asfixia de un colchón con el que le aplastaron para concederle descanso eterno.

Deseo alejarme ya de Tiberio, pero puesto que escribí tragedia te recordaré, Hilario, la *Consolatio ad Marciam* de Séneca que tú explicabas en clase con la cita de A. Cremucio Cordo, ya en la ancianidad, quien resolvió dejarse morir de hambre ante la pena que le imponían. Es cuando Séneca se detiene en la conmovedora escena en la que la hija de Cremucio, Marcia, recibe la inquebrantable y digna decisión del padre de abandonar la vida.

Te escribía, Hilario, que deseaba ya alejarme del quehacer de Tiberio, cuyos ejercicios de Capri, incluida la pederastia, tantos seguidores tendría, gozándose innovadora, en nuestro naciente siglo XXI por virtud de las redes sociales. Da la impresión de que cada acto de placer quiere superar por novedad el modelo de Tiberio.

Respecto a Publio Ovidio Nasón, allá sigue, nunca sabré en qué parte de la tierra inventada y en cuál realizando la exposición de un destierro ordenado por el antiguo emperador. De un modo u otro, ¡al fin qué importa!, latiendo entre su *dulcis amarities*.

¡Aviva la memoria, Hilario! ¡Incorpórate! ¿Acaso no puedes recordar aquel tiempo en el que yo os mostraba en la tertulia una epístola de Publio Ovidio Nasón? Por ejemplo aquella que nos decía de su última noche pasada en Roma, previa a cumplir la orden de abandonar los confines de Ausonia. Cuando nos comparaba su tristeza con aquella de Troya cuando cayó conquistada. Nos decía: «Salgo de Roma para ser conducido al sepulcro sin haber muerto.» Luego atravesaría el mar Jónico entre el azote del tiempo.

¿Vas recordando, Hilario, viejo amigo? El ingenio de don Humberto, que siempre nos respondía que la via Apia salía de Roma y finalizaba en Brindisi u Otranto, pretendía saber por qué las cartas de Ovidio omitían el nombre del receptor. Tú le explicabas paciente que no citándonos evitaba comprometernos ante la vigilancia política. Humberto desconocía que aún padecíamos censura, que en todos los tiempos habría censura, más o menos disimulada, porque siempre existirían los recelos políticos y la necesidad de mantener a unos funcionarios.

¿Puede ya revivir tu memoria aquella tarde en la que Humberto se alzó en indignación porque Ovidio nos protestaba de estar donde no existía un libro ni quien le prestara atención? «Todos estos lugares (nos escribía) están llenos de barbarie y de voces salvajes, todo lo embarga el miedo que el acento de los getas produce. Me

parece que yo también olvidé de hablar en latín y he aprendido a expresarme en gético y en sármata...» Pero con todo, añadías tú, Hilario, Ovidio era poeta y nos comunicaba en verso sus tristezas.

Me parece que fuiste tú quien reparó en cómo Ovidio a cuestas con su destierro podía ver con la imaginación «el centro de Roma» y percibir el goce de vivir que la sostenía. «Llegará el día en que me quite el luto», leías en el poeta esperanzado y lo enlazabas con su personalización en un libro que podría ser abrazado por un amigo lector ante el que se disculpaba por si estaba manchada de borrones su escritura, causada por sus lágrimas vertidas en un país bárbaro.

Sabíamos en la tertulia de las cartas que me dirigía a mí, pero no a qué otros amigos también les escribía y sobre los cuales mantenía análoga prudencia para no comprometerlos. La mayoría, calculábamos, eran amigos que podrían animarle y quizás ayudarle con su palabra ante Augusto. Pero había otras cartas, era fácil deducirlo, en las que Ovidio lamentaría la actitud de otros temerosos del poder del emperador, incapaces de proferir una palabra a favor del poeta desterrado que llevaba tantos años de exilio cuantos estuvo la dardania Troya bajo la amenaza griega.

A este respecto es importante la carta que escribe a su editor al que le pregunta, confiado, si se encontrará dándole el último toque a sus poemas al igual que hacía antaño, cuando era *incolumen*. Le encomienda la difusión de su poesía, haciéndolo con ello presente, con la excepción del *Arte de amar* que, afirma, le causó daño al autor, lo cual quizá aluda a que el *Arte* fue el culpable de su destierro, de su *error*.

Creo, Hilario, viejo amigo, que no es muy importante la razón que motivó el exilio de Ovidio en el Ponto Euxino, sino cómo, en medio de sus tristezas, el poeta tiene fe en su poesía, en la rebelión contra la muerte, que le anima a poetizar y hacerse historia, perdurar, tal como manifiesta en la elegía, «*Ille ego qui fuerim*» que escribe autobiográficamente para la posteridad. A lo cual se suman cartas como la dirigida a Fabia, su esposa, en la que indirectamente confía en su inmortalidad al ofrecérsela a ella porque, señala, «mientras prosigan leyéndome, juntamente conmigo se leerá tu nombre, y por ello no desaparecerás en la pira fúnebre». La carta se encuentra en el libro V de sus *Tristia*, junto a otras en las que se defiende de los que le denominan *exul,* exiliado, para ofenderle, o

con motivo de cumplirse el cumpleaños de Fabia. Son, tal vez, las más emotivas epístolas de *Tristia*, en las que Ovidio evoca aquel tiempo en el que los poetas se celebraban a sí mismos con Baco y el buen Liber, al que pide ayuda, para vencer su actualidad en una tierra de bárbaros, de sármatas y getas que corren a caballo los caminos con su carcaj, arco y flechas impregnadas de veneno de serpiente. Epístolas en las que se contrapone la dirigida a un fiel amigo, al que le gustaría citar fijando su nombre como homenaje, con la escrita a un vil enemigo carente de benevolencia o caridad que desprecia a la vengadora Rhamnusia. Y se halla, naturalmente, sin olvidar mencionarse como poeta de éxito y famoso (*ignoscite, Musae!*) su célebre carta de súplica a Augusto, tan negativamente apreciada por humillante en muchos ámbitos y yo entiendo como lógica expresión humana, no sin irónicas alabanzas al emperador, de quien está próximo a la desesperación por su alejamiento de Roma, de Fabia y sus amigos.

Las cartas desde el Ponto Euxino que escribe, y que ya mencionarán generalmente al receptor, creo que confirman, Hilario, el carácter de las reunidas en *Tristia*. Puede que sea significativa la que endereza a un amigo ingrato, al que se niega a nombrar «procurándole fama su mención». Es una carta, real o imaginada, en la que Ovidio recuerda los años de niñez con el innominado y que a mí, Hilario, me trae a la memoria tus páginas amables relatando tu etapa juvenil junto a Horacio, cuando jugabais a distinguir el sonido del agua saltando en las cascadas u os escapabais de la vigilancia de Pulia, la vieja y somnolienta nodriza de Horacio. ¿Recuerdas tus páginas de amistad, viejo amigo?

Tendrás que perdonarme, Hilario, que relacione tu noble amistad junto a Horacio con la acritud que desprende el escrito de Ovidio sobre su amigo de niñez al que ahora acusa de traidor y ganado por la hipocresía. En verdad, pienso que el poeta de Sulmona venía a simbolizar la ingratitud y la soledad que recibe un anciano en la cercanía de su total despedida, cuando ya no puede dejar herencia ni prestar el apoyo que concedió en los años de fortaleza.

Porque habrás acertado Hilario, viejo amigo, si te sitúas en la edad que Ovidio va quemando entre el desplazarse de *Tristia* al epistolario, posiblemente sin cerrar, nacido en el Ponto Euxino,

entre los años 12 y 17 de nuestra era. No habrás olvidado, Hilario, que en medio, en el año 14, se había despedido Augusto, dejando como heredero a Tiberio, el complejo hijo de Livia, que no significó ninguna mejora en la posición del exilio de Ovidio, quien apenas atiende en unas líneas la muerte del emperador en su carta a Bruto, el editor y amigo. Puede que fuera verdad que Augusto murió cuando, dice el poeta del *Arte de amar,* «comenzaba a perdonarme».

Recuerda, Hilario, que el año 17 muere Ovidio en el destierro de Tomis, sin que nadie, como un Mecenas, le hubiera pedido al emperador: «Acuérdate de Horacio Flaco como de mí mismo.» ¿Qué hacía yo en Roma, donde había querido abrazar a mi amigo Publio Ovidio Nasón? Mientras ultimaba el equipaje, una extraña niebla pretendía colarse por la ventana, alejada del sol humedecido. Es ahora, Hilario, espiritualmente de nuevo a tu lado, cuando me pregunto si mi leve detención en las cartas de Ovidio no habrá sido un abrigar o esconder en ellas lo que voy narrándote de mí.

Tal vez escribir sea en el fondo jugar con el tiempo; quizás inventar un punto del pasado que se adhirió a la piel y se fijó en la memoria.

IX

EL REGRESO, LA CASA Y UNAS VECINAS

Me resultaba algo extraño el regreso a Madrid después de permanecer tanto tiempo en Roma. Tenía la cabeza llena de nombres y números romanos que no sabía colocar y pugnaban por autocitarse cumpliendo con la vanidad. En la calle, frente a la entrada de la estación, miré a uno y otro lado en busca de un taxi. Escogí uno, el más viejo que divisé, que me llegó feliz, agradecido por haberlo escogido ante sus hermanos de motor más jóvenes y atildados.

Creo que arrancó como en su mejor tiempo, ya lejano, y circulaba sacando su orgullo de viejo gladiador, sin importarle los demás automóviles que nos adelantaban pavoneándose.

—No tengo prisa —le indiqué en alto al chófer con el fin de que el taxi pudiera oírme más allá de las capas de pintura que le taponaban las orejas.

El chófer giró la cabeza hacia mí con una sonrisa en la que era fácil percibir su agradecimiento por mi indicación.

—A estas horas —me señaló— circular por Madrid va siendo imposible. Bueno —completó— va siéndolo a todas horas, no sé dónde vamos a llegar a este paso.

Creí advertir en el hablar del chófer una cálida identificación con el vehículo, que era seguro que rodó con gasógeno en el tiempo de posguerra carente de gasolina. Probablemente, chófer y automóvil aguardaban ya la cercana fecha de ir al desguace y tal vez servir para reponer una pieza de otro motor o un caprichoso embellecedor. Al descender del vehículo acaricié la aleta posterior al igual que se acaricia al amigo que se despide para siempre. Recordé la despedida de Augusto y tuve la impresión de que el taxi levantaba el dedo pulgar de su mano al igual que el emperador realizaba en el palco del circo para que salvara la vida el gladiador

vencido.

Caminaba por Reina Victoria camino de mi casa. Tenía la sensación de que el sol se acercó más y más a la tierra transmitiéndonos más luz y calor para que la provecta edad alejara sus lamentos y cambiara de amor.

La avenida la encontraba como siempre. Ajena a que Roma hubiera perdido su último emperador cerrando la gloriosa edad augústea. También estaba, como lo encontraba hace años al bajar a la facultad, aquel hombre que dormía a la intemperie sobre unos cartones y protegido del frío por el calor que le prestaban con su cuerpo unos perros de raza incierta a los que mantenía atados entre sí con objeto de no molestar a los viandantes. No una sino muchas veces vi antaño a los estudiantes hablar con aquel hombre que tal vez careciera de nombre y de documentación oficial en tanto que los perros que le acompañaban agitaban el rabo agradecidos a que alguien les hablara. Entonces, hace años, haciendo casi esquina con Guzmán el Bueno, existía una expendeduría de pan y productos monopolizados, de donde todas las mañanas Teresa, Pilar e Isabel, hermanas, sacaban una bolsa de mendrugos de pan para el hombre y sus perros.

Quise informarme y supe que la expendeduría traspasó el local a más lucrativo negocio. Me quedé suspenso ante aquel hombre que jamás admitía limosna ni siquiera de los estudiantes conocidos, porque cerca existía un Colegio Mayor. Pensé, y ¡ojalá me equivoque!, que cualquier día pasará por allí un celoso concejal del Ayuntamiento y decidirá que aquello no es un espectáculo digno de una gran ciudad moderna como Madrid. Llegará un guardia, uniformado de azul, que ni siquiera habrá oído que el viejo perro Argos reconoce a Ulises después de veinte años y muere de alegría tras verlo. Cuando el guardia se lleve al hombre éste llorará y sabrá que jamás existió príncipe o rey o fraile mendicante al que miraran con el cariño y la generosidad con que sus perros lo habían despedido a él.

Como sabes, Hilario, mi casa se hallaba muy cerca y estaba deseando encontrarme en ella, con mis libros y papeles, y ahora más después de haber meditado la triste despedida de aquel hombre, del que nunca sabría su nombre y darle con ello señal de sus perros. Eran cuatro, de mediana estatura y color canela

maltratada, vulgares incluso para habitar en la perrera donde puede que se encontrara Argos esperándolos con la caricia de Ulises, que buen caballero era, latiendo en su piel.

Mi casa, podrás recordarlo, era una casa antigua, con un largo portal de mármol y una puerta de entrada de hierro auténtico no fingido. Mi piso era el segundo A, con dos habitaciones con balcones a la calle en las que se encontraban mis libros y dos cómodas mesas de estudio. El resto de la casa era interior, oscuro, con unas ventanas, dos, por las que penetraba el aire al abrirlas y parecían por su utilidad convencional una moderna interpretación de las viejas corralas madrileñas en las que todos los vecinos se asomaban al pasillo común para hablar de cualquier cosa porque todo tenía su argumento.

Los vecinos con los que yo compartía el patio para cambiar noticias y glosas eran dos hermanas, bien entradas en edad, que se alegraban de verme tras los cristales y estudiar qué personas me visitaban, en especial si eran del género femenino. Para evitarles desvíos argumentales sobre las visitas les aclaré pronto que yo era catedrático y me venían a ver con frecuencia los alumnos por cuestión de estudios.

Recordarás, Hilario, que en reciprocidad a mi información una tarde en la que también estabas tú, ellas me ilustraron que tenían otras dos hermanas, María Antonia y Patrocinio, que vivían en Águilas, en un pueblo de Murcia al que iban a veranear muy buenas familias de Lorca e incluso de la capital y una familia de Cartagena, porque Cartagena tenía puerto, aire de gran ciudad con edificios modernistas y todo, pero creo que carecía de buenas playas para bañarse.

Varios días después de que tú las conocieras, estoy seguro de que no estabas presente en la ocasión, vinieron a verme muy afectadas las dos hermanas porque una de las que residían en Águilas había muerto de repente. Ellas me llegaban para dejarme las llaves de su piso por si, mientras estaban fuera, surgía algún imprevisto de escape de gas, rotura de una cañería, o algo así que precisara la entrada en la vivienda.

Un día antes, abriendo la ventana enfrentada a la mía, le había escuchado a una de las hermanas reprobarme cariñosamente:

—¡Esta vez sí que echaste tu tiempo en Roma!

No se trataba, claro está, de ningún reproche sino de que habían anotado el tiempo, ciertamente largo, que cubrió la distancia. Rápidamente se ofreció:

—Si antes de que encuentres doméstica lo precisas mi hermana y yo podemos echarte una mano.

¿Vas haciéndote idea, Hilario, de cómo eran mis buenas vecinas de atentas y afectuosas? Al día siguiente fue cuando, sin ningún dramatismo, me comunicaron el inesperado fallecimiento de la hermana residente en Águilas, en una casa de planta baja y holgada, herencia de sus padres, que tenían a escasos metros del mar en una barriada de acosos estivales que denominaban «el charco» por sus mansas inundaciones.

Naturalmente yo no les había demandado éstas ni otras noticias personales, pero las escuchaba con agrado al igual que ellas soportaban, con indisimulada atención, las actuaciones de Augusto o de Agripina, que les parecía una harpía. También les hablé de mi visión de Clodia, a la que presenté poco más o menos como una joven Afrodita celeste a la que atendieron los neoplatónicos y divinizaron los alejandrinos como hija de Zeus y Dione. Es obvio que jamás les dije de Capri y las experiencias de Tiberio.

Quiero comunicarte con ello, viejo amigo, que nuestra convivencia daba pie a que ellas tuvieran confianza para consolarse contándome la muerte de la hermana aguileña en el momento de venir a entregarme las llaves de su casa.

Esta hermana, que ya no sé si te dije que se llamaba María Antonia, era la mayor de todas, aunque ignoraban con precisión qué edad tendría, que sería mucha. A María Antonia, gozadora de admirable salud, le gustaban mucho los pasteles que llamaban «medias-lunas», básicamente de chantillí, a los que iba a mercar a una pastelería cercana para ir luego a sentarse en uno de los bancos de marmolillo del paseo de la colonia, mirando al sereno mar de la atardecida, mientras iba degustando el tiempo y los pasteles. De este modo, con una «media-luna» en la mano y perdiendo su mirada en el mar, con la cabeza ligeramente inclinada y un poco de saliva en las comisuras de los labios, la encontraron en aquel anochecer en el que tardaba y tardaba en regresar a casa y salieron a buscarla por el paseo de la colonia.

Creo, Hilario, que voy transformándome en un viejo sentimental

al que le cuesta lágrimas despedirse, incluso de los recuerdos. Con frecuencia, viejo amigo, voy a refugiarme en los libros para alejar una extraña cobardía. Creo que por esta razón, para mitigar la crueldad de la distancia, comencé a escribirte estas cartas que ignoro cómo llegarán a tu poder, pero sí, seguro, que te llegarán.

Lo cierto es que a veces me refugio en la parte de atrás del piso. Tú recuerdas mi casa, Hilario. Puede que hasta tengas presente el empeño que ponías para que me mudara a uno de los pisos modernos, llenos de sol, a los que teníamos derecho los profesores universitarios. ¿Recuerdas el avispero de intrigas que eran las peticiones? Fue donde yo comencé a conocer la corrupción y el cinismo que nos envuelve hipócritamente.

La verdad es que en las habitaciones interiores, con la oscuridad vigilante para que no la rasgue la luz, el silencio es una hermosa invitación para cultivarse en la riqueza de la mente. Cierto que de tarde en tarde, si abres la ventana te llega el llanto de un niño del sexto piso o te hiere el cantar reiterado de una doméstica soñadora de escenarios, cierto, mas se trata de algo esporádico que recibes en tanto que contraste con el pensamiento en el que ibas.

Acomodado al silencio de la casa intento organizar veredas por las que caminar o me recojo en casos del pasado como la quema de los libros de Casio Severo, por su animadversión al régimen imperial, que le condujo a la deportación a Sérifo, donde murió en extrema pobreza tras veinticuatro años de exilio según expone san Jerónimo. Inmediatamente me surgió si esto había sido argumento de nuestra tertulia del café y si la mención de san Jerónimo la realizó el erudito don Ewaldo, o don Humberto o tal vez tú. ¿Serías tú Hilario, viejo amigo, con la devoción lectora por san Jerónimo, el autor de la cita? Hace ya tanto tiempo de esta imagen del pasado que ni siquiera podría sembrarse ahora en la actualidad. Por cierto, Hilario, ¿no cultiváis ahí el presente como hacemos aquí con la tierra, revolviéndola, arándola, sembrándola...? Las enseñanzas de la agricultura son muy válidas para la enseñanza humana a pesar de las zancadillas que va poniéndonos el tentador y vacuo progresismo. La tierra, al igual que la naturaleza humana, siempre tendrá su primavera eterna si no se escaldó a sí misma tras el engaño de una quimera con su cabeza de cabra ignívoma y cola de serpiente.

También en el silencio, facilitado por la oscuridad, la imaginación podía ir dibujando el rostro y el hablar de Clodia con milagrosa iluminación, sin necesidad de apelar a los hexámetros de Lucrecio dedicados a las locuras de amor. Imaginaba el rostro de Clodia, con su cálida respiración, y recitaba aquella carta de Ovidio prometiéndole la inmortalidad a su amada en cuanto él la proyectaba en su verso, que sería inmortal. Pero, ¿en qué página mía podía yo cobijar la inmortalidad de Clodia? ¿En qué texto o verso, Hilario, viejo amigo? Sólo podía forzar mi imaginación de amor en un intento de que su rostro alcanzara el relieve que tenían las grandes figuras en las medallas. ¿Cómo no me preguntaste antes por Clodia? Por la Clodia, claro está, que conocí en la Bética y amé en Roma, no por la Clodia que te sirvió en tu piso de Larra, en Madrid. Posiblemente sea cruelmente injusto, merecedor de condena, pero al comprobar la homonimia entre las Clodias me fui a la duplicidad de Venus que corrió por cierto neoplatonismo: una Venus terrena, estimuladora carnal, a quien Hurtado de Mendoza tratara de «alcahueta y hechicera, puta vieja» y una Venus joven, hija de Zeus, a quien Catulo, seguidor de Calímaco, titula de «*dux bonae Veneris*», diosa de los amores honestos. Pero abandonemos ahora el argumento atractivo de Venus que en la época helenística se completó acompañado de un niño, Eros, con lo que entró en danza Cupido y la verbalización vulgar. Abandonemos, aunque tanto me tocó vivir la vivencia de Venus Genitrix como antepasada de la *gens Julia* entronizada por el César...

Porque de lo que yo pretendía escribirte hoy, mi buen amigo, es de algo extraño que me escogió en tanto que sujeto hace pocas noches estando en cama, tal vez por flaqueza de cabeza o por hallarme comprometido entre la vigilia y el sueño. Te pregunto Hilario: ¿Tratáis en tu espacio de fantasmas o espectros? ¿Tienes algún congénere que tuviera experiencia en fantasmas para aderezar una conversación mundana? Es curiosa la extensa tradición de los fantasmas erigidos por protagonistas de nuestras letras. En mis días cercanos de Roma escuché de ellos como visitante de las últimas horas de Augusto o como consoladores de Ovidio alentando su imaginación, en la que sin faltar a su esposa, se le presentaban en figura de mujer preciándose de unos ojos arrulladores que ora se mecen, ora se elevan y flechan

prometedores. A mí, Hilario no llegaron, los ojos de ninguno sino el miedo o espanto inmóvil que es más propio del fantasma virgen, con su pH de antigüedad que pone miedo o desconcierta. ¿Lo conocéis ahí, de oídas, en cuanto el fantasma fue vestido de las brujas y el demonio para entrar en conventos, seminarios y ociosos? No, Hilario, mi fantasma fue mucho más simple e insignificante.

Como recuerdas, mi piso es antiguo, sufrió algunas modificaciones de correr tabiques o abrir espacios para instalaciones nuevas. Es posible que esas pequeñas modificaciones se unieran a la inclinación sustancial del tiempo y acordaran formalizar raros sonidos de protesta en la quietud de la noche. Algo así como si una puerta se cerrara sin permiso o la vejez de unas maderas se quejaran artríticamente o de la impertinencia del frío invernal. Nada importante que no me fuera familiar y explicable.

Pero una noche, en la que había cenado tres o cuatro bocados de más, me dormí, contra costumbre, a la enésima revuelta en la cama, sin cargo de tener que levantarme temprano. Sería la media noche, ¡vaya usted a calcular!, cuando comencé a escuchar unos pasos a los que no di caso por parecerme familiares y que fueron cargándose de más sonido al sentirse menospreciados por mi indiferencia. Luego, a la mañana, un docto en apariciones me detalló que los fantasmas son muy sensibles y se ofenden si no les prestas las debidas atenciones, especialmente si son primerizos o novatos. Yo, Hilario, debí ofender aquellos pasos fantasmales que acrecentaron su ruido hasta sentir que estarían molestando a mis convecinos del piso de abajo.

El caso es que el fantasma se encolerizó con mi ausencia de atención y decidió mudarse a la habitación contigua, que era la más grande y oscura de la casa, donde dormía el piano que le regalaron a mi madre de pequeña y vivía rodeado de mis libros más preciados a salvo de la luz que hiere las encuadernaciones de los textos.

El piano sintió en sus teclas la presión de unos dedos que buscaban mayor decisión y comenzó a sonar una marcha de aire militar. Creo que se trataba de la pieza, coreada por el palmear del público, con la que suele acabar el concierto de Año Nuevo en el Musikverein, ofrecido por la Filarmónica de Viena. De pronto la música se interrumpía para que una pausa respetada diera paso a la continuación enérgica del concierto y yo entendía la pausa como

una percepción del fantasma de que yo conectaba con el estado de vigilia en el que me alzaba para verlo, obligándole con ello a la huida ya que es sabido que todo fantasma que se precie habita necesariamente la noche y el estado onírico para generar su comunicación espectral. Pero apenas cumplía la breve pausa, la orquesta retomaba su enérgico sonido y yo veía sentarse de nuevo al piano al confiado fantasma.

Así imagino que fue alternándose pausa y música hasta que pude atrapar con la mente un trozo de vigilia y, aligerado de temor me animé a visitar al fantasma. No encontré a nadie sentado en el taburete giratorio del piano. Lo registré todo, puerilmente envalentonado, hasta incluso leer que el piano procedía de Ortiz&Gussó según se leía en la tapa bajo la que dormían las teclas. Era obvio que el fantasma, posiblemente primerizo, había escapado.

Naturalmente no le conté a nadie mi visita del más allá, con lo que viví el temor de la salutación de los espectros. Mis buenas vecinas no habían escuchado en toda la noche ningún sonido de piano y eso que una de ellas anduvo por el pasillo por mal de vientre. Me sentí algo satisfecho al comprobar que el fantasma era sólo para mí y podía hacerle huir con apelar la asistencia de la vigilia y amenazar con saberlo. Sin embargo, ¿qué flaqueza de ánimo padecía yo para recepcionar tales fantasmas?

Esta pregunta me preocupaba, Hilario. Tenía demasiada intimidad para exponerla en la tertulia del café, ya reanudada contigo ausente. ¿Podrías tú ayudarme asentado en ese espacio en el que los días carecen de contabilidad? Me viene a la memoria ese tiempo gobernado por la superstición de Augusto en el que iban a su encuentro dispuestos nigromantes que se decían adivinadores del futuro invocando a los muertos. Clodia, curtida en la Bética, los calificaba de duchos en la magia negra o diabólica, mezcladura de cualquier edulcorante con un opiáceo fentanilo que lo transformaba. Ya sé, Hilario, que ahí no tenéis muertos, pero ¿no podías aviarte con un sucedáneo que nos respondiera? No me interesa el futuro, sino quién era el fantasma y por qué razón vino a inquietarme, tocando el piano que le regalaron a mi madre apenas salida del colegio y escuchaba en algunas tardes del campo de Tébar, camino de Lorca, mientras descansábamos de la guerra civil.

X

CLODIA TERRENAL

Era aún lindo admirar a la Nua, quien cuando joven corrió experiencias en América, allá en las cercanías del río Negro o Guainía, por donde se iba hasta Baroa, tierra de buenas guarichas y aires de contrabando. Ahora, la Nua, algo viejita, estaba más dada a platicar de aventuras que a ejercicios físicos, y sostenía la sentencia de que nadie la había catado como el setentón Eufrasio, sito en la venta que estaba justamente en el cruce de carreteras para escoger entre Granada o Murcia. No había visto a la Nua desde el año, calculo, de 1965 o 1966, cuando coincidimos en las ramblas de Barcelona y ella me estuvo recreando en lo joven que me encontraba y en las ventajas de la edad provecta. La verdad es que no me iba nada el discurso y lo torcí hacia la atención a unas ardillas enjauladas que pensaba adquirir.

¿Por qué, Hilario, el cerebro conecta a veces casos tan distantes como la Nua avejentada de hoy y la necesidad de hablarte de la Clodia terrenal, tu doméstica? No lo sé, viejo amigo, y deberás esperar a responderme cuando nos veamos en tu espacio, al que mi curiosidad todavía no se impacienta en visitar.

Lo primero que debo agradecerte es el buen tono que mantuviste en mi accidental relación con Clodia, aunque supongo que ahí te encuentras alejado de toda pasión facilitando así la mesura de tus acciones.

Te confesaré rápidamente que a mi regreso de Roma, con las muertes de Augusto y de Ovidio en la memoria, tenía ya desactivadas las hormonas que empujan la libido, reduciéndola a la facultad de la imaginación vistiendo fantasías en la palabra. Mi última palabra apenas si tuvo resuello para proferir *déshabillé* y solicitar la tranquilidad de refugiarse en el pasado.

No me importa demasiado que me consideres con escaso valor.

Es cierto que tras mi regreso a Madrid estuve algunos días sin atreverme a visitar tu casa de la calle de Larra, tus libros, y a Clodia. Tenía miedo de enfrentarme a ella, de expresarle que mi estancia última en Roma me había distanciado del hervor que nos animó unos días. Comprende, Hilario, viejo amigo, mi falta de experiencia y que no es lo mismo leer un episodio pasional ajeno que vivirlo. No me servía de nada apelar a situaciones dramáticas alimentadas en un escenario.

Sé, Hilario, que amaneció una jornada escondida en una intensa niebla acomodada en las calles, que pretendía ocultar sus vergüenzas, que eran muchas y varias. Intentaba fijar la densa niebla como cortina tras la que se escondía la multiplicada corrupción social, pero enseguida la niebla me amenazaba con levantarse rauda, mostrándose mi rostro atemorizado ante el encuentro con Clodia.

¿Tú has tenido alguna vez una experiencia similar a la que me atosigaba? Y aún me irritaba más suponer que cualquier persona normal se reiría de mi problema, encasillándome entre los inexpertos colocados para provocar la risa. Sí, eso opinaba, Hilario. Y te juro que hubiera dado cualquier cosa para estar como tú en ese espacio sin penumbras que todo lo carnal lo tiene resuelto.

De repente, Hilario, me aferré a los viejos alumnos. Me atreví a suponer qué pensarían ellos de mí cuando les contaba escenas escabrosas de Tíbulo en Capri. Tan cargadas de realismo que las escenas pornográficas que la televisión o Internet nos ofrecían eran débiles imitaciones de las fiestas de Tíbulo.

Decidí, al fin, visitar a Clodia y me adentré en tu portal sin importarme si alguien me reconocía. Pulsé el timbre y escuché su respiración inspeccionando por la mirilla de quién se trataba. Lo primero que advertí fue que se había desprendido de su desabrigada prenda francesa y llevaba una bata a cuadros de paño. Lo palpé al abrazarla.

—¿Cuándo has llegado? —me preguntó rápido.

—Hace unos días —respondí displicente.

—¿Y hasta hoy...? —comenzó a quejarse.

—Tenía —la atajé— unas cuestiones urgentes que resolver.

Me cogió cariñosamente la mano y la acaricié. No sentí nada. Fue como si me dieran por alimento la deportada sopa boba que

ofrecían en los conventos con voto de pobreza. La miré a los ojos. Intenté buscarme, Hilario, en sus ojos, como si pudiera encontrar en su fondo algo de nuestra amistad y explicarme. Clodia debió entender algo. Me preguntó:

—¿No te fue bien por Roma?

—Nada bien —respondí secamente—. Murieron dos amigos y perdí a alguien que apreciaba mucho.

Clodia dejó de acariciarme la mano. Es probable que se encendiera en su interior esa intuición femenina que dicen que tiene la mujer, no sé. Volví a buscar en la interioridad que tapaban mis ojos, otrora movidos en la belleza del ondulante mar. Seguían opacos, preguntando y resolviendo para ellos mismos, sin ofrecerme una salida.

Giré la cabeza y busqué por la habitación algún objeto, algo a lo que agarrarme y soltar mi preocupación. Vi una fotografía tuya de hace tiempo en la playa. Otra en la que estás con un grupo de los que formabais la tertulia de Antena 3. Me distraje meditando en los caminos que habíamos seguido desde entonces. Alguno, como Chicho Sánchez Ferlosio, había muerto, estaría acompañándote ahí con su guitarra y su bondad; otros habían cursado por distintos caminos, desde la dirección de un gran periódico a la integración más decisiva en la universidad; ninguno en la rampa de la política que tantas opciones de corrupción ofrece.

Al fin detuve la mirada en un aparato de televisión que dormía al frente como buen tejedor de actualidades.

—Ponla —le pedí a Clodia.

—¿Prefieres alguna cadena? Casi todas están en la hora de las noticias deportivas.

—Me es igual —respondí—. Saber un poco qué han muñido los cofrades políticos para saltar al poder o retenerlo.

Estuve tentado, tras escuchar la falacia de las primeras noticias, de trasmitir yo cómo por la celestial Clodia estuve enterado de las intrigas que organizaban los republicanos invocando la libertad para acabar con el buen recuerdo dejado por Augusto y la fidelidad de Agrícola y de Mecenas. Temía, sin embargo, que la oratoria demagógica apagara la gloria que para la historia de Roma habían levantado los poetas acogidos en su casa por la generosidad de Mecenas, en la que un Horacio siempre proclamó la satisfacción de

vivir la libertad ante cualquier tentación de la riqueza.

Pero ¿qué podían saber aquellos políticos a quienes se refería la televisión que no fuera barrer y barrer a favor de la economía? ¿Qué podían saber de la amistad de Horacio o Agrícola con Augusto? Ni siquiera les podía alcanzar la amistad consigo mismo explicada por Cicerón en *De amicitia*, el libro que antes leíamos en la escuela y ahora se denigraba o despreciaba porque estuvo escrito en la lengua hablada en Roma.

—Déjalo —sugerí—. Apaga la televisión. ¿Qué puede interesarnos de ella?

Observé en Clodia un respetuoso mohín de disidencia. Le apetecía escuchar la discusión que una tertulia protagonizaba. Asentían y disentían sobre las razones sostenidas por una pareja para separarse. Hablaban de amor, de fidelidad, de economía. Tuve la sensación de que habíamos caído demasiado bajo. Especialmente cuando escuché a una mujer de tintes rubios a la que distintas intervenciones quirúrgicas no consiguieron disimularle el rostro de estolidez que la dibujaba. Tenía una voz ronca, chillona, y masticaba parejamente el chicle y las palabras. Echaba por la boca faltas de ortografía a borbotones y luego buscaba la aprobación con el pretencioso juego de sus ojos saltones, tanto más grandes cuanto necios.

—Es tarde —formulé mirando hacia la puerta que abría la biblioteca—, quiero trabajar un poco antes de acostarme.

—¿No quieres cenar aquí? —me preguntó Clodia.

Encontré su pregunta mecida por el afecto. ¡Qué quieres, Hilario! Soy un viejo sentimental que lagrimea ante un perro abandonado que no entiende su ingrata situación o ante un hecho pasado que el tiempo obliga a olvidar. De vez en cuando, antes de dormirme, me elevo con el nombre de mis padres a quienes fueron los suyos y con ellos prosigo ascendiendo y recogiendo en la memoria a personas que fueron familiares. Así hasta que los propios nombres atoran las salidas del recuerdo y acude el sueño. ¿Sabes, Hilario, lo que más envidio de tu presente ahí? Que todo lo puedas disfrutar, en un instante, como un don de la actualidad. Incluido, espero, las cartas que voy escribiéndote y cuyas respuestas aún mi impericia no ha sabido encontrar.

Comprenderás que le respondiera a Clodia:

—Sí, me gusta que cenemos juntos. Iremos a El Puchero. ¿Lo conoces? Sí, claro. También yo comí en él con Hilario más de un cocido completo.

Se arregló ligeramente y salimos a la calle cruzándonos de acera.

Caía una niebla fría, húmeda, extraña. Parecía que la célebre niebla londinense, reflejada en novelas y películas, hubiera renegado de su lugar desplazándose al sur o a Madrid, razón, quizás, de que por fidelidad patriótica a ella tantos ingleses hubieran adquirido inmuebles en España. Aunque los hombres más prácticos explicarían que se trataba de mera oportunidad económica.

Recordarás, Hilario, que para instalarse en el comedor de El Puchero había que descender tres o cuatro escalones desde la entrada. No los tuve en cuenta y Clodia y un camarero me evitaron la caída. Sin duda iba distraído pensando en lo difícil que es, en ocasiones, disimular la cobardía. Me inquietaba, Hilario, viejo amigo, cómo abordar mi definitiva separación de tu Clodia, por otro lado natural y aconsejable según el dictado del sentido común.

—¿No te quedarás a dormir en la casa? —me preguntó mientras cenábamos.

—No puedo —rehusé—, esta noche no puedo.

—¿Cuándo, entonces? —me replicó—. Tengo que decirte algo muy serio.

—¿Podrás mañana? —me comprometí.

No teníamos mucho apetito y pedimos rápido el postre.

Al día siguiente me presenté en el piso de Larra. Le llevaba a Clodia un ramo de flores rojas, claveles algo marchitos, que había adquirido inesperadamente en el cercano mercado. Sentía que algunos viandantes me miraban con curiosidad que yo leía acusándome de inoportuno. Debían pensar que era absurdo portar un ramo de claveles rojos cuando la noche amenazaba aliarse otra vez con la niebla. Era más propio tomar el camino del cementerio y buscar un alguien con quien practicar la oniromancia. Los claveles rojos entorpecían la escena, pero no era capaz de encontrar una papelera en la que tirarlos. Temía que un curioso o impertinente me preguntara: «¿Por qué hace usted eso?» y no supiera responderle. Al fin pude dejarlos, sin que nadie me viera, en el macetón desértico que hay en el portal de tu casa, y sentí que nuevamente era el

dueño de mis manos. Un hombre cercano a la libertad.

Estábamos sentados, frente a frente, en esos sillones tan invitadores que tienes junto al comedor.

—Quería preguntarte —me expuso Clodia— si es factible vender este piso.

Me sorprendió, por inesperada y fría la pregunta. La interpretaba como una definitiva despedida de ti, una ingratitud.

—Supongo que sí —respondí—. El piso te corresponde por herencia. Pero ahora no es buen momento para vender.

—Es —me explicó— que necesito dinero. Quiero volver a Almería, no al pueblo, que no me perdonarían, sino a la capital, a la ciudad en la que podría entrar como una persona cualquiera.

—En una ciudad como Almería nunca se puede ser «una persona cualquiera». Inmediatamente crecen los rumores, las suposiciones y va cercándote la amistad, el deseo de conocerte.

—Lo sé. No me importa —respondió decidida. Se detuvo unos instantes y luego—: ¿Y la biblioteca?

La pregunta me hirió, Hilario. La recibí como si pretendiera venderte. Sentí que los libros apretados en las estanterías escapaban de ellas y venían contra nosotros. Intenté defenderme repasando las muchas bibliotecas que fueron disueltas, vendidas, tras la muerte de sus dueños. Pero no era lo mismo. Una parte de tu biblioteca la respiraba como mía. ¿Recuerdas? Habíamos acudido juntos a subastas, como aquella de Londres en la que adquirimos el Petrarca de Aldo Manucio. Eran muchos los pasos que anduvimos por Claudio Moyano, por los ficheros de Bardón, que solía escribir en el reverso de la ficha el nombre del cliente que adquiriría el libro, de los libreros que sacaban al sol de los domingos sus tesoros, de Guillermo Blázquez, con sus joyas históricas y de arte, de Berrocal o de Antonio Castro, de Sevilla, de ¡tantos amigos!, con los que nos encontrábamos en el Salón del Libro Antiguo del Hotel Miguel Ángel de Madrid.

Tardé en responderle. Era como si no me lo permitiera la herida de su pregunta. Eran demasiados los días de búsqueda y celebraciones, de horas meditando los catálogos y los diálogos cruzados en la confidencialidad, para poder responderle serenamente. Antes me pregunté si tú habrías escalado con la Muerte hasta el espacio que habitas llevándote algún libro

preferido. No tuve más remedio que interrogar a Clodia.

—¿No has notado si falta en la biblioteca algún libro importante?

Se encogió de hombros. ¿Qué podía saber ella si un libro era o no importante? Todo lo más le agradaría ver las hojas de vitela, adornadas con orlas policromadas e ilustradas con algunas miniaturas que ofrecía un Libro de horas del siglo XV. Por fin acerté a responderle:

—Una biblioteca hay que valorarla, tasarla y después...

—Hilario —me interrumpió— me mostraba a veces en un catálogo el precio que tenía un libro. Luego se adentraba en la biblioteca, lo extraía y me lo enseñaba. «Ves —me decía— este libro de Pedro Espinosa lo compré hace años por mil pesetas. Ahora lo ofrece el anticuario por doce mil euros. Un libro es siempre un valor seguro.»

Reconocí el texto del que hablaba Clodia. Era un libro que adquirimos juntos en Jaén: Las *Flores de poetas ilustres*, impreso en Valladolid en 1605. Recuerdo cómo te alegraste al encontrarlo, Hilario, viejo amigo, y cómo te fuiste rápido a comprobar las dieciséis odas de Horacio traducidas porque era aquel tiempo en el que tú ibas redactando las páginas de *La sombra de Horacio*.

Clodia, viejo amigo, estaba en otro mundo y me aguardaba.

—Te decía —amplié— que una biblioteca como la de Hilario lleva tiempo valorarla y venderla.

—¿Y el Estado? —casi gritó.

—El Estado no tiene dinero para cultura. Ni para educación, al menos por ahora.

—¿Entonces? —exigió.

—Creo que pueda darse que la compre un departamento de español norteamericano.

—¿Eso sería rápido? —me apremió.

—No lo sé, posiblemente. Se valora la biblioteca, se registra y se ofrece. Algunos compañeros de facultad lo hicieron. Junto a una cantidad percibida, el vendedor puede usufructuar la biblioteca mientras viva. Después, cuando muere, los libros pasan a la universidad compradora.

Me sentí mal y me pareció que Clodia lo percibió. Incluso creí que tú, Hilario, protestabas de tener que oír lo que hablábamos, tan

lejos de nuestro amor bibliófilo. Te aseguro, viejo amigo, que fue la vez más cercana a ti que alcancé desde tu marcha a ese espacio ignorado en el que yaces.

Después de un denso silencio, donde estuvimos padeciendo la pena de una profanación, resolvimos, como siempre, hablando de la vida, lo cual era incidir en tópicos que pretendían formarse en realidad, tales como la gradual carestía de la vida, la suerte de unos vecinos al tocarles la lotería o la falta de lluvia que padecían el campo y los embalses. Nada importante, nada concreto que exigiera la sucesión del movimiento tal como lo era el partido de fútbol Real Madrid-Barcelona que abarcaba todo, desde el suspirado separatismo catalán, a la defensa del mar, en guerra pesquera con Marruecos.

Como te decía, Hilario, estoy viejo. Me cansaba el problema de tu biblioteca y antes de enfadarme preferí evadirme reconociendo el respeto y afecto con el que Clodia iba escogiendo momentos de conducta cotidiana con ella. Incluso me pareció que ensalzaba la serenidad y prudencia con las que abandonaste esta tierra: casi a hurtadillas, evitando retóricas y llantos. Lo cual me llevaba al presupuesto de si yo te habría traicionado.

De pronto, Clodia se incorporó en el sillón, mirando a su alrededor en busca de asistencia, y protestó:

—Entonces, ni puedo vender el piso rápidamente ni darle el destino que quiera a los libros ¿no es eso?

—No, no es así. Se requiere tiempo y atenerse a la última voluntad de Hilario.

—Pero yo —replicó— necesito dinero pronto. Salir de esta casa que se me cae encima y volver al aire de Almería. De verdad que lo necesito, ser libre.

Me quedé mirando fijamente la puerta que daba a la biblioteca, aquella puerta que tantas veces habíamos atravesado impacientes por hojear los libros recién adquiridos y presentárselos a los que serían sus compañeros de estantería. Pensé que quizás lo más prudente sería callar.

Salimos a la calle, puede que a tomar café o a fundirnos sin ningún protagonismo entre la gente reunida en la cafetería de la esquina:

—¿Ya tomas café? —me preguntó Clodia, y sentí que tú, Hilario,

podías oír la pregunta. Rápidamente relacioné tu audición con esotra tarde, despidiéndose ante el peso acelerado de la muerte, en la que me dejaste sobre una camilla en la sala de urgencias de La Milagrosa, en Modesto Lafuente, amenazado de un infarto. Tenías más temor por mi vida que yo, tanto temor que muchas veces he reproducido mentalmente tus ojos de susto, tu resistencia a dejarme abandonado en la camilla cuando te dijeron que debías marcharte. Ni siquiera acertaste a recoger la mano que te tendía. A los pocos minutos de salir, entró en urgencias un paciente atacado de apoplejía debido a un ictus. Una voz, a mi lado, englobándose en su sonido, exclamó: ¡Vaya noche que nos espera!

Y ahora, ya ves, Hilario, eres tú el que dejaste de contar los días al tenerlos todos en tu tranquilo y equilibrado presente. Iba contándote, si no me equivoco, que era una noche de intenso frío en la que mi longevo corazón se encogía. Creo que hasta el mismo frío se lamentaba contra natura y pretendía refugiarse en los portales o corría por las calles a la búsqueda del calor que desprendían las bocas del metro, atoradas de mendigos. Me pareció que hasta las viejas estrellas manoseadas por los magos y las que estaban por nacer, aún pudorosas, habían desertado del firmamento.

Tú lo viste, viejo amigo. Le empujé a Clodia contra la acristalada puerta de la cafetería, con el precipitado fin de guarecernos. El cardiólogo me había prohibido fumar, dejándome un tiempo sin la excitación de leer y la ansiedad de escribir, pero a cambio, tal vez en compensación, me permitía o condescendió a que tomara café, que ya no me producía insomnio.

Estreché la taza con ambas manos instintivamente con el fin de que no escapara ni un átomo de calor y le señalé a Clodia una mesa cercana. Le dije:

—Es probable que, pensándolo, podamos solucionar algo del problema de liberarte.

Sí, creo que eso fue lo pronunciado por mí. La conversación estoy seguro de habértela expuesto en anterior carta, y los viejos debemos cuidar en no repetirnos.

Perdona, Hilario, viejo amigo, si en el contar todo esto desestimo tu sobrenatural memoria construida en continuo y actualizado presente, en la que todo es hoy: lo por venir y el perdido pasado.

Le comuniqué a Clodia que, en principio, podríamos trasmutar tu piso, con escaso gasto, en una especie de «Instituto de estudios universitarios» que albergara a unos alumnos becados, con derecho a usar la biblioteca.

Otra opción sería convertirlo en selecta pensión, ya que la dimensión del viejo piso me recordaba el primer hospedaje que tuve en Madrid, en Caballero de Gracia, cuando asistía a la facultad. Le especifiqué a Clodia que, aun siendo menos rentable, tú preferirías la primera opción.

Luego, como más urgente, le ofrecí mi ayuda personal mediante un préstamo que le permitiera viajar y vivir en Almería el tiempo que precisara, con la facilidad de reingresarme el préstamo a su mayor comodidad.

Lo que no te detallé es que mientras le hablaba a Clodia te tenía en el pensamiento y en cada una de mis palabras intentaba disculparme de mi conducta erótica con ella, de la que no era excusa la provocación de su transparente ir en *déshabillé*.

Recuerdo que en la calle, con la pesadez de los desocupados, se había instalado la niebla, que parecía buscar enfáticamente algo de luz y así brillar helando la superficie de cualquier charco. Era una niebla rastrera, incapaz de levantarse y sucia. Creo que fuimos los últimos en abandonar la cafetería. Ella más contenta por la conquista de su viaje y yo porque creía que comenzaba a pagar mi deuda contigo. Me dijo:

—Te escribiré sin falta desde Almería. En cuanto me instale en el hotel y me haga ver.

Supuse que, por parte de ella, era algo así como poder cumplir una venganza contra un pasado que movió la juventud.

Yo pensaba, perdida cualquier arrogancia, en tantas cosas mezclándose que todas se autodestruirían en mi cerebro insistiendo en vivir. Lo único que me animaba es saber que proseguiría escribiéndote para llegar libre a ese tu tiempo que no cuenta en ingenuos almanaques porque carece de comienzo y desconoce los finales.

Pero aún continuaré preguntándote, como lo hacía desde la Roma de Augusto, con la esperanza de que algún día me respondas. En otra ocasión te contaré mi descubrimiento de por qué las ranas van dando saltos a todas partes y no saben hacerlo sobre dos

piernas, igual que nosotros los humanos. Es cosa curiosa que pensé explicarle en Capri al vicioso Tiberio cuando decidió marcharse malamente de este mundo.

XI

LA RELECTURA DE POGGIO

Como bien supiste en su momento, acompañé a Clodia a la estación de Atocha. Al acomodarlo en la rejilla del vagón advertí en el equipaje un maletín que reconocí como uno de esos que os regalaba TVE a los que participabais en el programa «La clave» que dirigía con gran éxito José Luis Balbín. No dije nada, pero me llené de recuerdos.

Ya en el andén, al abrazar a Clodia percibí en sus ojos un vaho de tristeza que simplemente leía lo que leyó en mi oculta mirada. Creo que pudo entender no sólo la lógica ruptura de un sueño, ni siquiera mencionado, sino toda la despedida de un tiempo irrecuperable que asomaba en mi vanidad.

Enmarañado en esa pérdida que el egoísmo bañaba en mis ojos, creí ver a la salida, en medio de los impolutos taxis, a un carro de mulas, con su dueño aparcado que charlaba fielmente provisto de gorra con otros compañeros allí donde el sol los invitaba. Los miré fijamente, pero no me atreví a dirigirme al carro, temiendo que ni siquiera supiese ya ascender a la silla tapizada de rojo que ofrecía. Apenas si pude lamentar mi cobardía, porque hubiese sido hermoso pasear en carro camino del Prado y llegarnos incluso a la tumba de Augusto en Roma.

Seguía haciendo frío y no me resultaba grato esperar quieto la imagen del tren corriendo hacia Almería, la ciudad a la que llegué un día con seis años y donde estudié en el colegio La Salle el bachillerato. No era caso, Hilario, de ir rememorando un pasado hasta convertirme en estatua de sal. Anduve acercándome a una tasca de Atocha que todavía existía de mis tiempos universitarios y decidí mezclarme en su comedor con unos obreros de la construcción discutidores de fútbol.

Era aún pronto para la reunión de la tertulia, pero decidí

instalarme en el café, puede que adormilándome un poco o fijándome en los viandantes que viera pasar por la puerta acristalada del local. Tal vez divisara de nuevo al carretero que percibí en la estación y me atreviera a preguntarle de dónde provenía. No sé, la imaginación en ocasiones se desborda, tú lo sabes, Hilario, y comienza a rodar por argumentos extraños y placenteros.

Al poco rato, ya instalado en nuestro café Urquijo, cuando estaba estancado en la monótona servidumbre de hablarme, vi que penetraban en el local, registrándonos con la mirada, dos jóvenes universitarios. Le preguntaron a Pedro, el antiguo camarero que se teñía el pelo, quien los dirigió hacia mí. Uno de ellos, el que luego sabría que se llamaba Álvaro Alonso, traía en su mano un libro bien encuadernado de editorial. Se titulaba *El giro* y su autor era Stephen Greenblatt, al que yo conocía por su devoción a las obras de Shakespeare.

Me preguntaron por ti, si vendrías pronto por el café a tomar parte de la tertulia. Les dije que lo ignoraba, lo cual era en parte una amable verdad, y entonces el otro, llamado Gaspar, se presentó:

—Hace años, veíamos pasear por los espacios de la facultad, en el edificio B., a don Hilario y a usted. Creo que a veces discutían.

No me atreví a comunicarles tu marcha a un espacio más tranquilo, ajeno a huelgas y exámenes. En realidad, como me apoyaría Cicerón, tú y yo, Hilario, estábamos vivos en cuanto residimos en la memoria de unos alumnos. ¿Cuánto tiempo todavía?

Gaspar dejó filtrar en su pensamiento algo de mi apelación a Cicerón y me extendió el texto.

—Lo hemos leído y, antes de terminarlo, Álvaro me preguntó: «¿Te acuerdas de cuando en clase nos hablaba un día sí y otro también don Hilario de Poggio Bracciolini y su valor renacentista?» Estuvimos un rato recordando esas clases, incluso el estudio «*El vir doctus et facetus*» que le dedica a Poggio en uno de sus libros del siglo XVI, y fue cuando decidimos traérselo de recuerdo.

—¿No le importará entregárselo? Lo compramos para él con todo cariño —añadió Álvaro.

Los había invitado a sentarse, tomaron una cerveza y ahora se levantaban para irse. ¿Te das cuenta, Hilario, lo rápido que se va el tiempo en esta tierra? Me hubiera gustado, lo deseaba, que se

hubieran quedado con nosotros en aquellas mañanas que discutíamos de la novedad de Lucrecio, aportada por el descubrimiento de Poggio, pero ellos, Álvaro y Gaspar Garrote tenían que marcharse. Hubiera sido torpe detenerlos, demasiado egoísmo, y te juro, Hilario, que por unos instantes estuve tentado de decírselo, atreviéndome a exponerles mi idea de la antigüedad como un almacén prerrenacentista que abrieron los humanistas como Petrarca o Poggio, quienes se lanzaron a la búsqueda de manuscritos y códices en cuyas páginas se argumentaban cuestiones como la creación del mundo a partir de la nada que trata san Agustín o la hechura del mundo por Dios, respondida por Juan Escoto Euriúgena o la creación del mundo corpóreo que, ya en el siglo XIII ocupó parte de la *Suma* de Tomás de Aquino.

A ese almacén de la antigüedad celosamente guardado por unos monjes en conventos o monasterios a los que había que llegar triscando como cabras, llegó un día el buscador Poggio Bracciolini, cuya escritura era elogiada por la letra admirablemente uniformada en la traducción latina de la *Ciropedia* de Jenofonte. Recorriendo monasterios de Suiza y Alemania, posiblemente en Murbach, Poggio encontró una copia del *De rerum natura*, de Lucrecio, a la que dio aire desde la comunicación epistolar a su amigo Francesco Barbaro. Años más tarde una juventud humanista, vencida a la heterodoxia y a la libertad, encontraría en los hexámetros de Lucrecio un texto adecuado a sus aspiraciones cuya larga mano llegaría a la traducción del culto y afrancesado abate Marchena, que lo mismo cantaba seguidillas a una dama que se interpretaba en Abelardo para escribirle a Melisa.

¿No has sentido tú, Hilario, que la acogida de Lucrecio por esa citada juventud tiene algo heredado no de aquella que leía con Catulo del suicido por amor sino de la que más afín a Ovidio, a su *Arte de amar*, venía oponiéndose a la política de Augusto de austeridad y honor de la vieja Roma prerrepublicana? Tentado estuve de exponerle esta relación a los jóvenes Álvaro y Gaspar, mas no lo hice, aunque por mi memoria rondaba aquella carta de Petrarca, escrita a Cicerón en 1345 a la orilla del Adigio, en la que le reprochaba al gran orador latino «¿qué locura te animó contra Antonio?... ¿qué significaban tus amistosas relaciones con Augusto?». Ni siquiera acerté a explicarme recordando las ocasiones

en las que, con la ayuda de Clodia, la celeste Clodia, le señalaba al princeps Augusto los peligros que entrañaba darle al pueblo como único alimento la indecorosa libertad y la continua distracción de las luchas en el circo o las briosas carreras anuladoras de la mente del pueblo. Creo que no lograba ser convincente y Augusto acudía («pan y circo» diría después Juvenal) asiduamente a los espectáculos en manifiesta identificación con el pueblo.

Los jóvenes me repitieron que en ocasiones nos habían visto pasear juntos en los descansos entre clase y clase. La verdad es que mi memoria no los retenía, pero ahora viéndolos ante mí, me retrotraían a nuestros buenos años de facultad regresándome años y alegrías un tanto perdidas. Si los miras desde tu espacio, ¿podrás experimentar sensaciones análogas a las mías? Yo, Hilario, agradezco muchísimo hasta las más pequeñas notas que me recomponen un fragmento del pasado. Te confesaré que estuve tentado de retenerlos en el café e ingresarlos en aquellas largas discusiones nuestras sobre la creación del mundo y su sentido que nos surgieron sobre la novedad que significó el amplio poema de Lucrecio.

¿Recuerdas, Hilario? Comenzó don Humberto, despistado con su insistencia de la salida de Roma por la puerta Capena, quien nos afirmaba que era muy difícil la novedad en un argumento, que ya habían tratado de explicar las cosmogonías de Caldea y Egipto. Desde esa posición, ¿desmemorizas, Hilario?, don Humberto se lanzaba a la exégesis alejandrina, a la información que tenían los judíos de Alejandría de la filosofía griega, especialmente platónica. Aludía a las invenciones del mundo de la escuela de Mileto, señalando cómo Anaximandro procuró responder a la evolución del mundo a partir de un elemento primigenio, «eterno y sin edad» del cual nació y evolucionó el hombre y todas las cosas. Más joven y compañero de Anaximandro fue Anaxímenes, quien fijó que el elemento primigenio no fue el agua sino el aire, el Urstoff del mundo del que brotaron todas las cosas.

Creo que fue entonces cuando don Humberto se mudó al silencio por unos momentos, a la espera de que alguna observación le animara a elevar su discurso escolar que nos enseñaban de niños. Rápidamente, pronunció con énfasis el nombre de Filón y su lectura del comienzo de la *Biblia*.

Bien tengo presente que al oírle nombrar a Filón, pariente de Aristóbulo, esbozaste una sonrisa denunciadora de que Filón y Aristóbulo, elogiados por Orígenes, fueron el tema escogido por don Humberto para su muy elogiada tesis doctoral en la Complutense. De modo que te acomodaste en el asiento, si bien te escuché apuntar delatoramente, *Homélies sur la Genèse*, París, 1943.

Conviene tener presente, inició Humberto, que el alma y el cuerpo constituyen una unidad consustancial por lo que no podemos admitir, como exponía Orígenes, que el alma puede sufrir el castigo de un pecado cometido en un estado anterior. Tras esta especie de advertencia, don Humberto nos inspeccionó ligeramente, para asentar el desacuerdo de Filón con las primeras líneas de la *Biblia* que nos decían que «en un principio creó Dios el cielo y la tierra» pues no era lógico que el Dios eterno iniciara la creación al *principio* del tiempo, ya que el tiempo o bien nace con las cosas mismas o es posterior a ellas. De modo análogo no le parecía lógico que Dios, superior al tiempo, *tardara* seis días en la creación y el séptimo descansara, tal como un labrador consumiría en cuidar su bancal. De modo que la verdad es que Dios creó en su inteligencia el mundo ideal, al principio del tiempo, como un arquetipo del cosmos real, propio de su bondad y sabiduría, en un orden distinto. Esta rectificación de la exégesis de Filón la seguiría después Orígenes, ayudado por la revelación cristiana y asistido por la explicación del evangelista san Juan.

Estoy seguro que ya habrás recuperado de la memoria este comienzo del discurso de Humberto por muchos años que nos echaran encima. Yo tengo muy presente aún la mirada que me lanzaste de inquietud porque temías que después de la exégesis alejandrina nuestro contertulio prosiguiera con la escuela antioquena o siria, y luego la capadociana. Así hasta llegar a la respiración en Occidente de san Ambrosio, seguidor de san Basilio, con su saber y admirar la naturaleza. Apartándose de las disquisiciones filosóficas y gramaticales de los alejandrinos, san Ambrosio sostenía que el día es una parte del tiempo y no el principio, explicándonos con la naturaleza que la luz es la que nos trae el día, señalando su comienzo y el fin de la noche.

Me parece que ese fue el instante en el que el adusto don Nicasio irrumpió en el debate con san Agustín y su origen maniqueo por el

problema del origen de las cosas, cuestión que rechazaría pronto con su actitud de reciente y apasionado converso que ridiculizaba las preguntas maniqueas sobre en qué se ocupaba Dios antes de crear el mundo o si Dios vivía en las tinieblas antes de hacer la luz. Previo a que don Nicasio iniciara su disertación montada sobre la obra *De Genesi ad litteram libris duodecim* de san Agustín, partiendo del sentido literal y alegórico en los que podían leerse las Escrituras, fijó la mirada en el rostro cansado de don Humberto. ¿Podrías reproducirla tú ahora o se esfumó en tu tiempo que no sabe contar? El buen don Humberto permaneció enmudecido ante la inesperada interrupción de don Nicasio y agachó la cabeza. Creo que sintió que una mano invisible le arrancaba la palabra y la tiraba para siempre, sin posible reaparición, a las cloacas de la ciudad, en cuyas aguas se confundiría.

¿Vas recordando ya Hilario, viejo amigo, mientras recorres el zaguán del lugar que moras? Don Humberto pisaba la respetable edad de los octogenarios, un hijo suyo en el que esperaba refugiarse había muerto recientemente en la legión extranjera e ignorábamos que tuviera más familia. De acuerdo en que era moroso y detallista en su decir; que entendía como un desacato histórico que nos comunicaras cómo ayer, 27 de noviembre, apenas salido de tu clase en la facultad, te abordaba en plena calle Paulo Valerio Máximo comunicándote, de parte del César Augusto, la muerte de tu amigo Horacio. Todo eso y las sospechas de muerte y la llamada de Augusto a Roma descolocaban al minucioso don Humberto, tan contrario a tus jaleos de fechas e intencionadas fusiones de personajes en una etapa de la vida. Pero nada de ello y aún mucho más podía borrarte la imagen de don Humberto maltratado por una absoluta falta de caridad y su rictus de amarga petición de amistad.

Estoy seguro, viejo amigo, que tu rápida y enérgica intervención diciéndonos sorpresivamente de Poggio Bracciolini fue un intento de borrar las palabras de don Nicasio interrumpiendo e hiriendo al buen don Humberto. ¿Hace falta, Hilario, que otra vez, y más agradecido, mi voluntad las saque de la memoria a la luz? Decías, con tu buen sonido:

«Poggio Bracciolini nació en 1380, en Arezzo, donde inició sus estudios rápidamente seguidos en Florencia. (Perdona que te interrumpa pero mis palabras fluyen con más cordialidad si las

imagino dirigidas a Gaspar y Álvaro, los alumnos que me entregaron *El giro* para ti.) Para costearse estudios, Poggio se ejercita en copiar manuscritos en *littera antica* aplicándose a códices pertenecientes a Coluccio Salutati, entre ellos un Catulo. En el 1403 se encuentra en Roma como secretario del cardenal Maramaldo, desde donde apoyará a diversos papas en sus peregrinaciones hasta Juan XXIII que lo elevará a secretario apostólico. Cuando fue depuesto Juan XXIII, en el concilio de Costanza, Poggio inició su búsqueda humanística por las bibliotecas de los monasterios, encontrando en San Gallo un códice de las *Instituciones* de Quintiliano, cartas de Cicerón, las *Silvae* de Estacio y el *De rerum natura*. Puede que lo más entrañable de Poggio sean sus cartas con admirables descripciones y su amistad con Bruni o Niccoló Niccolini.»

Te confieso, Hilario, que antes de ser eco de esta breve noticia de Poggio le había preguntado a tus antiguos alumnos si conocían las páginas sobre él que habías escrito con motivo del éxito y difusión del incunable *Pogii Florentini Facietae*, Venecia, 1470, rápidamente titulado *Liber facetiarum*, y acogido en Londres, en 1484, con las *Fables of Aesop* y en el incunable escurialense de 1489, de *La vida del Ysopet*, cuya quinta parte reúne tres facecias de Poggio.

En este punto comencé a preguntarme, avistando su final, qué palabras de las transcritas me pertenecían y cuáles eran plenamente tuyas. La duda me forzó a una pausa. Pudiera parecer una nimiedad, una fruslería, pero concernía a la consideración de mi personalidad en cuanto ente con existencia real o bien como ser imaginado. Por ejemplo, ¿era yo quien había razonado de la enemistad de Poggio con el Valla que tenían de texto los universitarios de Salamanca? ¿Era yo quien defendía a Poggio de las dogmáticas censuras de Erasmo llamándole charlatán ignorante? ¿O era, como sus conflictos con Franesco Filelfo, palabras, con testimonios latinos, que pertenecían a tu capítulo sobre «*el vir doctus et facetus*» de 1986? Tal vez tú, Hilario, viejo amigo, pudieras resolverme la duda situándome en la posición adecuada del existir. Me preocupaba y fue causa de una pausa que terminó acusándome de egoísta rozando la envidia al pensar que si todas las palabras sobre Poggio ya mencionadas te pertenecían tal vez fueras tú quien,

a través de Gaspar o de Álvaro, sonara en Málaga o en Madrid en humilde manifestación de recuerdo. ¿Comprendes, Hilario, que estoy confesándote mi envidia o vanidad? Algo tal vez desprendido de ti en el espacio que te ampara.

Álvaro y Gaspar hacía tiempo que se habían marchado dejándome solo a la espera de la tertulia. Fue la soledad, vecina de los enconados pensamientos, la que me llevó a lo últimamente escrito, cuando acaso fuera más justo que recordara a la almeriense Clodia con la que jamás sabría mi comportamiento porque ello a nadie importaba mediáticamente. ¿Y a ti, Hilario? Puede que alguna vez nos encontremos con Clodia en cuanto argumento al que pertenecemos. De verdad, Hilario, ¿nunca tuviste la tentación de compartir la cama con ella? Recuerda que Clodia fue la popularización del nombre de Claudia para desvirtuar su herencia patricia, tal como ejemplarizó Publio Clodio Pulcro. ¿Clodia se llamaba así, o tú le cambiaste por comodidad su nombrarse Claudia? Acaso fuera curioso que me respondieras, Hilario, ya que no era lo mismo, al menos en latín, acostarse con Clodia o con Claudia, casi homófonos y tú eras buen latino, Hilario. ¿Por cierto, ¿qué lengua habláis ahí, viejo amigo?

Pero ¿a qué desvíos va conduciéndome ahora la soledad? Llamo a Pedro, al viejo y castizo camarero, y pronto nos ponemos a perorar de las buenas mozas que había en nuestra época con lo que agriamente caigo en el don Hilarión de la zarzuela de *La verbena de La Paloma*.

—¿Usted —le pregunto— va a las verbenas todavía?

—¡Claro! —responde—. Ni un año dejo de asistir a las de San Antonio, que está aquí cerca. Es mi verbena predilecta, más que la Paloma.

Se extendió luego en sus correrías de joven y yo me fui nuevamente a Poggio Bracciolini descubriendo para unos lectores la novedad del poema *De rerum natura*, seguro de que en nuestro caso ¿qué importa de quién, si tuya o mía, es la palabra, aunque la palabra sea siempre la patria del hombre, donde es y se manifiesta?

En verdad me habría apetecido charlar con los dos jóvenes no de *El giro* de Greemblatt, que aún no había leído, sino del Lucrecio que fue y se extendió en su cuantiosa palabra. Asegurarles, por ejemplo, que sería revelador conocer si era cierto, como anota san Jerónimo

en un texto intercalado en el *Chronicon* de Eusebio, que Lucrecio murió a los cuarenta y tres años, sin acabar el poema, que una leyenda juzga que fue corregido por Cicerón. Más interés ofrece, creo, para contraponer el principio y el final del texto, esto es, oponer el optimismo de la invocación a Venus con el decantado enfrentamiento de la muerte que asola, venida de Egipto, a la ciudad de Atenas tras la guerra del Peloponeso, que ya describiera Tucídides. Importante me parece para ciertos desequilibrios o contradicciones del poema atender, según nos cuentan, el padecimiento de Lucrecio de enajenación mental, posible fruto de un bebedizo erótico que acabaría induciéndole al suicidio.

Con toda la lejanía que la historia impone, me parecía un hecho positivo que el libro de Greenblatt hubiese obtenido una amplia recepción de lectores y consideración crítica en medio de la mercantil bazofia literaria de falsas memorias, adúlteras autobiografías y horteradas narrativas que padecíamos por razones económicas.

Puede, Hilario, viejo amigo, que tus dos jóvenes alumnos huyeran del café intuyendo la monserga que se les venía encima conmigo. Era presumible que acertaran teniendo en cuenta el vacío de oyentes, de discípulos, que nos deja la jubilación y nos mueve a charlar con quienes nos encontramos. Aunque en mi caso podía salvarme tanto mi contacto con la Clodia alejandrina que conocí en nuestra Bética como los avatares que viví junto al emperador Augusto, acercándose al temor de que la ingrata Muerte lo desalojara de la gloria de ser historia. ¿Piensas, Hilario, que mis conversaciones con Augusto o Mecenas sí le hubieran interesado a Gaspar, que enseñaba en Málaga, o a su amigo Álvaro, desalentado en una derrocada universidad burocratizada? No sé, me es difícil saberlo en mi huida del tiempo que tanto amé.

—¿Y Ovidio? —podrías preguntarme.

Sí, la pasión y aventura de Ovidio, que se quebró en la aridez del exilio, sí le hubieran entretenido. Por cierto que a los versos de *Amores*, cuando en I Ovidio repara en la inmortalidad de la poesía cita los «carmina sublimis» de Lucreti, que también perecerán, pronostica, cuando surja la destrucción.

Creo, en fin, que estaba algo transpuesto cuando vi acercarse a mi mesa a don Pascual apoyando sus pasos en un rústico bastón.

Queriendo fugarme de mi tiempo distraído le escuché preguntarme:

—¿Hace mucho que llegaste?

—Un poco —le respondí mecánicamente.

Intento escudriñar en sus ojos, acertar su tono de voz con la mirada porque aún lo conozco poco y no sé si aceptará por existida mi larga temporada en Roma o la fechará como producto de la fantasía, tal como insípido viandante. No me apetece repetirle, testimoniar las cosas de que estuvimos hablando; bueno, de lo que ya te comuniqué del libro de Stephen Greenblatt. Reconozco, viejo amigo, que el paso de los años fue condicionándome con alguna rareza, tal vez quisquillosa. No quiero referirle a Pascual que hace pocas horas estuve en Atocha despidiéndome de Clodia, quien jamás disfrutó de la condición patricia, y obligarme a contar nuestra historia. Tampoco pienso que a él le interese, aunque es persona educada.

Al fin proclamé:

—Estaba pensando en la novedad del texto de Tito Lucrecio Caro.

No responde nada, ni un gesto. Tengo la sensación de que le ha sorprendido en qué discurría mi ocio o soledad. No me importa en estos momentos. Puede que me diagnostique ido y le respondo interiormente, carente de voz y de gesto, la posibilidad de que lo importante de la vida hoy no sea gritar y el escándalo, sino saber irse. Irse con Homero a vivir sus extraordinarios viajes, esquivando las aguas de Escila y Caribdis, o recorrer en la compañía de Virgilio los círculos de la *Divina Comedia* encontrando al fin a Beatrice, o masticar con Shakespeare la eterna duda de ser o no ser, o cabalgar con don Quijote y enfrentarse a los «enjaulados leones» porque algún día habrá que retarlos con armas totalmente inadecuadas y hará falta un loco que intente la aventura. Un loco ejemplar. O reír con Molière y aceptar con Celestina aquello de «gozad vuestras frescas mocedades, que quien tiempo tiene y mejor le espera, tiempo viene que se arrepiente».

Creo que después de mi soliloquio estuvimos un rato en silencio intentando orientarnos en el curso de las palabras que nos correspondían. Y en mi campo dije:

—San Jerónimo nos transmitió que Lucrecio padecía una perturbación mental a causa de tomar un filtro amoroso y

alcanzarle una crisis que lo condujo a la muerte.

Pronuncié los datos como si acabara de aprenderlos y los repitiera por temor a perderlos. De pronto había recordado que mi interlocutor estudió en la facultad de Medicina varios cursos que abandonó luego por su vocación filológica. Le preguntaba en busca de ayuda, intención que él captó, respondiéndome razonadamente:

—Son pocos datos los que transmite san Jerónimo para poder diagnosticar, como bien interpretó la historia eludiendo su opinión médica. La cantidad y variedad que hay en la antigüedad grecolatina de excitantes o afrodisíacos es muy grande, especialmente por contacto con la medicina islámica y los ejercicios de la poligamia. El empleo de afrodisíacos y lectuarios en la sociedad medieval obligó a disponer medidas coercitivas. En esta propulsión ¿cómo buscar en una farmacopea la existencia y el nombre del afrodisíaco o lectuario (esto es, *cálido*, provocador) del que se sirvió Lucrecio? Y, ¿cómo desconociendo su formación puede señalarse su enfermedad mental y la razón de su muerte? Es probable que ni el propio san Jerónimo lo supiera ni como fábula o habladuría.

Realmente, Hilario, poco me importaba a mí ese dato salvo en el caso de relacionarlo, en cuanto tal, con la efectividad de la droga consumida hoy por la juventud, que viera un modelo antecesor en Lucrecio, pero ¡estaban servidos por tantos modelos!

—Sí, estoy de acuerdo.

Es lo que respondí por educada costumbre ya que, en verdad, ¿con qué me sentía de acuerdo? Por unos instantes, Hilario, me sentí huésped de la inexistencia. Busqué con la mirada a Pedro y lo encontré, agarrándome a su normal realidad de celoso camarero.

No podría destacar qué tiempo estuve en los preámbulos de la inexistencia. Empecé a ver en mi entorno una nube que fue espesándose y comencé a no ser yo, al menos el yo habitual que aceptaba su cotidiano camino de ir a la facultad, saludar a los amigos en el bar —«este año dura el otoño» o «¡vaya frío el de esta mañana»!—, tomar un café y leche con un cruasán o dos porras y coger el ascensor para conectar con el aula donde esperaban los alumnos. Creo Hilario, viejo amigo, que comenzaba a verme trazado por el lápiz de Poggio, o de su amanuense, quienes perfilaban las palabras con una perfecta y uniforme letra antigua,

tan estimada como manifiesta el aprecio de Francisco Petrarca por su copista Giovanni Malpaghini.

(Te recordaré, Hilario, que yo, pobre escribidor, carezco de copista que enderece mi letra minúscula y deforme por la edad, plenamente perdida en la mecánica del ordenador.)

Iba escribiéndote, viejo amigo, de aquel tiempo dispuesto por la inopia, aunque mi mente, paciente del subconsciente, pudiera pacer por los campos en guerra de Troya o los círculos infernales de la *Divina Comedia*, en los que Dante despliega su aversión a Bonifacio VIII, papa, en contraste con el amor a Beatrice Portinari, alegórica imagen de la teología.

No podría precisarte si fue después cuando el subconsciente o el adormilado amor el que reclamó para mí en aquel estado la presencia de la alejandrina Clodia. No lo sé. Puede que fuera la respuesta de mi corazón a las preguntas de «¿Te encuentras mal?», o «¿quieres que te llevemos a urgencias?», que una y otra vez me formulaban, entre otros, el anciano contertulio o Pedro, el camarero. El caso es que me llegó, sin ser vista, la espléndida Clodia con la donación de su sonrisa y la alegría de su voz.

—Sí —oí a Pedro—, ya vuelve en sí, respira mejor.

La verdad es que no me apetecía volver de donde fuera si ello implicaba la evanescencia de Clodia.

No despreciaba fingir incorporarme a la realidad con un ex abrupto del tamaño de: «¿Quién ganó ayer el partido entre el Barcelona y el Madrid?». Valía la pena hacer la pregunta y que aún me consideraran imbécil con tal de que Clodia prosiguiera a mi lado. Tú comprenderás, Hilario, que era lógico e incluso que elogiara defenderme con un ex abrupto, para el que siempre podía contar con la autoridad del comienzo de *La Farsalia* o del *Cantar del Mio Cid*, cuyo tenido por pleonasmo inicial «De los sus ojos tan fuertimente llorando» siempre me pareció más bello y emotivo que las líneas que suelen colocarle delante al cantar para suplir un comienzo perdido.

Puede que la madrugada estuviera llovida, puede, o que el sol redondeara fuera de sus límites, pero el caso es que la luz no rompía y alumbraba con su llegada el nacimiento del día.

—¡Hola!

—¡Salve! —nos saludamos, igual que en aquella perdida mañana

en la que me inquietaba mi audiencia con Augusto, *imperator* de Roma. Y comencé con ello a saber de la poesía, los misterios y la magia de Alejandría que llevaríamos a la Bética.

Ahora era otro tiempo de distinto trazado que nos había reunido al conjuro de algo muy distinto de un poema extraño de andadura solitaria entre mitos que negaba y la ciencia filosófica que nos repite que este mundo no fue construido para nosotros.

—Los jóvenes de uno y otro tiempo —me señaló Clodia— siempre han querido protagonizar la satisfacción de vivir, el entusiasmo de seguir y gozar la naturaleza, el optimismo de abrazar la vida y despreciar la muerte o no llevarla más allá de un tránsito lejano a otra vida.

Mientras se expresaba Clodia, pensaba en cómo esas ansias y curiosidades de una juventud habían sido mercantilizadas entre drogas y sermones cegadores de la corrupción. No podía evitar mi desviado recuerdo a los festejos de Tíbulo en Capri y a tantos otros que le siguieron, o las invitaciones para coger las armas y defender una paz provocada.

—Está Epicuro —manifesté—. El Epicuro a quien Lucrecio sigue y supera poéticamente.

Efectivamente el elogio y ponderación de Epicuro, «del hombre que nos salvó de tantos errores», es reconocible en varios pasajes del poema de Lucrecio, hasta hacerlo, quizás, la más atractiva predicación del helenismo, coincidente con la escuela cirenaica, defensora de que el placer era el fin y la norma suprema de los actos humanos. Su fundador, Aristipo, animó al hedonismo sensístico en tanto que Demócrito inspiraba las páginas de la física en el D*e rerum natura*.

—Es algo natural que el poema de Lucrecio se difundiera, al menos como tentadora curiosidad. De Epicuro le venía a Lucrecio el interés de librar al hombre sabio de tres temores enemigos de la ataraxia: el temor al hado, a la muerte, y a los dioses.

Pensé inmediatamente en Álvaro y Gaspar que nos habían regalado el libro de Stephen Greenblatt por el éxito que estaba alcanzando en las librerías. Era apetecible, por ejemplo, aceptar que la muerte no nos afectaba, aunque nadie podía escapar de ella, ya que mientras tenemos la vida no existe la muerte y cuando ésta se muestra no existe ya nuestra vida.

Luego, Hilario, dirigí la mirada a Clodia al tener presente la invocación a Venus como madre de los romanos por su hijo Eneas, según certificó siglos atrás Nevio. Parecía una contradicción el canto a Venus, trenzadora de sueños, divina diosa del amor (*Aeneadum genetrix, hominum divonque voluptas, alma Venus*...), y Clodia sonrió porque allá en su tierra seguían denominándola Afrodita, nacida de la espuma del mar de Chipre, a quien Lucrecio, como romano, denominaba Venus, y aún noté en sus labios, viejo amigo, que ella no encontraba ninguna contradicción entre la negación de los dioses divinos del poema y que el poeta compusiera su invocación a Venus, al igual que podría invocarse la mítica belleza de Artemisa (Diana) o Atenea, nacida de la cabeza de Zeus e introductora del olivo en Ática.

Gané una corta pausa para la contemplación y me fijé, Hilario, en el rostro de Clodia. Era, sin duda, la mujer que hubiera escogido por esposa y que me arrebató la maldita intervención de la realidad, ni siquiera servible como mensajera. Posiblemente el mundo real y cotidiano no sea sino una degradación del mundo del espíritu para descansar en la belleza mítica. No importa que los empeñados en el pragmatismo de la degradación clamen por una virtud igualatoria como tampoco importa que una higuera sea estéril o una sirena careciera de cola para ser bella hasta el descubrimiento de un poeta o de que la quimera fuera un monstruo compuesto de león, cabra ignívoma y cola de serpiente porque luego morirá a manos de Belerofontes y resucitará para la literatura como un imposible por el que luchar arrancándoselo a la fantasía.

Estoy seguro, Hilario, de que si no existiera el realismo yo me encontraría al regresar a casa a Clodia esperándome y no a las bondadosas vecinas ya enlutadas con las que comentar por el patio común que esta mañana también subió el precio del pan y el del gas y lo único asequible en el mercado era una merluza helada hace años y carne de conejo o de pollo. Está claro, viejo amigo, que ahí donde moras eternamente no tienes que hablar del tiempo o de la ropa con unas vecinas ni explicarles cómo pones a guisar unas lentejas y lo bien que aprendiste a cuajar la tortilla de patatas. Claro, tú ahí puedes dedicarte a glosar la escritura del cosmos y el origen de las vaporosas nubes erráticas o el sonido bronco del trueno.

Por cierto, Hilario, que Lucrecio, que realizará un elogio de la filosofía y una apología de su poema, se detendrá a explicar el origen y trayecto de los fenómenos del trueno, el relámpago, el rayo, que no son obra de la furia de los dioses, al igual que el viento, la nieve, la lluvia, los temblores de la tierra, las trombas que caen del cielo sobre el mar o la crecida del Nilo, con cuya cita vi bañarse de nostalgia a Clodia.

Caigo en cuenta de que es burdo y absurdo que esté escribiéndote de un afamado libro que tú tienes presente en su totalidad en cuanto lo nombres. Pero así, viejo amigo, somos los hombres de vanidosos e insensatos. Un ejemplo es mi empeño en mandarte cartas sobre aspectos o sentimientos de sobra conocidos por ti antes de que yo coja la pluma. Tú sabes, viejo amigo, que en el fondo escribirte epístolas es escribirme a mí mismo, puede que intentar conocerme. Espero que sepas perdonar mi vanidosa osadía y comprendas que la nostalgia construye la presencia de Clodia celeste con el sonido del Nilo cuando rebosa por los campos en el estío y va regando las campiñas en medio de los calores.

Comprende, Hilario, que el aire de esta lectura vaya indignándose del basto y desnutrido realismo que fue obligándonos a ser como nos guiaba o a huir de argumentos dolosos. Un realismo que fue privándonos de caballeros andantes como don Alonso Quijada que, investido de don Quijote, luchó lanza en ristre contra unos guardias por liberar a unos galeotes, entre los que estaba Ginés de Pasamonte, para cumplir condena. Es el mismo realismo que nos privó de damas que portaron el nombre de Oriana, Antígona, Beatrice Portinari, Ofelia o las dos pastoras neoplatónicas que se dibujan en el fresco «Escena de la vida de Moisés» de Botticelli, en la capilla Sixtina. O de la llamada Iseo la Rubia, hija del rey de Irlanda, concedida en matrimonio al rey Marco de Cornualles, aquella dulce dama que bebe con Tristán un filtro mágico que concedía el amor eterno. Es una historia muy hermosa que la realidad intentó desunir de la leyenda, donde la bella Iseo, de larga cabellera rubia, se debate entre su capacidad para esconder su pasión de amar a Tristán y su temor a ser descubierta. En el *Tristán* en prosa la realidad quebranta la personalidad de Iseo y la convierte en una reina dominante, obediente al orgullo de reina y despiadada con caballeros como el sarraceno Palamedes.

Te indicaré, Hilario, para ir terminando, que también gran parte de lo que te escribo en esta carta fue aquello que me hubiera gustado comunicarle a los jóvenes del regalo del libro de Stephen Greenblatt cuyo principio parte con claridad y conocimiento del humanista Poggio Bracciolini, al que el joven Álvaro reconocía de mis clases sobre humanismo. Pero los dos jóvenes tenían que marcharse, no pude recoger sus tiempos con el mío, y repetirles páginas del *De rerum natura*.

Creo que apenas si les esbocé que era lógico el interés y curiosidad con el libro, por acometer novedosamente Lucrecio una compleja y varia materia sobre el nacimiento y muerte conjunta del cuerpo y alma, sobre el sueño y el hambre, las pasiones del amor e inexistencia de los dioses divinos en la formación de la tierra, cuya extinción es inevitable, y su detención en la importancia del vacío y los átomos. También sobre la mentira de los castigos infernales, predicado con el fin de amedrentar o sobre la enfermedad y epidemia. ¡Tantos argumentos y teorías, tantos! Con la tentación de relacionarlos no ya con Epicuro y Empédocles de Agrigento o Anaxágoras, sino con notas de Quintiliano o Séneca y especialmente su admirado Cicerón, cuya intervención en el poema fue discusión de filólogos apuntando alguno que acaso Cicerón publicara la primera edición de Lucrecio interviniendo así en el proceso del rollo al papiro y de éste al códice y luego a los manuscritos, uno de ellos mandado copiar por Poggio. También la tentación emotiva de relacionar el dramático final del *De rerum* con la peste florentina, de cuya huida salieron los protagonistas del *Decamerón* de Boccaccio. El final del poema de Lucrecio está centrado con efectividad dramática en la peste de Atenas llegada «por el aire y las llanuras fluctuantes del mar» desde Egipto en donde había nacido.

Sí, Hilario, creo que era lógica la atención prestada a *El giro* de Greenblatt, porque venía a satisfacer una curiosidad por antiguas cuestiones que rozaban la actualidad tal como la búsqueda de un culto optimismo o la libertad, e incluso la búsqueda de nuevos espacios en otros planetas que ahora pisaban o veían los astronautas, y ya preanunciado por Lucrecio en los versos que, para asombro, defienden la infinitud del mundo y la existencia de «otros orbes de tierras, con diversas razas humanas y especies salvajes».

Creo que es hora de escribir por hoy el vale de afectuosa

despedida. Al final, Hilario, creo que acabaré echando unas cuantas lentejas en un pequeño recipiente, llevándoselo a mis buenas vecinas para que comprueben lo bien que condimento y charlemos un rato de ventana a ventana en el común oscuro patio que nos aproxima. Para entonces ya tendré leído en *El economista* los miles de millones de euros ganados por el gigante tecnológico Apple gracias a las suculentas ventas de iPhone y las tabletas iPad, tan perseguidas por las jóvenes generaciones.

XII

LUCIANA, MI VECINA

Me temo, Hilario, que en esta noche mi carta no sea muy alegre. Amaneció encorvado el día, como chepa de jorobado, y no logré que la luz enterrara con su luminosidad los nublados. Sentía los reproches del egoísmo tensionando las cuerdas de la edad pasada. Aún me sonaba el diálogo de anteriores días surgido por el poema de Lucrecio y no me convencía su negación de la muerte ni su total liberación del castigo de las penas infernales. Porque quizás fueran el portón de escape no de los agnósticos negadores de teogonías incentivadas desde Hesíodo, sino del pragmatismo mecánico extendido por una corrupción defendida en el refrán de «quien roba a un ladrón tiene mil años de perdón». ¿Quién hacía cumplir esa sentencia emparentada con el «mal de muchos consuelo de necios»? ¿Ves cómo el día se presentaba encorvado hacia la tristeza?

No tenía convicciones para combatir contra los que desarmaban la vida y puede que, por primera vez, conociera el color indeciso de la ansiedad. Terminé de arreglarme y me dispuse a desayunar en la cercana cafetería mostradora de sus productos en platos protegidos, bajo el cristal, de la tos y respiración de los clientes. Me di cuenta, al pedir que mi café estuviera acompañado de las habituales y calentitas porras, que tenía a mi derecha a una de mis vecinas.

—Buenos días, Patrocinio —la saludé.

Ella, sonriente, me rectificó:

—No, no, Patrocinio es la que reside en Águilas, en la casa de «El Charco», frente al mar. Éramos cuatro hermanas, a saber: María Antonia, que era la mayor, la que falleció hace poco tomándose un pastel; Patrocinio, quien la acompañaba cuando el suceso; Purificación y yo, la menor, llamada Luciana para servir a Dios y a usted, como me enseñaron a responder cuando éramos pequeñas.

Acepté la rectificación de Luciana, muy erudita, excesiva para

mi memoria que, desoyéndola, modificaría o alteraría sus nombres rápidamente. Pero Luciana, siempre diligente, ansiaba ilustrarme en lo que poco me importaba.

—Puri y yo nos vinimos a Madrid porque deseábamos seguir una carrera y mis padres creyeron más conveniente venirnos. María Antonia y Patrocinio permanecieron en Águilas, donde Patro tenía un novio muy trabajador, dueño de un molino de barita.

Apresé la voz de Luciana como si fuera un anuncio luminoso de mi futuro. Temí que después de apostar por Roma con Augusto, de hallar la belleza de la poesía con Clodia, de mis muchos años académicos, acabara rendido al final por el fácil encanto de la burguesía, lectora del famoseo de bodas de príncipes, y desavenencias o ruptura de estrellas mediáticas de buen ver.

Luciana sacó al exterior la sabiduría, respiró un poco, lo que aprovechó para pedir su desayuno, e inmediatamente prosiguió:

—Puri estudió Farmacia en la Universitaria y acabó como dueña de una botica en el barrio del Niño Jesús que le daba poco trabajo hasta hace unos años que unos drogadictos la asaltaron. Fue terrible y comenzó a pensar en vender el local. Yo estudié Letras donde me parece que un día escuché a unos estudiantes que te citaban, no estoy segura.

¿Qué me importaba a mí de todo aquello? Ni siquiera podía interesarme si unos estudiantes me citaron o no. Pero ella continuó su relato:

—Por esta división, mi padre dejó en el testamento a María Antonia y Patrocinio herederas de la casa de Águilas con un pequeño y baldío terreno adjunto para compensar los gastos de nuestros estudios. Perdona si te aburrí con la historia familiar, que poco podrá importarle a un hombre como tú.

Efectivamente no poco sino en nada me importaba la historia de las cuatro hermanas que me relataba Luciana, cuya juventud se escapó cercana a la mía. ¿Qué podía importarme, la verdad? Sin embargo, reconocía en ella la vida, análogamente a cuando Augusto me decía de sus temores o el avaro político iba enterrando sus monedas y eludía los tributos fiscales. Sí, claro que Luciana exteriorizaba la vida, al igual que Shakespeare se detuvo exteriorizándose contra el avaro Shylock, que pretendía cobrarse con una libra de carne del cuerpo de Antonio la deuda de su

préstamo. ¿Por desventura no se comporta análogamente nuestra sociedad? Comprenderás, Hilario, que no me agradara ascender por esta escala y llegar a ese hombre tan de moda que es el corrupto amasando capital en los paraísos fiscales. Así que comencé a desviarme hacia mi presencia en la Roma augústea con la familiaridad con que se había pronunciado Luciana respecto a sus hermanas:

—Octaviano —comencé— se encontró con el cansancio de Roma por las grandes sangrías humanas y problemas económicos padecidos en la guerra civil a finales de la República. Antonio no supo rebatir los infundios que sobre él se lanzaban y Octavio recibiría pronto del senado el poder tribunicio, en el que podía proponer leyes así como vetar las presentadas por otros. Especialmente tras la batalla de Accio...

—Accio es Actium, ¿no? —me interrumpió.

—Sí, es Actium, como *tribunicia potestas* es el poder tribunicio concedido por el senado.

Sonreí queriéndole comunicar que había entendido su interrupción como un correcto mensaje de aburrimiento que le proporcionaba aquel argumento de la proclamación de Augusto y el comienzo del régimen imperial.

—Yo —confesó Luciana siguiéndome— estudié Historia en la Complutense con el marqués de Saltillo, que nos detestaba a las chicas, mayoría en las clases.

Después, me preguntó conciliadora:

—¿Y qué hacías tú en Roma tanto tiempo?

—Bueno —bromeé— Roma es un excelente lugar para estar mucho tiempo. Siempre tienes una estatua o una columna que admirar y un local para escuchar la música y comer. Y la locura de una circulación vencida por las prisas en la que es curioso observar cómo conductores y viandantes con frecuencia se gritan y maldicen.

No me apetecía regresar hoy a mi Roma de Augusto sembrándose para la historia o a la presencia de Clodia, la celeste, con el fin de satisfacer la curiosidad de Luciana, que aguardaba con sus ojos expectantes mi voz. Preferí irme al testimonio de mi juventud.

—De joven —comencé decidido— siempre me gustó perseguir con la vista esas largas y disciplinadas hileras de hormigas

remitiendo con su movimiento a las filas de esclavos negros, trasportando bultos en la cabeza, que aparecían en las películas al servicio de los expedicionarios de una cacería en África.

Me parecía escuchar, Hilario, el silencio de Luciana desconcertada por ignorar a qué argumento se dirigían mis palabras. Tampoco yo lo sabía. Pero tenía la obligación de continuar y lo hice:

—Me molestaba esa docilidad de los negros que me evocaban las filas de hormigas, y rompía con el pie su caminar monótono al igual que rompían su monotonía los negritos cuando aparecía un tigre o un león o una tribu enemiga, pues de todo había en el montaje de las películas. Creo, añadí, que esta adicción a las hormigas me condujo a estudiarlas.

Mi decisión en atender a los sombríos himenópteros, que siempre mostraban en oposición a la cigarra los avaros y los fabulistas, me llevó a cuidar mi discurso con el recuerdo de una narración publicada en enero de 1961, en *Blanco y Negro*, donde Teodoro Delgado me dibujaba cuerpo a tierra observando a las hormigas.

—En efecto —exterioricé— ya había construido una benefactora ratonera para compensar a los pequeños y fecundos roedores por su sacrificios por la humanidad a manos de los investigadores científicos, cuando decidí construir un hormiguero en el que espiar a las hormigas.

Me defraudó un poco el gesto un tanto desinteresado de Luciana por mi invento de un hormiguero y me defendí achacándoselo a la presión que ejercían los medios sobre lectores y televidentes con tanta emisión de amores truncados, vaticinios de enlaces o galantes corruptores del erario público. ¿Qué interés ante ello podía despertar un pobre viejo con su hormiguero? Pero debía proseguir, mostrar que despertó cierto interés en personas acaso tan raras como yo. Entre ellas estabas tú, Hilario. ¿Vas recordándolo?

—El hormiguero —expliqué con humildad— era simplemente una caja rectangular de cristal con una tapadera de madera provista de respiradero y una caja metálica vacía en su centro con objeto de obligar a los himenópteros a circular cerca de las paredes de cristal y poder seguirlos.

Evidentemente no era la descripción del palacio de Cleopatra en

Egipto, pero tampoco era para mostrar la aburrida indiferencia que me dedicaba Luciana. Es posible que fuera inútil mi empeño, pero insistí:

—A través del cristal se veía la crueldad de unas hormigas con sus vecinas separándoles la cabeza del tórax o éste del abdomen, aprovechando los estrechamientos anatómicos. Se las veía portando una cabeza o unas patas, respondiendo a su carácter de estériles obreras. No era raro ver una especie de gotas de leche condensada, embriones que pronto adquirirían la forma de hormigas desteñidas, torpes en el caminar, que las hermanas mayores llevaban de un lugar a otro y la avaricia con la que las obreras se conducían para amontonar escondidos los granos que les echaba. Una noche —conté algo repuesto de la indiferencia de Luciana— acerqué mi hormiguero a la reunión que teníamos en el café y fue un éxito de atracción con todos los contertulios disputándose el privilegio de ver actuar a las hormigas.

—¿Ya no das clases? ¿No vas a la facultad? —me preguntó Luciana mimando su voz, ajena al trasiego de las hormigas.

Comprendí, Hilario, viejo amigo, que el interrogarme de Luciana era el sistema amable que hallaba para que me fuera con mi hormiguero a lugar más preciso, como podía ser mojar las porras en el café con leche, cosa que tuve olvidada con mis recuerdos de los himenópteros enjaulados.

Acabé el desayuno, busqué la perdida animación en los ojos de Luciana y extendí la mirada por el local, tal como si pretendiera encontrar en su aire enviciado la señal para entonar un discurso distinto.

¡Cómo te echaba de menos, viejo amigo! Si estuviéramos de nuevo juntos, ¡te contaría tantas cosas! Quizás naderías que tú glosarías con humor como aquella recepción de Virgilio colgado de un cesto del mundo medieval atendida por ti. ¡Son tantísimos los años de distancia entre tu lugar de residencia y esta tierra! ¡Tantos kilómetros entre tu estrella y mi apagada casa! Puede que tú estés disfrutando un día del siglo XX en tanto que yo apenas alcancé el año 2013 del siglo XXI en el que vamos torturándonos en la tierra. O acaso sea lo contrario y estés todavía despertándote con la noticia de que un tal Rodrigo de Triana gritó ayer: «¡Tierra!» y se descubrió otro nuevo mundo al que ahora puedo desplazarme rápidamente en

avión.

¿Por ventura, Hilario, te impusieron el silencio donde moras? No puedo aceptar que aún esté sin una respuesta tuya. ¿Por qué no me respondes? ¿Por impedírtelo una mordaza que incluso te aparta de aquello que Lucrecio llamaba *simulacra*? Los simulacros, llegados con la psicología epicúrea, eran el producto de la entrada en los órganos de los sentidos de unos corpúsculos o átomos hasta alcanzar el alma de una película (*simulacrum*) desprendida de las cosas. El simulacro también es llamado *Imago* y *figura*. Los simulacros de que te hablo, con permiso de Lucrecio, y que pueden engendrarse en ocasiones por sí solos, vuelan por los espacios, por la atmósfera, con gran rapidez, trayéndonos la imagen de las cosas de las que se desprendieron para formarse. Y ahora yo te pregunto: ¿no habrías podido desviar hacia mí los simulacros de las cosas que compartes? Puede, me temo, que el exceso de intereses materiales que nos gobiernan rechacen la recepción de *simulacra*. Aun así, si ya te escribí la llegada de un fantasma pianista a mi dormitorio ¿por qué no consigues que me lleguen tus simulacros y os reciba a ti y a tu espacio? Inténtalo, al menos, con la formación de una imagen de tu respuesta epistolar.

Te confieso Hilario, viejo amigo, que si aún pudiera tumbarme en la playa cara al cielo, como en un tiempo me gustaba abrazar la noche, lograría llamar a los *simulacros* y, de entre ellos me sería fácil encontrarme con Clodia.

Una vez que logré equilibrarme de emociones, percibí que Luciana se había despedido acertadamente de mí, quizá sobrada de materia para entretenerse con Purificación, su hermana boticaria, mientras cumplían sus menesteres de hogar.

Miré fijamente las estrellas desde mi balcón atrayéndome tanto su luminoso parpadear que lo traducía como una señal de tu audiencia respecto a mi pensamiento. De tarde en tarde alguna estrella se deslizaba por el cielo tan velozmente que apenas nacida se borraba su trazado. ¿Qué me podían importar ahora los sabios astrónomos explicándome el suceso como naturalidad física? Yo prefería leer que tú, viejo amigo, me recibías y aguardabas mi nueva carta escrita en la tierra.

XIII

PARÉNTESIS

Estoy desorientado, viejo amigo. Como si me hubieran impulsado a girar y girar sobre mí mismo y luego abruptamente abandonado. Después, esta mañana al despertarme me dolía la cabeza y me sentí huérfano, en una orfandad que me culpaba de ignorar quién era y dónde estaba.

Envidiaba el vigor o la furia de aquella noche en la que me enfadó tanto que me despertaran que cogí furioso la herramienta y me puse a darle navajazos a las tinieblas rasgándolas a modo. ¡Qué tiempos Hilario, qué tiempos! Ahora ni podría fijar si tal arrebato fue en la pensión Capitol de Murcia o en la de don Faustino en la madrileña calle de Caballero de Gracia. Unas manzanas más allá de esta última pensión, en un bien acondicionado entresuelo tenía su consulta Ismael Rubí Medina, descendiente directo del famoso mago toledano Isaac Rubí, quien le había enseñado el arte de la ceremonia nigromántica que dolosamente practicaban las supercheras gitanas en predios andaluces. Ismael, al que conocí por el empeño en conocer a su marido de una viuda celosa, se había consolidado como atinado invocador de la potestad dialogante y adivinadora de los muertos, a quienes interrogaba familiarmente.

De Ismael tuve noticia igualmente por una vocalista, Encarnita, que actuaba en Casablanca, frente al Circo Price (hoy Ministerio de Cultura). Naturalmente yo quería saber de ti, si te encontrabas cómodamente asentado o tenías que ir de estrella en estrella como un viajero ambulante explicando latines. En verdad me daba apuro que te preguntara Ismael de mi parte estas cuestiones académicas, dada la persecución de la cultura clásica que padecíamos, así que resolví lamentando que te había escrito varias cartas sin obtener respuesta a ellas.

Ismael adujo rápidamente que estábamos en malos tiempos para

escribir epístolas, ya que su función comunicativa había perdido vigencia ante los muchos medios modernos para los que no se necesitaba saber redactar, ni ortografía ni sintaxis, ni morfología, ni nada. Tal vez ya gozosamente aceptado como máxima el consejo de «Hablemos como bárbaros y nos será más fácil conducirnos como tales».

Asentí con la cabeza y entonces Ismael se creció, detallándome los más de cincuenta millones de mensajes cortos que se habían cruzado en esta pasada Navidad para felicitar bárbaramente el Año Nuevo, empleando los móviles, la telefonía inteligente, SMS, WhatsApp, iMessage, email... y poco, muy poco, el correo postal.

Era obvio que me sacudiera mi ignorancia ante tanto medio de comunicarse indicado por Ismael. Lo único que se me ocurría preguntarle era por el medio utilizado por él y si las brujas, envejecidas sobre sus escobas, se habían adaptado a las técnicas modernas. De modo, Hilario, que decidí escribirte como siempre y confiar en que algún ángel de los buenos nos ampare en sus vuelos mensajeros.

¿Por ventura, Hilario, viejo amigo, pensaste que algún texto mío, una simple palabra, llegaría al blanco de esta página en la que escribo? Me parece, si es así, que tienes la ingenuidad o la fe del neófito y no recuerdas aquel comienzo en el que Augusto me preguntaba por Trasíbulo, hijo de Jenócrates, citado por Píndaro en una oda para inmortalizarlo, y yo le respondía que ni siquiera lo había oído nombrar. ¿Y piensas que yo sea más famoso o digno de gloria que Trasíbulo? Gracias Hilario por tu valoración, muchas gracias, pero ni en la mayor subida de la vanidad creí para mí tal cosa. Moriré tan desconocido como lo soy ahora en mi vejez, como lo fui siempre sin necesidad de compararme con la inmensa gloria y millones de euros que representan un futbolista, una estrella de cine o un político que al fin se destapa en un proceso fiscal o en unas gangosas memorias que da por suyas y le escribió un bien remunerado y espabilado esclavo.

¿Podrías defender ante un jurado o ante el pleno del senado que siempre fui fiel al emperador y jamás participé en Capri de las orgías de Tíbulo? ¿Crees que ahí arriba, donde moras, alguien te creería? ¿O afirmar mi relación con la alejandrina Clodia, a la que tú sabes que jamás necesité reclamar de la memoria porque siempre

estaba en mí? Tú sabes, Hilario, que viví un intenso tiempo que en cuanto veía, en cuanto agradable olor percibía o en cuanta noble nota musical escuchaba, veía, percibía y escuchaba a Clodia. No, Hilario, ya no soy más que un fragmento del silencio que va desgajándose del tiempo. Y que es inútil que grite que por Clodia comprendí lo incomprensible y fui huésped del enajenado amor hasta facilitar la locura y vestirme con sus ropajes. Era un pasado, una existencia, en la que todo sonido, todo murmullo, portaba un canto a la vida, en cuanto era eco y movimiento de Clodia. Pero nada de ello, viejo amigo, otorga eterna exclusividad de residencia, porque son miles las mujeres que podrían ser presentadas así por centenares de seres anónimos.

Perdona, Hilario, pero dudo que incluso ahí, en donde descansas de toda tribulación, pudieras defenderme en la compañía de Augusto, *imperator*, recorriendo la paz de los campos, el sonido peculiar de una cascada o el mar, el mar que se contaba a sí mismo sus mitos porque ya en la tierra nadie quiere escucharlos prefiriendo la maloliente realidad de los avances tecnológicos.

De todos modos, Hilario, sí creo, por muy espíritu o alma que seáis, que si Augusto se encuentra ahí, acabada ya su vocación de actor, le gustará asomarse a esta tierra para ver en qué localidad del teatro lo colocó la historia. Y análogamente, Asinio Polion, oriundo del territorio de los marrucinos y que estuvo con César en el paso del Rubicón y en la batalla de Farsalia, gustará comprobar si su biblioteca pública, la primera fundada en Roma, continúa atrayendo lectores. Como Mecenas, cuyo nombre acabará con significación apelativa de protector de cultura, mostrará su interés en comprobar de qué modo se acabó acogiendo a Virgilio u Horacio, poetas escogidos de su círculo. Y a Valerio Mesala, procedente de la más rancia nobleza investido con el consulado en el año de la victoria de Accio, le encantará observar si triunfó su empeño de que la lengua latina cultivada por él fuera modelo de la posteridad, y norte de su grupo con el poeta Tíbulo Valerio Mesala Corvino...

Era de cajón, Hilario, que pensara en Ismael Rubí, en su misión mediadora, no sólo por la ansiedad con la que acudían a él para hablar con sus difuntos un padre o una viuda desconsolada, sino porque podría ser una vía perfecta para conectarse con Augusto y su entorno. ¿Comprendes? Así, Hilario, yo podría encontrarte y que tú

me respondieras con una larga epístola (que Ismael me leería con su voz de ultratumba) a las muchas cartas que te escribí preguntándote de cosas y por recuerdos madrileños.

¿Piensas ahora que estoy delirando? Es cierto que ayer mismo me dolía la cabeza y pensé si sería el mismo dolor que asediaba a Tito Lucrecio impidiéndole revisar y cuidar el *De rerum natura*. Lo temí. Pero mi cabeza se liberó de la migraña que la constreñía y me siento despejado, aunque todavía me pesan algo las ideas amenazadas por la esclerosis degenerativa, en la que las propias defensas del organismo atacan el sistema nervioso central.

De todas maneras sigo dándole vueltas a la fórmula de contar con la mediación de Ismael Rubí para conectar contigo de una forma más segura y directa. Si me ocurriera de pronto una desgracia no podrías acudir en mi ayuda o llegarías cuando no tenía remedio. Observación que aprovecho para comunicarte que mis piernas avanzan en su torpeza obligándome a caminar con penosa lentitud.

Vuelvo a preguntarte si tú crees que aquellos que ya descansan en paz tendrán ganas o ánimo para acudir a la llamada de un nigromante serio como Ismael Rubí. Según me dicen, son numerosas las mujeres llegadas por la viudedad o el abandono conyugal que se acercan a la mediación de Ismael. No puedo saber con qué frecuencia acuden los difuntos a la llamada del nigromante ni si será factible que responda a la sesión un personaje de la entidad de Sócrates, el maestro de Platón, y me reafirme si al fin se encontró, por el cumplimiento de su condena, con la felicidad de conversar con Orfeo, Museo, Hesíodo y Homero, llegados igualmente al Hades.

No sé, Hilario, no sé si será común el acudir a las convocatorias cuando son llamados por Ismael, o si huirán a esconderse si pretendes hablar con los burladores donjuanes, o los crecientes corruptos o los demagogos falseadores de la historia. Dudo que quieran manifestarse aquellos que nutrieron el infierno de Dante: los indiferentes, los lujuriosos, los glotones, los iracundos, los herejes, los suicidas, los impíos, los sodomitas, los usureros, los simoníacos, los hipócritas, los falseadores que atoraban los círculos de la bajada de Dante ilustrada por Virgilio.

Pudiera opinarse, advirtiendo nuestra actualidad, que el mundo

cultivó leyes y liberó conductas con el fin de que hubiera huecos en los que vivir. Entiende, Hilario, que yo no espere ni siquiera llegar con mi palabra a la acera de enfrente, donde por cierto es costumbre que se despidan los duelos, abandonándose las sepulturas camino del cementerio allá arriba, en una devastada colina cercana al viejo campo de fútbol que pronto invadirán los condenados al silencio contra el que jamás protestaron desde la fundación del mundo porque sabían que jamás el tiempo que pasa veloz pudo recogerse en un recipiente que lo mostrara como fue.

XIV

LARGO Y VARIADO CAPÍTULO CON BERTA AL FONDO

Te indicaré, Hilario, que aquellas palabras que me alimentaron miles de días tengo ahora que ir con frecuencia al diccionario para cerciorarme cómo se escriben; te diré que hay textos utilizados por mí durante las clases que al día de hoy abandonaron su lugar asignado en la biblioteca y corren escondiéndose por los anaqueles; te aseguro que años que podrían testificarme volaron por ahí apenas llegado el frío, sin ni siquiera comunicarme bajo el sol que holgarán. Son palabras, libros, años rebeldes; apenas señales que me muestran que voy perdiendo lo que fui en un pasado. ¿Cómo así, viejo amigo, podría atender la posibilidad de escribir unas memorias o biografías que nos recogieran tal como un día proyectamos en la tertulia del café? Ni posiblemente sabría pergeñar mi biografía, que, por otro lado, a nadie puede interesarle.

Es lo que tiene Madrid, viejo amigo. Estás tiritando de frío día tras día y de pronto le da al sol por exclamar «ahí voy»; y viene y las terrazas se llenan de gente sedienta de calor y de cerveza fresquita. Hoy facebook es, según dicen, la mayor red social del mundo ¿y mañana? Mañana, escribió el poeta, aún no ha llegado a este hoy que se está yendo sin parar un punto.

Por cierto, ¿dónde te encuentras tú, viejo amigo, en este momento? ¿También te atosiga la brevedad de lo que se vive o vives con la eternidad descuidada? ¿Has podido detenerte en esos dos jóvenes que venían a regalarte *El giro* u olvidaste que fueron alumnos que nos vieron gozar de movimiento? Por mi parte, Hilario, me hicieron medir la fugacidad hasta el extremo de impedir comunicarles que habías muerto haciendo que, entre los payasos, la injusticia recitara «un muerto más ¡qué importa al mundo!». Puede ser, Hilario, que la presencia de los exalumnos después de la alegría de hallarlos apretaran las tripas de la verdad trayéndome el

egoísmo y la soledad. No sé, amigo, con frecuencia nuestra propia contradicción nos amarga y subleva.

De tarde en tarde argumento contra esa soledad, alejado de todo humorismo, que tal vez falta en mi casa la presencia de una mujer. De una mujer serena, culta, que corrigiera mis desavenencias con la miseria y los vagidos de la actualidad.

Puede que algo parecido pronosticaran sobre mí las buenas vecinas sobre las que tengo la impresión de que espían tras las ventanas del patio el desorden y el polvo acumulado de mi piso. Desde luego yo vencí, por vieja y caduca, aquella costumbre de enseñarles el piso a las visitas que hacían nuestros abuelos recibiendo siempre parabienes de los visitantes por los cuadros que colgaban de las paredes, lo luminosas que eran las habitaciones y la excelente y encerada madera de los pisos. Era evidente que detrás del régimen y policía de un hogar tenía que figurar una mujer con lo que me vino a la memoria tu Clodia de Tíjola, tu Venus Meretrix, a la que facilité su viaje al suelo almeriense hacía poco.

Creo Hilario, viejo amigo, que estoy traduciendo los ocultos pensamientos de mis dulces vecinas hacia mí, decididas, me temía, a solucionar mi problema de soledad. Es muy probable que la acción partiera de la pena que le produjo a Luciana verme desayunar solitario el otro día. O de que a través de la ventana vio algunos libros de la biblioteca tirados en el suelo y supuso la de inclemente polvo que cubriría toda la casa.

Vencidos los temores de intromisión, las dos hermanas acordaron buscarme una asistenta aseada y honrada que pudiera atenderme medio día, hasta después de comer. Y un descansado día me presentaron a Berta.

Berta no era, precisamente, un decurso de la belleza, en especial porque le asomaba sobre el labio un proyecto de bigote mecido cual sombra desnutrida al hablar. Pero, en su totalidad, sin andar con miramientos, Berta defendía un rostro de atractiva bondad y un conjunto corporal muy apropiado al sexo que nos ofrecían los medios.

—Ésta es Berta —me presentó pizpireta Luciana.

—Lo imagino. Buenos días, Berta —saludé.

No era por cierto mi día. Conforme progresaba la mañana, me iba cercando con mayor énfasis la migraña. No se trataba de algo

regularmente establecido que se repitiera con frecuencia, pero sí crecida últimamente. Se diría que el monótono dolor dormía por las noches y luego se despertaba con el amanecer para hacerme compañía por gran parte del día. Era como saludábamos la convivencia con el huraño invierno concitador de gripes y pulmonías. No parecía tener mayor importancia, pero la migraña, que desconocía por completo anteriormente, comenzó a presentarse después de que me operaran del corazón. La relación, probablemente inexistente, me preocupaba un punto de más.

Me habían intervenido con carácter urgente de una cardiopatía isquémica, de lesión severa, con implantación de *stent*. Al parecer tuve suerte en que me trataran de isquemia subepicárdica anterolateral. La verdad es que no me molestó lo más mínimo la intervención, únicamente me pareció que una voz demandaba si había cafinitrina. Después de unos días, que era ya el cinco de noviembre de 2002, me dieron el alta y al pasar para recibir una postrer revisión, la doctora que me auscultó me preguntó que si podría darme un beso. Le respondí que naturalmente y fue cuando entendí que había pasado por un momento de suma gravedad al cuidado de la doctora. Muy sonriente, me entregó un papel con el tratamiento a seguir que prescribía la abstención absoluta de tabaco y alcohol y una dieta pobre en sal y en grasas animales.

¿Te acuerdas, Hilario, de aquel trance? Yo había sido un fumador importante e inconsciente y tengo presente que en la tertulia del café todos dejásteis de fumar en solidaridad conmigo. Era, no lo olvides, el mes de noviembre, que tan antipático me era.

A todo esto, hemos olvidado a Berta, a la señá Berta que decían en el barrio, con la que me fue muy fácil acomodarme. Llegaba todos los días a las ocho de la mañana, que ya no era para mí la madrugada, pues transitaba por la jubilación liberado de horarios lectivos que cumplir. Berta me ponía el desayuno, me traía el periódico, me preguntaba qué tal había dormido y me ofrecía palique sobre dos o tres acontecimientos nacionales, que últimamente versan sobre la facilidad y cuantía que los corruptos cuentan para viajar a paraísos fiscales. Teníamos la impresión que era una moda de instauración perversa.

Una mañana ya avanzada vi salir a Berta, plumero en mano, de la habitación en la que tengo apiñados los libros, puede que sin

mucho orden, y más bien instalados donde ellos quisieron establecerse según llegaban. Berta me miró con cierto respeto y me preguntó:

—¿Es usted poeta, señor?

—No, no escribo poesía, no domino su música, su realidad. ¿Por qué?

—Quisiera saber —explicó— si leyó usted o escribió todos los libros que yacen en el cuarto, en el suelo.

—No, no los escribí, pero sí los leí y en muchos casos los comenté, lo que es una manera también de escribirlos, de sentirlos y concrearlos al compartir sus palabras.

—Eso es otra cosa —suspiró consolándose.

Ignoro Hilario, viejo amigo, si Berta me comprendía o yo me encontraba tan en mi materia que no sabía expresarme. Entonces intenté formalizar mejor mi discurso.

—La poesía —asenté— es en sí misma una impugnación de la realidad en el entendimiento de que ella misma es realidad concentrada en la palabra que se manifiesta fuera en su necesidad de existir, en su rebeldía de permanecer oculta en la intimidad o sofocada en la imaginación creadora. Así la palabra se levanta de cualquier servilismo ante la realidad convenida y ofrece la novedad personal de su decir que tiene, con frecuencia, el eco de una tradición culta.

Me detuve, Hilario, porque me temí que tal vez estuviera enmarañando lo evidente por la reciente lectura de *Alma Venus,* un texto de Pere Gimferrer en el que el poeta, verso tras verso, iba cantando admirablemente su amor nacido con Cuca de Cominges.

—En el fondo —pronuncié— todo libro es una biografía más o menos vestida con la ficción. No todos los libros que viste en esa habitación son libros de poesía. Los hay que son de historia, de narración, de un determinado cine del que pudiste ver películas en tu barrio o en televisión... de cosas varias que pertenecen a la realidad del mundo, el cuadro inmenso en el que aparece pintada la biografía de la vida. No, no todos son de poesía.

Tenía la sensación, Hilario, de que cada vez estaba enredando más mi discurso a la paciente Berta, en cuyos ojos yo apreciaba que no cabía más asombro o desconcierto. Posiblemente estuviera dictándole la clase más lamentable de mi curso académico, en la

que mi empeño desbarraba torpemente. ¿Qué pensarían ahora de mí los antiguos alumnos si me escucharan? Creí defenderme acusándome de que la vanidad torcía mi preocupación olvidándome de Berta. Porque ¿quién era Berta? ¿Acaso Berta podía ser una realidad capacitada para juzgarme? ¿No sería un vago producto de mi imaginación exigido por mi propia voz necesitando la compañía? No sé, Hilario, viejo amigo, no puedo saberlo. Sí recuerdo que me levanté del sillón y me acerqué al espacio en el que permanecía Berta muda e intenté comprobar si respiraba, si su aire podía manifestarme que existía.

Me distraje de esa investigación acerca de Berta al recordar inesperadamente aquella lejana mañana de lluvia en la que, aterido de frío, aguardaba a la caridad, a la entrada de la facultad, un pobre perro color canela. Me acerqué para acariciarlo y el perro agitó su rabo como si recibiera la llegada perdida de la vida. No lo pensé, puede que estuviera prohibido, pero me llevé al perro conmigo, le regalé un modesto cruasán y lo animé a que subiéramos en el ascensor al cuarto piso en el que yo tenía clase sobre el Renacimiento. Algunos alumnos como las ahora profesoras Milagros Arizmendi o María Hernández Esteban, especialista en Boccaccio, podrían atestiguarlo. Le indiqué al perro que se echara en el suelo, junto a la tarima, y comencé a departir mi lección. Creo que jamás tuve un oyente más atento y silencioso que aquel perro. Terminó la clase y nos fuimos sin que ningún alumno comentara como anormal mi conducta.

Lo que no podría decirte, y me avergüenzo, es qué hicimos después el perro y yo. Me gustaría creer que este acudir el suceso a mi memoria, sacudiéndome un poco de la zozobra de mi dictado a Berta, con la que ya nos tuteábamos, fue obra de aquel perro canela, abandonado, al que ni siquiera tuve tiempo, por mísero egoísmo, de ponerle un nombre.

Pero Berta, Hilario, respiraba, no era un ente de ficción que pudiera apagar a voluntad. Quise definir:

—Todos los libros que viste en la habitación son literatura, todos son biografías. *La Dorotea* de Lope, de quien habrás oído hablar, es una biografía entintada con la ficción porque Lope quería también barnizarla para ser historia, vencedor del silencio eterno al igual que lo intentó el emperador Augusto. Desde su propia portada en la

edición princeps con el grabado del escarabajo y el rosal remitiendo, respectivamente, a Torres Rámila y a Lope bajo la significación de cómo el coleóptero de patas cortas moría ante el olor desprendido por el rosal. Todo el texto es una biografía, supuesto reflejo de los amores de Lope por Elena Osorio, Dorotea. El autor mismo lo declara al indicarnos que si hubiera algún defecto en el arte de su obra, sea achacable a su perseguir la verdad, «que más quiso el poeta seguirla que estrecharse a las impertinencias de la fábula».

Berta me miró reprochándome falta de claridad, a lo que repuse:

—Tú ya conoces a Lope de Vega, ¿verdad?

—Sí —respondió con rapidez— sé que es un poeta con demasiado amor a las mujeres. Sé que tiene una calle cerca del Prado, por donde están el Museo y la Academia de la Lengua.

—Eso es —afirmé satisfecho del saber callejero de Berta.

Pero yo, Hilario, a fuer de profesor, tenía que insistir, aunque quizás me estuviera jugando el almuerzo.

—A veces —regresé al argumento— la biografía adopta la presentación de diario como sucede con los escritos de André Gide, redactados a lo largo de muchos años, que sacan a la luz sus contradicciones entre el placer y el deber. Especialmente en lo que toca a su pederastia, perseguidora del amor a los adolescentes y su devoción a su mujer y prima carnal, en la que tanto se vio un trasunto de su madre. El prólogo de Gregorio Marañón a la edición de *Corydon,* «la novela del amor que no puede decir su nombre», contribuyó bastante a la difusión de André Gide en España, del que sólo se había editado *La puerta estrecha*, en 1922, traducida por Enrique Díez-Canedo.

Miré a Berta, un tanto asustada o desconcentrada y reconocí que poco podía interesarle la relación de Gide con Pierre Loüys, el de las canciones de Bilitis que dedicó a Gide, o su encuentro con Oscar Wilde, al que ya había conocido en París y acababa de salir de la cárcel de Reading. Todo eso era humo para la mente de Berta a la que me veía obligado a dejarle espacio en el tiempo para que se mostrara como la señá Berta, decidida comentadora de la actualidad, y que más de una vez la había sentido dialogar o discrepar contra una voz que le llegaba por cualquier emisora de radio. La vida no podían ser únicamente los diálogos y glosas que

podíamos atender tú y yo, Hilario, o los que nos íbamos procurando con el debate en la tertulia del café, que algunas veces contaban con la audición de Pedro para cerciorarse de los raros y marginados que éramos.

Sin embargo, mi apego a la docencia e investigación nutrían mi egoísmo a la vista de Berta, de una disciplinada oyente dispuesta a escuchar como en el pasado hicieron los alumnos que me arrebató la impertinente edad.

Decidí, pues, incorporarme al ámbito de Berta. A todo esto olvidé precisarte, viejo amigo, el progreso de la torpeza de mis piernas que noté ahora mismo al cambiar de posición en el asiento para recoger un papel. Berta sí lo percibió y se inclinó a recogerlo.

—Gracias —expresé—, es un papel que carece de importancia: La factura de un restorán en el que estuvimos comiendo el otro día.

Berta sonrió y lo entendió como el ofrecimiento a que continuara con mi viso de docencia si ello me placía. Y, de pronto, me animé a decirle:

—Buena y doble fiesta tuvisteis esta noche en el barrio, ¿no?

—Sí —agradeció mi interés—. ¡Menuda fiesta! Mientras unos atracaban una joyería por alunizaje, otros distintos, parece ser que los antisistema llegados de Barcelona la emprendían a golpes con la policía en el metro recién abierto.

—¿Se normalizó ya todo? —inquirí.

—Bueno —se encogió de hombros—, todavía circulan policías por la calle, creo que investigando, y el susto de ayer no hay quien nos lo quite. Es posible que la oscuridad nocturna y los gritos desconocidos aumenten los hechos. Esta mañana bien temprano todo era mascullar juicios por las esquinas y sacar al aire imaginaciones y entretejer sucesos. Porque también digo yo que con la que está cayendo ¿por qué el dinero público tiene que estar sosteniendo con millones y millones de euros el fútbol del Gobierno valenciano para entretener la afición de unos bárbaros? ¿No lo has leído? Más de ochenta y seis millones de euros paga el Gobierno de los cerca de cuatrocientos millones que tiene de deuda el Valencia, y algo menos el Hércules y el Elche.

—No sé, Berta, no entiendo el comercio del fútbol.

¿Qué le hubieras respondido tú a Berta, viejo amigo, a la atribulada Berta? ¿La hubieras remitido a unas páginas cercanas

encerradas en la inerte historia que hoy se repite en la que unos quieren echar a otros para ocupar las prebendas que tienen, y después de satisfechos tumbarse a dormir si la ambición se lo permite, hasta que lleguen otros nuevos que los echen y así ir repitiendo la vida al igual que un cangilón sigue a otro en el giro de la noria?

Estuvimos un apreciado rato en silencio, sin deseos de arreglar el endemoniado mundo y pensé que era momento de recoger el diálogo por allá donde lo dejamos con el recuerdo de André Gide, quien tanto dignificó, con el sacrificio ejemplar de su esposa, la actividad homosexual.

—Porque no siempre se manifiesta la biografía de un modo tan evidente como en el *Diario* de André Gide.

Berta realizó un pequeño esfuerzo por incorporarse a mi discurso y escuchó:

—Por ejemplo, Marcel Proust, a quien Gide le reprocharía que hubiera ocultado su homosexualidad. Realmente no la ocultó, sino que la distribuyó en distintas facetas por la riqueza de sus personajes. Por ejemplo, el brillante aristócrata Montesquiou, elegante dandi y poeta homosexual al que escogerá como modelo el barón de Charlus, tan realmente considerado por el novelista. ¿No nos dan ambos una señal de la proyección en ellos de Proust? La imaginaria localidad de Balbec, con los préstamos de Cabourg, ¿no es por ventura el ideal paraíso de Proust, como en otra línea lo es el Hotel Marigny en el que el novelista instaló un prostíbulo de hombres para varones, lo mismo que lo era el Ritz reservado a sus sueños o la música de Debussy y Camille Saint-Saëns? Con toda su variedad de espacios y personajes, creo que Proust, con la evocación de la infancia que le trae la «magdalena», es un extraordinario ejemplo de la proyección y distribución de un autor autobiografiándose en su mundo narrativo.

Escudriñé los ojos algo cansados de Berta, que me decían del excesivo departir literario que agolpé en la mañana. Pero ¿de qué íbamos a charlar, que no fuera literatura, qué otra cosa material que no fuera literatura poseíamos nosotros con algún valor? Una vez, en medio de nuestro diálogo, Berta salió de la habitación en la que hablábamos y sorprendió a Luciana mirando el cuarto de los libros a través de la ventana.

—Me ha indicado —amplió Berta— que no es frecuente ver tantos libros en una casa como tienes tú. ¿Son todos tuyos?

—No es raro que todos esos libros me pertenezcan y trabajara con ellos. Son parte de mi profesión.

Tuve la impresión de que, aunque lo hubiera oído mencionar, Berta opinaba que yo ejercía una profesión muy extraña que intentaba salvar con la volátil palabrería propia del teatro. No podía incomodarme lo que Berta opinara.

En verdad, no había tardado mucho tiempo en acostumbrarme a Berta, a comprender su pensamiento tras el precipitado agolparse de palabras que emitía al encontrarnos por la mañana y estrujar la actualidad. Cada día la encontraba más solícita y habituada a la casa, y su manía de que cada cosa estuviera siempre en su sitio como si fuera algo adquirido para la eternidad. Todas las noches encontraba la cama preparada para dormir, convenientemente abierta y el pijama adecuado extendido. Aceptaba que no era prudente ni justo alterar los hábitos de Berta por mi manía de insistir en la varia belleza del arte o la constante de que la mayoría de los buenos escritores estaban proyectados biográficamente en sus escritos, que en el fondo eran parcialmente unas memorias disimuladas por la ficción que frecuentemente las animaba. ¿Acaso no lo había confirmado Marcel Proust con la variedad de argumentos y personajes en los que fue inventándose y existiéndose? Haciéndose historia y ofreciéndose en ella, al igual que tantos novelistas.

Recuerdo una sobremesa en la que Berta no parecía tener ganas de marcharse y me indicó con la mirada una hilera de libros encuadernados en rojo que descansaban sobre una tabla bajo la titulación unitaria de *Vidas españolas del siglo XIX*, editadas por Espasa-Calpe.

—Son biografías —le señalé— que forman parte de la historia, que están en ella. Desde *Luis Candelas, el bandido de Madrid* escrita por Antonio Espina en 1929, a célebres políticos como Castelar, Sagasta, Cánovas o el ciudadano poeta Juan Maragall, escrito por Juan Chabás, cuyo catalanismo ennoblecedor y culto tanto nos valdría hoy contemplar. Porque entiendo que si a esos señores diputados fueran lectores de estas vidas tal vez se lanzarían al ruedo de las disputas con aquel aprecio del poeta Maragall acerca de que

«la vida es una serenidad ardiente, una pasión serena».

Me parece que después de hablarle un poco a Berta de estos volúmenes en los que tanta vanidad perdida clamaba por renacer y probar una nueva edición, a Berta le crecieron las ganas de leer y no ser siempre voz que se perdía en la oscuridad. Te especificaré, Hilario, que en tanto le mostraba a Berta estos volúmenes me atacó la nostalgia de aquel tiempo lejano en el que descubríamos el historiar de Suetonio, del que curiosamente la antigüedad nos dejó sin biografía. Nos apegábamos a que más allá de los archivos secretos imperiales, Suetonio entendía su redacción de la *Vida de los doce Césares* como una obra de arte que los exoneraba de la árida y conveniente erudición. ¿Recuerdas, Hilario, viejo amigo, cómo nos empapábamos en las cartas de César y Augusto, en las anécdotas de la corte, en pormenores y hábitos de vida con el fin de recoger las historias con la parcialidad de curiosos lectores que deseaban asimilar unas vidas para transmitirlas henchidas de nuestra actualidad por el cauce de una tradición? Consérvate en ello, Hilario, sujeta la ficción a su justa medida sin que la venza la tentación de los intrusos historiadores. ¿Cómo va poderse escribir una biografía de Homero o de Sócrates sin mojar en algo la imaginación en una cultura de la época bien asimilada?

¿Cómo se puede escribir *Un libro sobre Platón* excelentemente si su autor no fuera no ya filósofo sino experto en filología clásica, en aquél cuidar la gramática que amaba Poliziano? Se pudo escribir, con todos los elogios, la *Vida de Samuel Johnson*, y aún citarla como modelo. Se pueden proponer la de Richard Ellmann, 1970, sobre James Joyce o la de Alexander Waugh sobre *La familia Wittgenstein*, London, 2009, en la que los biografiados están ahí, con sus anécdotas y episodios, recogidos en una vida que podemos contrastar o enriquecer con la imaginación. En *Un libro sobre Platón*, de Tovar, el escritor tiene que salvar con la educada ficción la lejanía de Atenas en tiempos de Platón, brincar sobre la consideración de Plutarco de que en el «país se daba la mejor miel y la más venenosa cicuta» y aprovechar que Perictíona, la madre del filósofo, era de familia aristocrática, carácter que se hereda en los diálogos, datos mínimos de familia que se nos muestran en la *República*. Por tales páginas sabemos de la relación de Platón con Sócrates y sus discípulos, de su admiración por Egipto y contacto

con las culturas orientales, de su refugio en la Academia, modesto gimnasio de las afueras donde pudo meditar que el alma es lo que se mueve a sí misma y lo que se mueve siempre es inmortal como reconocerá en sus *Leyes*. Ya en el prólogo de su *Vida de Sócrates*, Antonio Tovar manifiesta: «Se me dirá que la elección de fragmentos y todo el sistema del libro es arbitrario, es verdad, pero es que esa arbitrariedad, si no me atrevo a llamarla inspiración, es lo único que legitima las construcciones históricas lejanas.»

Me detuve, Hilario; me detuve, viejo amigo. Tenía cubierta mi nostálgica vanidad de ser escuchado nuevamente y era lo justo que abandonara mi alocución bondadosamente atendida por Berta. Aunque sintiera un especial remordimiento por mi actitud no dejaba de apreciar en mi ego una indudable satisfacción porque alguien me dejara manifestarme breve y precipitadamente sobre una materia de la que fui titular muchos años. Sabes que siempre me gustaba dar clase.

A modo de paréntesis te comunico, Hilario, que mediada la escritura de esta carta me visitó la migraña con tal intensidad que tuve necesidad de abandonar la escritura, tomar una pastilla e ir a refugiarme a la oscuridad silenciosa de mi habitación. Como sabes, no es la primera vez que me sucede desde mi último regreso de Roma. Me eché en la cama, con los ojos cerrados y prietos, temiendo que la migraña creciera como una red que me envolviera privándome de la libertad de la vida. Veía la oscuridad formándose en círculos que salían volando rechazados por el cierre de los ojos, y que una y otra vez se empeñaban en horadar mi mente a través de los parietales para arrebatarme el capricho de vivir. Sin dejarme la voluntad de comunicarte mi estado lastimoso, con el temor de que en otro momento no lejano volviera a repetirse.

Creo, Hilario, que por efecto de la pastilla me dormí y ahora retomo la pluma con la pueril sensación que el ataque de la migraña lo sufrió otro ser muy cercano. Ahora, viejo amigo, soy consciente de que iba comunicándote mi agradecimiento a Berta por saber escucharme y mi compromiso de ofrecerle el espacio para escucharle el movimiento de su actualidad.

—De tu barrio —la incité preguntándole— conocerás a Fernando Rubiales ¿no?

—Sí —me responde—, pero ya no vive allí, se mudó hace unos

años a un piso más confortable, creo que frente al Retiro, muy moderno.

—Ya.

—De joven, me amplía Berta, era un chico muy alto, bien parecido, al que apodaban «el fantasioso» porque estaba obsesionado por ser una estrella de cine. Un primo suyo, algo tardo, al que le procuró un tajo bien remunerado en la administración pública señalaba que se mudó de barrio porque en el de siempre no lo trataban con respeto ni se olvidaban de llamarle por el mote. También lo conocían por el «guaperas» y la verdad es que tenía muy buen corte de cara y vestía muy pinturero. Decían que lo probaron en el cine y lo echaron porque no había manera de que dejase de hablarse a sí mismo. Lo echaron pronto, no sabía dialogar. Ni siquiera apareció en el reparto de una mala película, aunque él llevaba unas tarjetas de visita en las que se llamaba «actor». Puede que otro se hubiera afligido con el fracaso, pero él ¡qué va! Lo que ansiaba antes que nada era salir en los papeles, que su cara apareciera en la portada de una revista o de los periódicos.

—¿Y ahora? —quise saber.

—Bueno —acudió Berta gozosa—, ahora ya lo ves. Empezó en el barrio soltándonos un mitin sobre lo que les sobraba a los ricos y nos faltaba a los pobres, con el beneplácito de los bancos, y fue atrayendo al personal.

—¿A la gente le gustaba escucharle?

—Creo que sí. Ya no sé si sería o no cierto lo que nos decía pero le escuchaba la gente, lo aplaudía en su oficio de emisario social. Para mí, que su éxito estaba en excusar en la actitud de otros la culpa del fracaso profesional de quienes oían su discurso. Daba la impresión de que siempre había otros que nos impedían levantarnos a la mayoría.

Me parecía, Hilario, que íbamos deslizándonos por una conversación en la que pronto podría llegarnos la presencia de la demagogia o de un realismo fatuo en el que se orillaba la voluntad que tenían algunos en despreciar la riqueza a cambio de sostener su independencia y libertad. Me venía en mente la actitud del poeta Horacio, en Roma, donde observé su voluntad de renunciar a favor de ser libre. Sí, Hilario, pensé que Berta y yo estaríamos mejor asociados moviéndonos por el escenario de la antigua Roma, en la

que nunca advertí que se escondieran a los ojos del erario los más de 50.000 millones de euros que sacaron los españoles de su patria con destino a Suiza.

Puede, Hilario, que lo mejor sea no pensar cómo la avaricia de unos cuantos es capaz de ir destruyendo la historia. Desde los comienzos del mundo, cuando aún se desconocía la materia que lo formaba hasta hoy que nos emociona descubrir que existen bacterias vivas y activas bajo la superficie helada del Antártico y posible existencia en algún otro planeta de los que vamos explorando. Es de locos, Hilario, de mentes obsesionadas por la investigación mientras determinarían demencia senil el que vaya escribiéndote carta tras carta preguntándote cómo es ese mundo que habitas sin importarte el tiempo que va contándonos. ¿Sabes, Hilario? Hace unos días, me dio por imaginar que el espacio en el que te mueves es exactamente el espacio entre ríos, el Edén, que colocaron para vivir los humanos y que, después de siglos, se ha repetido. ¿También tú piensas que desvarío? ¿Que el Edén se perdió definitivamente por el capricho de Eva? Hace muchos años, en Roma, le escuché a Augusto referir cómo Horacio, definiéndose en la utopía, exhortaba a los buenos ciudadanos para que huyeran, allende las costas etruscas, a las famosas islas de Júpiter que el dios había reservado para las personas piadosas y honestas. ¿No te parece, viejo amigo, que estas islas de Júpiter remitían a un añorado Edén? Lo creí una noche, iluminado por los ojos de la alejandrina Clodia, tan amiga de concertar misterios y adivinaciones.

Yo pensaba que Berta tendría curiosidad por saber de mi estancia en Roma, con lo que le ofrecía la posibilidad de erigirse en protagonista del diálogo a base de dirigirme preguntas. Pero de pronto me interrogó:

—¿Y de pequeño? ¿Dónde pasaste la guerra?

No me agradó en principio la pregunta. Estaba cansado de las narraciones sobre nuestra guerra civil, de su continua ponerla en pie para sacudirse el odio o para obtener un rédito levantando los cadáveres de sus encierros. No veía ninguna satisfacción en sacar a mi padre de su tumba y justificar con su muerte los fracasos de mi vida, mi escasa fortuna.

—En el pueblo, en Águilas —comencé a responder— llegaron

pronto los bombardeos, que solían avisarnos desde una potente sirena instalada en el castillo. El aviso solía llegarme cuando estaba jugando a las chapas en la calle. Nos mirábamos contrariados por la interrupción y salíamos corriendo a meternos en unos refugios familiares construidos aprovechando la roca de la montaña. No existía ningún miedo, en general. La gente en el refugio se notificaba cosas o charlaba al igual que lo hacía en la plaza o en una visita de vecinos.

—¿Y luego? —me apremió Berta.

—Después arreciaron los bombardeos y nos fuimos al campo, a Tébar, que estaba en la carretera de Lorca.

Te señalaré, Hilario, antes de que cese, la curiosidad con la que Berta atiende mis relatos de primera juventud. Casi estoy por decirte que con asombro. Un asombro que me recuerda aquellas noches del cálido verano, junto al mar, en las que yo permanecía extasiado mirando las estrellas, midiendo su distancia y queriendo defenderme aplicándome a la Teogonía y cosmología del cosmos. Tal y como debió sucederle al primer ser humano que pisó la tierra y a los magos y astrólogos que le siguieron. ¿Has perdido tú ese asombro por el hecho de tener todo ya explicado y resuelto? No sé, viejo amigo, pero me apena pensar que menguaras de sensibilidad y perdieras la riqueza de asombrarte y admirar.

Te decía, Hilario, y le dije antes a Berta, que la casa de Tébar en la que nos instalamos era de doña María Sastre, la señora marquesa. Era una construcción del siglo XIX, en pleno romanticismo, totalmente ajena a una casa de campo, y que en su fachada principal de dos plantas guardaba un aire del palacio de Versalles si teníamos voluntad. A la izquierda de la entrada, una alta puerta de escogida madera daba entrada a una amplísima habitación, que pudo ser salón de baile, y ahora era el lugar, cercano a las cocinas, en el que comíamos todos y en donde nos reuníamos a murmurar sobre cómo iba la guerra. ¿Qué edad tendría yo entonces? No sé, puede que seis o siete años, no lo sé fijo. Por cierto que si ahora alguien me preguntara por los años que tengo no sabría responderle con exactitud. Claro está que podría calcularlo fácilmente, pero me digo que cuando mi edad optó por abandonarme sus razones tendría, de manera que prefiero descansar en la ignorancia. Después de todo ¡qué más dará la edad que alcanzo!

Retomando, Hilario, aquel punto en el que íbamos, te indico que en la casa de la señora marquesa, que era muy friolera, nos instalamos mi madre severamente enlutada de reciente viuda, mi abuelo Ubaldo, abandonadas sus tierras, Isabel la cocinera y yo, al que todos mimaban un poco porque tenían lástima de mi estrenada orfandad. Con todo yo no me sentía desgraciado, recepcionando odio, aunque quería muchísimo a mi padre, al que apodaban en el pueblo «el médico de los pobres» ya que corría la voz de que jamás les cobraba a quienes no tenían para comer.

Algunas veces mi madre tenía que regañarme ya que me había entretenido más de la cuenta buscando mochuelos en las casas abandonadas al pie del monte o buscando imaginados peces y ranas en un charco enorme que nutría el sobrante de una balsa muy grande y profunda de la finca.

Un día amaneció repartiendo preocupaciones. A Isabel «la cocinera», que había entrado en casa cuando tenía dieciséis años y queríamos mucho, le había salido un bulto en el brazo que fue creciendo. Mi madre la montó en el coche de mi tío Juan, hermano de mi padre y se marcharon al Hospital de Sangre de Águilas. Cuando regresaron, bastante vencida la tarde, mi madre certificó que en el hospital diagnosticaron que el bulto de Isabel era un sarcoma. Naturalmente yo ignoraba entonces que el sarcoma era un tumor maligno derivado de estructuras procedentes del mesénquima, pero intuí por el tono de voz de mi madre que la cosa era grave y me fui a llorar junto a la balsa sin que nadie me viera, al igual que me escondí cuando el año anterior me comunicaron que mi padre, «el médico de los pobres», había muerto.

Mi tío Juan y mi madre se llevaron a Isabel para ingresarla en el hospital de Águilas. Se leía la faz del miedo en su rostro, pero no dijo nada, ni un ¡ay! de lamento. La operó Armando Muñoz Calero, que era amigo de mi padre y luego sería presidente de la F.E.F., impulsor de la Mancomunidad de futbolistas y con una calle dedicada en Águilas. A Isabel «la cocinera» tuvieron que amputarle el brazo derecho sin que se le escuchara otra queja que lamentar que ya no podría plancharme las camisas cuando yo fuera mayor. En secreto, confidencialmente, me indicó un día, cuando yo estudiaba en Madrid, lo que le hubiera gustado conocer la capital de la nación con sus tranvías, sus paradas militares y sus

escaparates. Isabel murió en El Alquian, un barrio de Almería, después de muchos años. Es posible que esté por ahí, donde tú. Te será fácil encontrarla porque irá entonando «los cuatro muleros», una canción que recuperó García Lorca de la tradición popular y que cantaba, si mal no recuerdo, «la Argentinita». Si ves a Isabel «la cocinera» dale un fuerte abrazo de mi parte, dile que en Madrid ya no circulan los tranvías y se han enrarecido tanto algunas putas que ahora se llaman «señoritas de compañía» y no van a la caza de clientes en coches de caballos por la Gran Vía, sino que tienen servicio de agencia.

Te aseguro Hilario, viejo amigo, que me tenían desconcertado las predilecciones de oyente de Berta, quien en su rara honestidad me recordaba a Isabel «la cocinera». Yo creía que le gustarían la guerra de Troya, los encuentros de Ulises con el Cíclope, al que tendrá que cegar clavándole una estaca de olivo en su ojo, o las extraordinarias conquistas de Alejandro Magno que tenía bien leídas en una colección de clásicos para niños. Pero no, Berta prefería escuchar cómo perseguir lagartijas por los arenales, a las que fácilmente se les quebraban el rabo, que seguía agitándose aislado del cuerpo. O prefería que le repitiera aquella jornada en la que el tío Juan descargó de la camioneta a tres gorrinos, casi lechones, que había conseguido en un mercado de Baza. Eran tres animales que serían asignados a las tres familias, por sorteo, que estábamos refugiadas en la casa de doña María Sastre, la marquesa de Tébar, encabezadas, a saber, por: mi madre, siempre enlutada, con un velo de gasa que se colocaba los domingos o cuando iba de visita; la tía María casada con el tío Juan, sin hijos; y Anica, su hermana mayor que tenía a su marido fugado, sin paradero conocido y un hijo de ambos, Robertito, alto y esquelético con el que unas veces jugaba y otras reñía porque «seguíamos en guerra». Ellos, las dos hermanas y mi madre representaban como cabezas de familia a las tres entidades de refugiados ya que no había hombres, pues los naturales habían muerto, estaban de milicianos en la guerra, en la cárcel, huidos o en el contrabando.

Para aligerar resumiré que a mi madre y a mí nos tocó por sorteo el gorrino más animado de los tres, todo él con pelaje blanco y al que sacaba a pasear como si fuera un perro. Con él aprendí que los cerdos eran animales inteligentes y limpios, en contra de la fama

que los calumniaba. Llegó el día del final de la guerra, después de tres años de inciviles manifestaciones, y tuvimos que separarnos. El abuelo Ubaldo, Isabel «la cocinera», manca, mi madre y yo a la casa de Almería, en la calle Gerona, y el gorrino convertido en un ejemplar espléndido se marchó con mi tío Pepe a Águilas. A mi tío le gustaban mucho los animales y me prometió que no lo sacrificarían en las matanzas de Navidad. En cuanto podía yo regresaba a Águilas y visitaba al gorrino, que me reconocía claramente. Mi tío lo había alimentado con la harina que obtenía de moler el pescado secado al sol. Mi tío lo escogió de semental para perpetuar la raza porcina y a fe que mi gorrino cumplió sobradamente. No sé si influyó que una tarde, a solas, le estuve narrando al cerdo la historia de un sultán de *Las mil y una noches* que tenía muchas huríes de gran belleza en su palacio sin amedrentarse jamás.

Todo lo acabado de escribirte me llevó mucho tiempo contárselo a Berta porque ella me demandaba detalles que ya tenía olvidados. ¡Hace tanto tiempo de todo, Hilario! ¡Y me duele tanto la soledad, viejo amigo! Es posible que esta soledad que oculto, porque nadie tiene derecho a manchar de soledad a su prójimo, sea una tardía consecuencia de mi amistad con la celestial alejandrina Clodia. ¿La recuerdas, Hilario? Quizás mi egoísmo no me deje disfrutar de las conversaciones con Berta que teníamos durante y después del desayuno, y en las que ella se encontraba mucho más viva que yo comunicándome dimes y diretes del barrio. Me incitaba a que recogiera argumentos del olvido cuando yo hubiera preferido, al igual que en clase, ofrecerle comentarios sobre el reconocimiento del mundo griego por Cicerón en sus *Tusculanae disputationes*, lo que me hubiera permitido hablarle de Pomponio Ático, el diligente editor de Cicerón y uno de los más destacados libreros de Roma. También de la herencia de los mitos griegos en el mundo romano. Lo estimo más noble e interesante que insistir otra vez en nuestra última guerra civil sostenida por un realismo oscilante según el acomodado viento ideológico que sople.

Permíteme Hilario que te enuncie cómo pude atisbar la belleza de unos atardeceres de Tébar, que iban retardando su admisión de la oscuridad para cerrar el día. Mi madre, ignoro si te lo dije, estudió la carrera de música, como no era infrecuente en su tiempo.

Sabíamos pedirle, sí, también yo, que se acercara al piano e interpretara alguna pieza romántica, nocturnos, preludios, baladas, valses de Frédéric Chopin o Franz Liszt. Eran unas veladas que parecían extrañas en medio de tantas noticias o comentarios de la guerra que padecíamos, pero que lograban desplazarnos, al menos a mí, a otro mundo: A ese mundo lejano de salones y conciertos que había oído mencionar a los mayores, amigos de doña María Sastre, como la Chausée d'Antin, en París, donde Mendelssohn recibió la noticia de la muerte del gran y admirado Goethe, quien al parecer había formulado que «donde acaba la palabra empieza la música».

¿No te conté nunca, Hilario, que en una de estas veladas escuché por primera vez los nombres de Byron, Schiller o Heine y el *Faust* de Goethe que, se decía, Robert Schumann se sabía de memoria? Sí, con toda seguridad te lo contaría algún jueves antes de ir al concierto. E incluso te detallaría, viejo amigo, aquella tarde o anochecer en la que le escuché a mi madre hablar de las Variaciones ABEGG, Op.1 de Schumann y le pregunté por el significado de estas siglas y ella me respondió que Abegg era el apellido de una misteriosa dama imaginada por Schumann, quien era un músico preocupado por la valoración de su alma y el mundo interior, muy interesado en considerar que «la música es el idioma que nos permite dialogar con el más allá».

Mi madre me decía cosas así, que yo no le entendía y que me guardaba en la memoria porque tenía la sensación de que también para ella la música podría ser un apartarse de la realidad y recordar su etapa previa a la muerte de mi padre. No sé, viejo amigo, porque yo estaba, lógicamente, en el estado de *barbarie* de la niñez, que gustaba triscar por la montaña, volar los palomos de pica y atacar con piedras a las ranas, para que nos dejaran dormir. Con todo le cogí cierto afecto al Robert Schumann presentado por mi madre no por comprender su amor por Clara Wiex, sino por su vocación a los libros, o escoger la profesión de mantener una librería que me llevó, ingenuamente, a buscar su pie editorial entre los muchos libros de los que era dueña doña María Sastre y por donde pude leer las rimas de Bécquer, que fue mi poeta favorito muchísimos años como en música lo fueron las sonatas y polonesas de Chopin y el virtuosismo de Liszt.

Siempre tendré cerca, Hilario, aquellos momentos en los que mi

madre se acercaba al taburete y lo giraba hasta encontrar su altura apropiada, levantaba la tapa del teclado y comenzaba a escoger y colocar las partituras seleccionadas en el atril. No había entonces ningún ruido, ningún cadáver, ninguna guerra. Sólo unas notas que fijó Chopin, crecidas desde su presentación en la sala Pleyel, de la calle Cadet, con la presencia en primera fila de Mendelssohn y Liszt.

Por cierto que nunca le conté a Berta que una tarde, caminando por París, quizás por un olor o quizás por el calor entristecido de la jornada, comenzó a sonarme en la memoria una de aquellas piezas de Chopin que interpretaba mi madre al piano en los atardeceres del campo de Tébar. Instintivamente apagué los ruidos callejeros, las pisadas y la voz de los viandantes y pretendí buscar uno de aquellos salones en los que Chopin descargaba en sus polonesas y nocturnos la nostalgia de la patria o su pasión romántica con fondo parisino. Naturalmente no hallé lo que pretendía. Había pasado su tiempo. Ni siquiera acerté a encontrar la sala Pleyel. Me vi, impensadamente, en la rue Saint-Benoît, esquina al bulevar. Advirtiendo el caminar nervioso o displicente de raros turistas inquietos por mirar o ser mirados junto a los cafés Deux-Magots o Flore, frente a la brasserie Lipp, que aún rezumaban sabor existencialista. Creo que pensé en cómo andaría la nada si tuviera pies humanos.

Lo que no logro alcanzar es la razón de que a Berta, a la señá Berta que un día me presentaron mis vecinas, le apeteciera muchísimo más escucharme estas cosas de mi pasado que la intervención del general Agripa en la batalla de Accio, haciendo huir las naves de Cleopatra y Marco Antonio. Posiblemente yo, y no Berta, necesite una revisión que engrase la realidad, y nos permita gozar de más seguridad.

Voy meditando, Hilario viejo amigo, si lo más importante para nosotros de una persona no será su realidad sino lo que nos sugiere su presencia, el rostro que nos manifiesta una vez alejada su máscara. La mediación tendría su interés para medir la historia de nuestro pueblo más fiado en juzgar por la apariencia de un rostro que por el conocimiento de su conducta e historia. No me parece un mero accidente que en nuestro hablar común se califique: «Éste tiene cara de tonto», o de «pillo», o de «granuja», o de «señorito». Creo que la frecuencia de esos calificativos va más allá de la pereza,

la indiferencia o comodidad del hablante, ocupado en curiosidades más importantes como el resultado de un partido de fútbol, de la suerte de la lotería o del negocio que lleva entre manos. Lo otro, la cara del «otro» que se presenta en calidad de candidato a unas elecciones es igual o ya se lo darán por elegido unos «otros» que mandan. Total, todo seguirá en manos de los de siempre, con «distinto collar»; quienes continuarán amasando su fortuna. El mundo creció demasiado en habitantes para intentar saber qué hay más allá de un rostro o un discurso preparado por otro que no sale en la película, pero cobra bien su trabajo. ¿Te parece, Hilario, que soy o estoy demasiado pesimista? No sé, es posible, quizás resultado de una vejez desestimada.

Estuve días atrás conversando largamente con Berta, atendiéndola en lo que más creía interesarle. No creo, Hilario, que recuerde qué o a quién votó en las últimas elecciones. Es igual. Mañana asistirá o no a la huelga con la misma decisión y discurso de siempre.

Sin embargo, me asombró tener presente que en una fecha anterior yo le había glosado el axioma de Lucrecio en su Libro I de que «nada nace de la nada» y «nada vuelve a la nada», que Berta me lo relacionaba ahora con la excelente escritura de Eugenio Trías, quien en *El gran viaje* acogía la afirmación de Franz Liszt acerca de «¿Qué es nuestra vida sino una serie de preludios de una canción desconocida cuya primera y solemne nota es la muerte?» Liszt, ya sabes, es uno de los compositores que ayer mismo le recordaba a Berta por su condición de ser interpretado al piano por mi madre en Tébar. La retentiva de Berta, era lo que casi menos me asombraba ante su capacidad de relacionar. Es curioso, Hilario, cómo la capacidad o el capricho mental de relacionar puede acercarnos a despecho del tiempo a las personas o a los sucesos. La relación Berta-Lucrecio-Liszt me conducía a mi niñez en Tébar, con mi madre aún joven, pero que en aquel tiempo yo la veía muy mayor, cansada de cumplir años, a la que ahora, precisamente ahora, yo le devuelvo su juventud. ¿Te das cuenta, viejo amigo? Mi mente se ha liberado de la dictadura del tiempo, lo ha vencido y ha descolocado su fijación de almanaque. En menor medida es algo análogo a lo sucedido con mis cartas. Tengo la impresión de que te escribí mi primera carta hace siglos cuando lo fue ayer mismo, ese día en el

que noté más tu ausencia en la tertulia, recién llegado de Roma, y decidí comunicarme contigo. Me temo, Hilario, que era un juego con el tiempo en el que no podrás participar debido a ese espacio que habitas con todo presente, sin pasado ni futuro. Quizás sea soberbia o suprema ignorancia, pero me apena, atrapado por mi limitación humana, que ya no goces de este quiebro al tiempo y carezcas de nostalgia o de la inquieta alegría de esperar: simplemente la espera de que llegue mañana y ver a la persona amada o el final de un problema.

¿Tú sabes, Hilario, en qué día feché mi primera carta dirigida a ti? Sí, esa que encabecé con el título de «Camino hacia ayer». Tendrás que perdonarme, viejo amigo, la impertinencia y monotonía de mis continuas preguntas. Pero es que me encuentro en la plena ignorancia, acuciado por la gran curiosidad, de saber dónde y cómo estarás. De pronto me llegó el recuerdo de aquella piscina probática situada junto al templo de Jerusalén. Era, la recordarás del colegio, el estanque o piscina en donde se bañaban, purificándolas, las reses destinadas a los sacrificios. ¿Tendría yo que buscar esa piscina y bañarme en ella para llegar a ti y saberte? Después de bañarme, de purificarme, ¿tendríamos un común estado del tiempo para encontrarnos? ¿Se trata de ese diferente percibir lo que fue aquello por lo que no respondes a mis cartas? A veces pienso que si el desacuerdo entre nosotros de medir el tiempo no será análogo al que se desprende del encuentro entre Berta y yo.

Era un deseo infantil por mi parte, pero deseaba que Berta supiera de mí, porque se trataba de considerar mi historia, de conocer mi vinculación con la Roma de Augusto. Apenas entraba Berta en casa, antes de que se ocupara en darme el parte de su actualidad, yo me adelantaba a participarle cómo Augusto había mandado construir en una ladera del Palatino un palco de honor o *pulvinar* desde el que el princeps seguía las carreras de carros, cada uno de los cuales, con sus colores, representaba una cuadra o *factio*. Aquello era una gran representación de la unión de Augusto con el pueblo, en el que Octavio y su general C. Agripa participaban de la misma pasión por unos aurigas y caballos pagados a precio de oro. Todos, incluso, los cuidadores, veterinarios, almohazadores, etc., eran abrazados como héroes que merecían un Píndaro que los cantara. Yo me atrevía a indicarle a Augusto que cuanto más

engaño se le daba a un pueblo mayor y más sangriento desengaño se le proporcionaba. Augusto se escudaba en que los juegos circenses pertenecían a una tradición mantenida por César que él simplemente respetaba. No le insistía más porque así se mantenía la política y también las ambiciones y las guerras civiles. ¿Acaso no era normal mi voluntad de que Berta pudiera conocer mi historia?

Fuera de este argumento, quisiera decirte, viejo amigo, que llevo varios días quejumbroso de mí mismo. Se diría, columbro, que el invierno quisiera vengarse con su frío de mi escaso apego a su presencia. Creo que en varias ocasiones me encontró Berta liado en una manta un tanto fuera de la lógica. Según ella expresándome febrilmente, diciendo cosas sin mucho sentido que mencionaban mi conducta en Roma y mis días en la facultad pasando lista en clase, cosa que jamás hice. Yo sí tengo la vaga sensación de que veía o soñaba cosas imposibles como mi pasear junto al mar con Clodia, camino de una heladería o de un restorán llamado El Cortijo para comernos una paella. Eso sí puedo retenerlo. Eso y cómo Clodia y yo medíamos un terreno que hacía esquina frente al mar, en el que construir, e íbamos al vivero a escoger tres palmeras que plantar en el jardín. De eso sí me acuerdo como si se tratara de una ráfaga de la vida que se cruzó rápida por mi mente perdiéndose. Pero no creo que le prestara voz en ningún momento rompiendo su privacidad.

Por el contrario, es posible que lamentara con un pequeño grito de protesta, aunque no tengo constancia de ello, algún incidente de mis viajes en avión a Roma. Pero hubiera sido razonable por las normas que regían sobre el espacio aéreo en el vuelo de Madrid a Roma y viceversa. Realmente es algo que aún hoy, despierto, me sobresalta. Cogimos el avión en Barajas, vía Roma tranquilamente. La azafata nos daba la acostumbrada bienvenida, nos indicaba la altura del vuelo, el tiempo y esas cosas. Y enseguida el carrillo con la merendina. Todo normal, lo habitual de siempre. Hasta llegar al punto en el que terminaba el espacio aéreo perteneciente a Madrid y se iniciaba el regido por Roma. Entonces comenzaba el trasbordo. El avión se detenía y descendía verticalmente sin zozobras. Nos invitaban a que abandonáramos el vuelo los españoles que íbamos a Roma y siguiéramos el viaje por tierra, bien en una cuádriga o carro tirado por cuatro caballos enganchados en línea o bien en una carroza ricamente vestida o bien en un rústico carromato.

Cambiábamos de espacio y también de época. Al regreso, de Roma a Madrid era a la inversa. Siempre lo que más temíamos era cuando el avión se detenía y nos aventurábamos en el descenso a tierra. Se tardaba algo más, pero uno comprendía que las legiones romanas o los pretorianos rehusaran desplazarse en avión.

No iba muy desatinada Berta, viejo amigo, al denunciarle a mis vecinas que mi mente andaba ya algo acalorada de juicio. Previniendo negativos reparos a mis relatos de viajes, me adelanté entonces a fijar un testimonio recabando la firma de varios viajeros en una de esas paradas en tierra que sufríamos al pasar del espacio aéreo de una nación a otra. Fue en un estrellado anochecer muy oscuro cuando en un elegante papel de la compañía aérea que nos transportaba, firmaron como testigos María Vázquez, Isabel Martín, algo nerviosas aún, Sánchez Cantón académico, gallego, Manuel Alvar, Lázaro Carreter y otros que pudieron situarse como expertos transeúntes de los espacios o técnicos en aviónica. Te confieso, Hilario, que tenía preparado ese papel con la firma de todos los citados, con su DNI en regla, por si alguno de la tertulia del café Urquijo ponía en duda mi aventura viajera a Roma. Nadie, que yo sepa, dudó de mi palabra.

El documento testificador lo mantenía en la mesilla de noche junto a unas pastillas para la tos, cafinitrina, un termómetro moderno sin mercurio, y un reloj paralizado. Todo ello conocido por Berta, pues Berta se había constituido en algo así como mi albacea. Precisamente por voluntad de Berta vino a visitarme muy de mañana Purificación, la hermana boticaria de Luciana por hallarme tocado de salud. Me encontró en la cama, me pidió el brazo para contar las pulsaciones, me advirtió que ella no era médico y me diagnosticó que posiblemente tuviera gripe o un enfriamiento febril que me atacó la cabeza. Se fue acompañada de Berta y ésta regresó entregándome unas pastillas que debería ingerir cada ocho horas. Y descansar, especialmente descansar.

Berta no se marchó aquella tarde a su barrio. Ya inclinándose el día hacia su ocaso penetró en la habitación trayéndome un vaso de leche con galletas. Por unos instantes, Hilario, imaginé que regresaba Clodia de Alejandría y me explicaba en tanto que maga estrellera el continuo girar de los planetas generando una sonoridad musical que los ruidos de la tierra impiden ser escuchada por

nosotros. ¿Tú, Hilario, puedes escuchar cuando quieras esa música celestial inaudita aquí en la tierra? ¿Es acaso la armonía de todo lo creado? Clodia se marchó y cerré los ojos en su búsqueda, ya que podría descansar cerca, en la misma calle que yo ordenando mis libros.

Berta, estoy seguro que por indicación de Luciana, inquirió:

—¿Tú no eres miembro de la «Sociedad de Ancianos Recuperables?»

—Ni siquiera la oí nombrar —respondí.

—Las vecinas dicen que es extraordinaria por su ambiente y prestaciones. Deberías afiliarte.

—Lo haré —convine somnoliento.

Berta, con su habitual diligencia, lo arregló todo.

A la mañana siguiente un anciano, que parecía mayor que yo, ocupaba un sillón frente a mí. Estaba terminando yo de escuchar una pieza de Frédéric Chopin y el visitante lo entendió respetando el silencio:

—¿Sabía usted —lo saludé— que Chopin fue el primero que utilizó el piano como único instrumento?

—Sí, lo sabía por mi padre, que fue pianista, afinador —respondió—. Supongo que todos los intérpretes de piano lo saben.

Ignoro, Hilario, si fue un reto, y respondí.

—Estaba recordando a mi madre hace muchos años en un retiro ya extinguido. Ella me enseñaba que la técnica era para Chopin el medio de expresión de sus sentimientos románticos y no un fin en sí misma. Por ella aprendí inconscientemente a entender el romanticismo como una fusión entre poesía y música y atendí después un concierto de piano del poeta Gerardo Diego en la biblioteca Villaespesa de Almería.

Comprendí rápidamente, Hilario, que no estaba siendo oportuno y busqué el silencio para ofrecerle al anciano si prefería tomar un café o una infusión de algo. Berta me señaló con la mirada que no teníamos otra cosa que agua, leche y café. Sonreí, abierto a recoger viejas etapas de mi vida, y me alegró cerciorarme que de ellas podía acordarme perfectamente en contraste con nombres de ayer mismo que ahora me era imposible recobrarlos de la memoria. Por ejemplo, me apuraba no poder componer el nombre de mi vecina, la boticaria y hermana de Luciana. Y del que tenían sus hermanas

de Águilas mucho menos aunque bien supiera que una de ellas había muerto sentada en un banco de marmolina frente al mar. De tal modo que el infinito azul con el que se vestía aquella tarde el mar fue lo último de este mundo que vio la hermana de Luciana antes de llegar a esa mirada total de la que tú gozas, Hilario, y que entiendo que debe de tener el color de todos los colores que estudiara Goethe.

¿Aciertas, viejo amigo, a desprender de mí cómo los años van restándonos cualidades y dejándonos memorias del pasado con el fin de herirnos más? Ni siquiera podría defender qué nombre portaba aquel anciano que ahora tenía frente a mí y que tal vez fuera ninguno porque ninguno me había dicho. Exactamente igual, ¿recuerdas?, Odiseo le dice al Cíclope en su gruta que su nombre es Ninguno, o Nadie, que viene a ser lo mismo para el cíclope embriagado.

Miro alrededor y no distingo a nadie. Siento, Hilario, que mis ojos se han desligado de mí y se desplazan liberados de toda atadura por la órbita sin que ya quisieran obedecerme. Comenzaba a sentir, viejo amigo, que regresaba a mi alma (en su componente de *animus*, igual a espíritu o mente) la pérdida de orientación de la que se apoderaba la migraña festejándolo en el cerebro. Carecía de interés o medios para conducir la mirada de aquel anciano que hablaba y hablaba como si al fin hubiera encontrado al único oyente del universo capaz de prestarle atención. Pero estaba equivocado porque yo permanecía, sin poder evitarlo, bajo la presión de un esclavizante dolor que me desplazaba a espacios, o lugares, no escogidos por mi voluntad.

Estoy seguro, Hilario, que Berta lo percibía e intentaba remediarlo llamando a la cordura que revoloteaba suelta por la habitación.

—De modo —expresó el anciano visitante recogiendo mi presentación hecha por Berta— que fue durante muchos años profesor en la Complutense, ¿no es eso?

—Sí, señor —respondí fríamente—. Hasta que me jubilaron.

—¿Le afectó mucho la jubilación? —curioseó.

—La preparé un poco —respondí— solicitando en el año previo el año sabático que me correspondía. Además me coincidió con una etapa muy activa en Roma.

—¡Ah, Roma! —exclamó como un actor de melodrama—. ¿Quién puede olvidar Roma? Piazza Navona, La Fontana de Trevi, Villa Borghese...

—Yo no estaba de turismo en Roma —le interrumpí.

—No importa. El coliseum, las canciones... ¡Todo está en el aire de Roma, en su historia! —insistió—. La historia del Palatino...

—Yo participé de esa historia, tuve que vivirla en la adaptación de la República al Imperio. Con Augusto, Mecenas, la protección a los juegos que los dunviros debían proteger durante el desempeño de su magistratura... El mismo Augusto fija en sus memorias los juegos que ofreció al pueblo: tres juegos de gladiadores, dos juegos de atletas traídos de varias partes, los juegos seculares... Es la Roma que traté, padecí y amé. Distinta a la que los turistas viven en el parque de la Villa Borghese con las estatuas de Bernini luciéndose.

Sospecho, Hilario, que aquel anciano no me creía. Miraba a Berta, quien asentía con la cabeza desconcertándole aún más, y luego se detenía en los cuadros y fotografías de la habitación o en el blanco de la pared esperando que ésta le confirmara que el paso de la edad disminuía no sólo la capacidad orgánica, de la que era muestra mi torpeza de movimientos, sino la capacidad mental que mi expresar denunciaba.

Sí, Hilario, mantuve la idea de que aquel anciano, cuyo nombre ignoraba o ya olvidé, estaba totalmente desconcertado y antes tomaba a broma o chanza cuanto yo contaba que admitir la posibilidad de ser historia. Fue cuando Berta entendió irreconciliable al silencio e intervino:

—Traía usted unos documentos...

—Sí, sí —despuntó el anciano, abriendo su carpeta—. Son un par de papeles para firmar. Mero trámite.

Sonrió sin ninguna convicción y me tendió un folio:

—Es puro formalismo —explicó—, datos personales, su DNI, su entidad bancaria, sus ingresos mensuales... Por supuesto, si no quiere responder algo, ponga «personal» y basta.

Respetó por unos instantes el silencio y después me extendió el siguiente papel:

—Es un documento para que su seguro nos ingrese directamente a nosotros, a la «Asociación de Ancianos Recuperables», el importe de su mensualidad.

No entendía nada, no me interesaba mucho entenderlo, firmé los documentos y se los regresé al anciano, en tanto que le preguntaba:

—¿Y usted cómo se llama? No lo escuché antes.

—Porfirio —respondió rápido—. Porfirio Sánchez del Álamo, ejecutivo de Fomento ya jubilado.

Busqué los ojos expertos de Berta porque parecía lógico que dos viejos que acababan de conocerse hilaran una conversación ordenada desde un principio. Pero mientras me alcanzaba la inspiración de Berta, tuve tiempo de pensar que nuestra vida de jubilados era un paseo por una vía alumbrada por unos globos inflados con aire enrarecido. De vez en cuando se acercaba un duendecillo aburrido o travieso, pinchaba el globo que nos correspondía, y caía la oscuridad sobre nosotros apagándonos. Cuando esto sucedía de modo mayoritario, como en las guerras, los globos múltiples desprendían al unísono un olor a polvo de alquitrán y el ambiente emitía sensación de carretera asfaltándose.

—¿Usted no huele? —le pregunté a Porfirio.

—¿Oler? —Y aspiró—. No, no huelo a nada especial.

Observé a Berta, que parecía entender mi pregunta. A Porfirio le extrañaba tanto como se había sorprendido de mi estancia en la Roma imperial de Augusto.

—Debe de ser —justifiqué— que están reparando la calle y sube el olor de alquitrán. ¿Ve? Esto no sucedía con la pavimentación de los caminos romanos en mi época. Empleábamos la piedra, los adoquines de piedra. No todo son adelantos hoy en día, aunque sí rapidez.

Volví a buscarme en la faz de Berta, en la censura de sus ojos explicándose para que yo entendiera.

—Roma —comencé a desarrollar— aprovechaba la libertad republicana para multiplicar los escritos difamatorios. Sólo eran excepción los dirigidos contra la materia religiosa que, al igual que en Grecia, dieron lugar a instrucciones y expurgos de libros que se manifestaban contra la religión tradicional que servía para la cohesión ciudadana. La mayor parte de los libros que se quemaron o destruyeron trataban de técnicas adivinatorias o de contenido mágico. En el pensamiento de Roma cundía el aserto de que las injurias dedicadas a los dioses sólo a ellos competía y sólo ellos y no el ciudadano debían resolver. Sin embargo, se perseguía cualquier

manifestación contraria a los ritos patrios tradicionales.

—¿Y los adivinos? —se atrevió a preguntar el llamado Porfirio Sánchez del Álamo.

—La adivinación —respondí gratamente— tuvo su importancia por cuanto buscaba averiguar la voluntad de los dioses para estar a bien con ellos, agradeciéndoles o pidiéndoles ayudas. Aquí Roma se contagió de la aruspicina practicada por los etruscos. Cicerón, por ejemplo, nos habla de *haruspicini* y los libros rituales etruscos en su *De divinatione*. Fue célebre la reunión de prácticas adivinatorias y mágicas que conjuntaron la *Etrusca disciplina* que recogía leyendas sobre el arte de interpretar los terremotos y los rayos o procurarse la fertilidad de los campos. Se decía los *libri tagetici*, que nombra Cicerón.

—¿Y todo eso lo viviste tú? —preguntó incrédulo Porfirio.

—Más bien lo escuché —respondí con urgencia—. Con el paso de los años y el contacto de Roma con sus conquistas, el imperio fue atendiendo supersticiones del helenismo que convenían a la curiosidad y estima del pueblo romano. Penetraron prácticas judías, egipcias, caldeas... que divulgaban la interpretación de los sueños y la consulta con las estrellas o los vaticinios del futuro inmediato. Claro que al aire de todo ello medraron falsos magos y pronosticadores insolventes. Pero fue en un tiempo feliz, en nuestra Bética, donde encontré a una alejandrina maravillosa, Clodia, que luego me ayudaría a comprender la extrema religiosidad de Augusto y su empeño de quedar en la historia.

Observé los ojos plúmbeos del anciano Porfirio y estimé cómo en él los años mordieron su memoria según pasaban, alimentándose esporádicamente de la pasajera actualidad. Así, quizás fuéramos todos, Hilario, quedándonos sin memoria del pasado y dándole cabida a un acontecer que iba deshaciéndonos sin dejarnos tiempo para el saber y el trato que requiere la amistad. ¿Tantas prisas teníamos, viejo amigo? Me fijaba más en la mirada de Porfirio y más parecía, Hilario, no haber escapado de la edad prebiótica aunque su lengua rocanrolera quisiera desmentirlo. ¿Tan difícil era, viejo amigo, poder admitir que una persona normal pudiera alternar su estancia en Roma y su hábitat profesional en Madrid? ¿Tanto nos presionan la realidad y el progreso, la comodidad, que ya no podemos imaginar, poseer, aquella jornada primera en la que José

le mostró a Genoveva el descubrimiento del fuego, con lo que el fuego serviría para calentarse en el gélido invierno o la cocción de los alimentos?

No me refiero, Hilario, a especular cómo sería la belleza contemplando la Venus de Willendorf o la de Menton, o deteniéndonos en la expresividad del bisonte de Altamira o en la escultura de asta de reno mostrada en la cueva de la Madeleine o a la utilidad de las azagayas de que tanto se sirvieron en la prehistoria, no, Hilario. Estoy refiriéndome al ser humano antes de que nos ilustrara la relación de la prehistoria con la antropología o la etnología. A cuando necesitábamos la imaginación y la compañía de los mitos. A cuando teníamos que imaginar la necesidad del primer hombre en decirle a la primer mujer «te amo» y tuvo que ser, residir, en la palabra. ¿Alcanzas a comprender, Hilario, la alegría que hemos perdido con el despojo de la imaginación? Perder aquel día, ¡oh, qué día!, en el que ella apreció que el amor tenía encendida la manifestación de una caricia, de un beso.

Es probable, no sé, que donde moras, Hilario, todas mis preguntas no necesiten ya la contingencia de las respuestas y ni siquiera se propongan. Es posible, Hilario, porque ahí todo es sabido. Pero aquí, viejo amigo, todavía somos débil tierra, curiosa tentación, y me temo que bastante pérdida de la alegría de imaginar, de creer, porque el ofrecimiento continuo de la comodidad nos aplasta con su terca realidad.

Tendrás que perdonarme, viejo amigo, que aún esté adherido a la tierra, y la ame sabiéndome barro de ella. También tendrán que perdonarme Berta y Porfirio por el silencio injusto al que los sometí, provocado en gran parte por mi mutismo egoísta. Tenía que romperlo y me dirigí al anciano:

—¿Desde cuándo perteneces a la «Asociación»?

—Fui uno de los fundadores —respondió orgulloso—. Puede que fuera hace unos veinte años, a mi regreso de Buenos Aires en donde fui pintor de fachadas en el barrio de Boca, lleno de italianos, y hasta donde los árboles tienen voz de tango que aplaude a su «Boca Junior».

—Purificación, la vecina —intervino juiciosa Berta—, también pertenece a la «Asociación».

—Sí —ratificó Porfirio—, está muy comprometida con ella desde

que la conoció. Ahora quisiera conseguir un espacio para biblioteca y reuniones de los más solitarios o incomunicados. Recuperarlos.

Realmente ¿qué me importaba a mí todo aquello? Me pareció una falsa comedia estar representándola, fingir un interés hacia aquellos jubilados reunidos bajo el sol en los bancos de la plaza del pueblo o en los salones al resguardo de la lluvia invernal. Se trataba de escenas en las que no me apetecía participar como actor. Jamás podría admitir como verdad el compromiso que adquirió un tal Darío Bretune en el tiempo de Augusto, cuando compró por setecientos denarios al esclavo de origen griego llamado Vibio que estaría obligado a guardar respeto, devoción y obediencia a su patrono aunque fuera manumitido.

Si en la tertulia que teníamos en el café era algo difícil que Humberto y tú mismo, Hilario, admitiérais por completo que Augusto se vio obligado a prohibir asociaciones, de las muchas levantadas por la República, porque en una de ellas habían redactado un condenatorio manifiesto político ¿cómo iba ahora, lo llamara *collegium* o *contubernium*, a explicar mi intervención en una de los *collegia iuvenum* a favor de mi amigo Octaviano, que me había reclamado para el servicio de Roma? Ni siquiera podrían admitir el consejo que le ofrecí al emperador sobre las más extendidas asociaciones, cual eran las religiosas, las funeraticias y las de festividad deportiva, en las que más se incubaban la demagógica protesta social contra la política de austeridad relativa de Augusto. Quien, por cierto, comenzaba a tener mayor decisión como órgano de consulta que el Senado, y conocía problemas personales que la mayoría desconocía. Fue en esta misión como tuve mayor relación con la alejandrina Clodia de la que me hubiera gustado hablar mucho más que de otras cuestiones políticas.

Sí, Hilario, no sólo en la vieja tertulia sino ahora me hubiera gustado detenerme en Clodia, hablar de Clodia, porque nombrar las cosas y las personas es darles existencia, recrearlas y sentir sus latidos. No en vano es seguir el principio divino de la creación por la que se dijo «Hágase la luz y la luz fue hecha» o se nombraron la tierra y los cielos y tierra y cielos comenzaron a existir. Por esta razón, viejo amigo, el poeta persigue y ama tanto la palabra, vivir la voz de la palabra porque en ella se crea y pervive, aunque sea vomitando maldiciones.

Pero si al parecer era difícil imaginar lo que mi palabra decía de mi edad con Augusto o con Tíbulo u Ovidio, ¿por qué iba a esforzar alguien su imaginación viéndome, creándome, con Clodia? Me viene a la memoria en este momento, Hilario, el recuerdo de un compañero de estudios que con alguna frecuencia me ilustraba con el número de novias que tuvo y con las que jugaba a suponer cómo habría sido su vida compartiendo los días.

Me gustaba escucharle cómo jugaba al vivir distinto con cada una de ellas, existiéndolas, persiguiéndolas en su actualidad ajenas a él. Tú sabes, viejo amigo, te lo refresqué hace días en una carta, mi existencia de joven con Natalia, con la que tuve que componer una elegía y quedé herido para siempre. Luego conociste por mi voz escrita mi fabuloso encuentro con Clodia, la espléndida egipcia que tanto me ayudó en el consejo de Augusto. Te confesaré, Hilario, que con frecuencia, con mucha frecuencia invoco su nombre para que descienda de la imaginación y sea, al fin, creación de la palabra, pulsación de mi voz. ¡Oh, Dios, lo que me habría podido alegrar que alguien me creyera! Me pareció distinguir en los ojos de Berta una ligera afirmación y quedamente, sin que Porfirio lo captara, le dije: «Otro día, Berta, te hablaré de Clodia.»

En fin, Hilario, me parece que ya es de razón que vaya poniéndole cierre a esta larga y caprichosa epístola. Puede que tal vez te interesara en alguna de las glosas que hice sobre lo escrito, no a la acción o argumento lineal que te sería conocido, a lo que iba prestándote el movimiento inherente de la palabra, promotora de imágenes, al igual que realiza ese veterano empleado que habita en la cabina de proyección cinematográfica. Como éste coloca los rollos de película, otorgándole movimiento a la cinta, yo intenté darle movimiento de nuevo, reviviéndolo con la palabra, a un argumento encallado en el pasado. ¿Fue así como pudiste leer mis cartas desde tu estática posición en un presente? Es probable, viejo amigo, que yo moviera lo que te escribía mediante glosas o comentarios o preguntas fingidoras de una acción. ¿Pudiste leer así mis glosas sobre el argumento lo mismo que en el cine mudo se leían las líneas escritas al pie de la imagen cinematográfica? No hay nada nuevo y ni siquiera ahora puedo saber si acerté a expresarme.

Apenas reconozco ahora que fue hace un tiempo que ya no domino. Ayer al intentar levantarme de la cama no pude. Lo intenté

varias veces en un discurso baldío. Mis rodillas se negaban a sostenerme. Así que decidí esperar a que Berta llegara según costumbre y me ayudara. Lentamente, echado en la cama, fui sintiendo que iba secándome, saliendo de mí mismo hacia un sueño que no me pertenecía aunque tenía mi olor, mi sabor de vida.

Llegó entonces, un poco más allá de las ocho de la mañana, una mujer que me miró extrañada, sorprendida, y me interrogaba aceleradamente acerca de cosas que desconocía. Era una mujer fuerte, enérgica, y logró incorporarme. La reconocía. Sabía que su nombre era Berta, que la estuve esperando, pero era alguien a quien realmente ignoraba. Tampoco me preocupaba mucho mi ignorancia, carecer de curiosidad. Miraba la habitación en la que me habían colocado, el sillón de tela roja que palpaba queriendo reconocerlo, al igual que registraba las paredes o intentaba averiguar el origen de los cuadros y las personas que aparecían en una fotografía. Creo que, poco a poco, mi cabeza fue alojando la razón.

Sé que ahora estoy escribiéndote y que tu nombre es Hilario, y hasta que fuimos compañeros de trabajo. Pero aún siento la cabeza requisada por la confusión y me marea fijar la mirada en un objeto o persona intentando reconocerlos. Sé, repito, que voy escribiéndote, mas ignoro dónde estarás, la dirección a la que enviar mi carta.

—No sé dónde está —pronuncio despacio, quedamente.

—¿Quién? —me pregunta Berta.

—Hilario —respondo con seguridad—. Sé que se llama Hilario, estoy seguro, pero desconozco dónde está.

—Bueno —me calma Berta— ya te acordarás luego, ven a desayunar, te sentará bien, estás débil.

Berta me conduce.

Mientras estoy desayunando llega una persona que, al principio, desconozco. Después, al escuchar su voz, observar su rostro, voy reconociéndola. Es Purificación, mi vecina, la farmacéutica.

—¿Qué tal te encuentras? —me pregunta.

Al principio no sé qué responder, realmente ignoro cómo estoy. Simplemente la miro agradecido y espero ser entendido por la mirada. Descubro detrás de Purificación a su hermana Luciana y deduzco que ambas han sido reclutadas por Berta. Luciana aún tiene ojos de sueño, creo que decepcionada y con una sonrisa

oferente diseñada en su boca.

—Nos diste un buen susto —dice Luciana.

Su hermana asiente, al igual que Berta, y me pregunta:

—¿Tomaste anoche algún calmante o somnífero al acostarte?

—No —respondo—, únicamente una especie de jarabe contra la tos porque estuve resfriado.

—¿Solamente eso? —me insiste de inmediato.

—De todas formas —me aclaró como farmacéutica— una sobredosis o ingesta muy alta de jarabe puede producir sopor, alteraciones en la forma de caminar, pérdida de memoria, midriasis, vértigo, pérdida de conciencia... son sensaciones que has tenido según me dijo Berta. Por ello te administré benzodiazepinas, que al parecer te han hecho efecto.

Me miró como si no quisiera despedirse y buscara la compañía de Berta y de su hermana para asegurarse.

—De un modo u otro deberías ver cuanto antes a un especialista, a un neurólogo o un psiquiatra para quedarte tranquilo.

Sonrió, miró hacia la habitación en la que dormían los libros, dijo unas palabras que no entendí y fuese.

Berta y Luciana me contemplaban en tanto terminaba el desayuno. Parecía que esperaban que finalizara para preguntarme.

—¿Cómo te encuentras? —formuló Luciana.

—A mi edad —quise disimular— siempre se estuvo mejor en los días precedentes. Un poco mareado, no centrado en mi sitio, pero bien, mucho mejor que al despertarme y verme inútil.

Berta recogió el plumero y se dirigió resuelta hacia la biblioteca. Me reconfortó su actitud.

XV

ME DESPIDO

Creo, Hilario, que me encuentro bien, algo deteriorado, pero bien. Los científicos le dieron otro nombre, pero al fin se trataba de aislarme de mí mismo con el objeto de que me encontrara. Sabes que nunca me gustó discutir (otra cosa eran los debates que teníamos en la antigua tertulia), pero lo que pretendían de mí era despojarme de la tentación creadora de la imaginación y trasladarme al más seguro puerto del acomodado y práctico vivir. Incluso insistiéndome en la realidad de que ya no existían ni Platón ni Lucrecio, ni la alejandrina y bella Clodia ni tú mismo, al que escribía en calidad de confidente y cómplice. ¿No existes, Hilario? ¿Acaso eres un mero producto de mi palabra, un ente posible mas irreal? Calculo, Hilario, que no será tan fácil borrarte de la existencia, bajarte de ese espacio que habitas y me intriga.

Te supongo, Hilario, que conoces mi ingreso en la Clínica de San Benito y San Simón para enfermos mentales. Podría pensarse, precipitadamente, que es una selecta antesala del manicomio, así que conviene que no me empeñe en creerme Napoleón. Me extrañó, en principio, que la clínica llevara el nombre de dos santos entre los que no hallo relación para titular una clínica o sanatorio. De San Pedro conozco un poco: que fue nombrado el «príncipe de los apóstoles», que el propio Jesús lo llamó Kefá, que en arameo significa la Roca, la roca sobre la que se asentaría la iglesia, y al que conocí cuando estuve en Italia por un cuadro de fra Angélico en los Uffizi y su posible enterramiento en las catacumbas de San Sebastián en la vía Appia. Naturalmente sabía de las lecciones del colegio su oficio de pescador, su seguimiento y negación de Jesús, su martirio y muerte en la cruz; lecciones que atendíamos en el colegio y que luego meditábamos. Pero de San Benito lo ignoraba casi todo, apenas si tenía oído que era el posible redactor de la

Regla benedictina, trasmitida bajo su nombre y que llevó ejemplarmente una vida eremítica. De modo que un día, en el recreo, me acerqué a una monja.

—Perdone, hermana, ¿usted es monja benedictina?

—Me llamo Suor Alicia, y sí pudiera serlo.

—¿Podría decirme de San Benito? Es probable que alguna vez yo le rezara sin saber quién fue y significó:

—¿Y qué quiere saber? —me requirió caritativamente.

—No sé, algo específico de él.

—Muy joven después de estudiar en Roma filosofía y retórica se aisló para llevar vida interior, ascética. A los veinte años se retiró a Subiaco, la ciudad del Lacio al parecer mandada construir por Nerón, en la que fundó su primer monasterio, a cuya vista su hermana, Santa Escolástica, edificó el primer monasterio de mujeres. Allí vistió Benito el hábito monástico y durante tres años llevó vida eremítica. Luego fundó doce monasterios con doce miembros cada uno en los que el santo fue el padre superior. A mediados del siglo VI dictó la Regla de 73 capítulos por la que se guían los benedictinos básicamente. Murió en Montecasino en olor de santidad, y los benedictinos celebran su fiesta el once de julio. Esto —me añadió— no es ni siquiera un mal resumen de una monja iletrada. Si quiere, mañana mismo le puedo ofrecer un libro sobre San Benito y la orden benedictina.

—Sí —acepté—, se lo agradezco mucho sor Alicia.

Te diría, Hilario, que la monja fue lo más amable que hasta entonces había encontrado en la clínica. Estaba en aquellos días al cuidado de la planta en la que me encontraba recluido y, dentro de lo que se permitía, sor Alicia me hablaba del monasterio del que llegó, y al que deseaba regresar, y yo le contaba profanamente la aversión que me producía el avance de las técnicas modernas contra la existencia de los libros, imposibilitando el crecimiento de la primera biblioteca pública abierta en Roma por Asinio Polión, el amigo del poeta Catulo y que acompañó a César en el paso del Rubicón.

—Ahora —me defendía— la gente ya no se detiene ante la satisfacción que produce un libro bien impreso, bien editado. Ni siquiera repara en el olor, el tacto, el sonido que produce la hoja al pasar la página, la apelación a la memoria a la que invita el texto.

Incluso sé de una tenida por académica que llevó al encuadernador un texto clásico pidiéndole que le guillotinaran los márgenes para que encajara su tamaño en una estantería. Mueble, por cierto, que ahora se llama aún librería y sirve para colocar muñecos, estatuillas, fotos enmarcadas, pero no libros.Salvo ese ejemplar protegido en celofán que les regalaron en Navidad a los señores de una casa.

La monja, naturalmente, sonreía ante mi indignación de lo que fue sustento de nuestra vida. ¿Acaso, Hilario, ya la muerte del libro no te atañe? ¿Conocéis ahí de bibliotecas y gozas de selectos editores como aquel Lúculo que abrió librería en Roma para vender libros helenos, en especial de Aristóteles?

La monja, me anunció una enfermera pocos días después, había dejado la clínica por otro destino. La enfermera me certificó que sí, que era monja y de nombre Alicia, pero no benedictina sino franciscana.

Carecía de aparente relación, pero la desagregación de la hermana Alicia incidió sobre mi estómago y me temí que, al igual que los libros, un sucedáneo ocupara el lugar de los apreciados alimentos. En una revista leí que ya existían píldoras, con distintos sabores, que sustituían la comida. Pero seguro que ninguno era aquel manjar que consumían los dioses en sus fiestas animándose orgiásticamente. Cada dios olímpico, ansioso gourmet, comía o bebía con tal ansia que aún no sabemos si ambrosía es un manjar o una bebida. Sabemos que la voz es griega, que su consumo proporcionaba la inmortalidad y se ganó el aprecio de los poetas cultos en cuanto «vianda du Dieux». Como tal lo recoge Petrarca en el soneto:

Pasco la mente d'un sì nobil cibo
Ch'ambrosia et nectar non envidio a Giove.

Aparcando el correr poético aprecio cierta similitud entre el descubrimiento de las píldoras que sustituyen el placer de comer y el avance tecnológico que amenaza el libro como soporte de cultura. Hay, creo, una analogía entre la decepción del gourmet y la misión coautora del lector. Pienso, Hilario, que no será muy grave y simplemente se reducirá la cultura, a la que ya vamos abandonando

o sustituyendo desde hace tiempo al caer sobre nosotros una ansiedad análoga a la que cae eternamente sobre los *golosi* del Inferno dantesco.

Regreso al pálpito de mejor corazonada. Berta decidió por su cuenta intentar una especie de reclutamiento, imagino que animada por mis vecinas, que me contaban bajo el toldo de la soledad, adelanto de pensamientos tristes. Por cierto, y perdona el inciso, que supongo en ti vencida la gula y el golosinear y te alimentes o bebas ambrosía como los comedidos dioses mitológicamente cansados que están más allá de unas costas invadidas por surfistas competidores de enormes y espumosas olas. ¿Qué dirán los dioses de estos surfistas que vienen a retar las embravecidas crestas de las orgullosas olas? Si tienes ocasión pregúntale a Júpiter o a Posidón, quien más sensato no se entretuvo en practicar el surf sino en que emergiera del fondo del mar una isla, Delos, la isla errante en la que nacerán los hermanos Artemis y Apolo. Total, que ignoro y pregunto si en ti será un manjar o una bebida la cultivada ambrosía.

Iba escribiéndote, al margen de la ambrosía, sobre la actitud de Berta montada en la caridad de visitar a los enfermos que corrió por una tradición cristiana. Berta se desplazó a la facultad y bien animada se dispuso a conectar con aquellas personas, profesores o alumnos, comenzando con el Decano, que me conocieron y no tendrían inconveniente, sino todo lo contrario, en visitarme en la clínica y animarme. Naturalmente en ningún punto la propuesta de Berta obedecía a una sugerencia mía y no me hubiera extrañado que te hubiera buscado para invitarte a que me visitaras. La verdad es que alguien le habló de nuestras reuniones en el café Urquijo y al café se marchó consiguiendo el reclutamiento de nuestros viejos contertulios y hasta de Pedro, el buen camarero que de vez en cuando se paraba a escucharnos porque le encantaba, ¿recuerdas?, cómo te expresabas recitando en latín aunque no fueras cura.

El caso, viejo amigo, es que mis tardes, para contento de Berta, se me fueron llenando de visitantes con los que platicaba del pleito futbolístico entre el Real Madrid y el Barcelona, asunto que echaba chispas y era muy agradecido de ordeñar; crecía cada jornada con el destape de alguno dado a la corrupción o se comentaba lo difícil que se situaba la existencia, especialmente entorpecida por la burocracia y la mengua de presupuesto para sostener la

investigación y la cultura.

En ocasiones me desesperaba un poco la dislexia que se manifestaba para leer la actualidad, alejándose de ella, y me entraban ganas de explicar cómo la historia que tanto habían preparado para la gloria Mecenas, Virgilo o Augusto tenía que protegerse en libros, en bibliotecas públicas a las que fueran a leer e imaginar los ciudadanos. Y me sacudía el desaliento de que mi hora había pasado cuando tanto me quedaba por aprender y escribir. Me cogía disimuladamente las piernas y maldecía la torpeza creciente que las iba privando del movimiento necesario para acometer la vida. Creo que esta inquietud atosigante era percibida a veces por los visitantes y decidían marcharse, cosa que sinceramente agradecía, poniéndome rápidamente a pensar y ordenar los proyectos que tenía y me preocupaba adelantar antes de que la muerte me silenciara. Comprende, Hilario, que mi actitud tenía bastante de egoísmo, pero era lo que tenía.

En otras circunstancias venían a visitarme grupos de exalumnos, ya profesores, con los que comenzaba a animarme desde el momento mismo de escuchar sus nombres: José Ignacio Díaz, que había realizado una excelente edición de Hurtado de Mendoza; Isabel Colón, atenta al desencuentro de Cipriano de Valera con los papas; Paloma Fanconi, lectora entusiasta del epistolario de don Juan Valera; Merche López, que me traía recuerdos de Siena y del poeta Francisco Figueroa; Eduardo Martínez Rico con su fidelidad académica...

Incluso retrocedíamos juntos a los años, sudando julio, en los que realizábamos los exámenes de Literatura que yo designaba orales y para lo que se emperejilaban las alumnas adecuadamente ante mi disciplinada inmovilidad. Tú, Hilario, en un aula contigua, oíste más de una vez los apuros o liberaciones de los alumnos, según le iban en los ejercicios, ¿recuerdas cómo me lo comentabas con cierto aire censurador? Siempre te respondía que era un sistema para conocer algo mejor el alumnado, más allá de entenderlo como un mero número.

Sí, evidentemente le agradecía a Berta su buena disposición para organizarme estas visitas universitarias, tan distintas de aquellas apegadas a un rutinario formulismo burocrático.

Estoy seguro que la indicada familiaridad universitaria me

ayudó a levantarme una mañana, en cuya noche anterior había sentido en semisueño que me atravesaba la piel una aguja larga de gancho y penetraba hasta donde el corazón latía. Fue una punzada breve e intensa en la que tuve la sensación de que la aguja hurgaba con afortunada vocación de huida. Me atemorizó, Hilario, y permanecí quieto en la cama, con una pastilla sublingual de cafinitrina, queriendo huir del movimiento por si éste pudiera despertar al dolor. No le comuniqué a nadie el suceso y cuando el día clareaba recibí las ganas de charlar de nuevo con los universitarios y donde, la verdad, te eché de menos. ¿Es posible que me hubieras visto desde tu lejano espacio? No lo sé, Hilario, no soy capaz de seguir tus movimientos carentes de sonido. Pero creo, viejo amigo, que podrías haberme anunciado la presencia de la aguja buscadora del corazón. De lo que sí estoy seguro es de que la aguja tenía la misma longitud y forma de aquella otra que usó la mujer de Marco Antonio para atravesar la lengua de Cicerón allá en el senado romano, según me contaron.

Te escribiré ahora escuetamente que pensé que podías haber utilizado a un ángel para saber de mi ataque al corazón, pues parece, por lo que leo, que los ángeles conocen las cosas futuras. Escribo *parece*, pues todo lo relacionado con los ángeles, desde si gozan de libre albedrío a su soberbia de equipararse a Dios, es discutido argumento por inteligencias superiores a mí que me obligan a permanecer callado. Sin embargo, viejo amigo, estuve acudiendo un poco a sus cuestiones, de cuya lectura nacieron las preguntas que fui proponiéndote y que más que preguntas eran consideraciones mías. Retomo así la cuestión de ¿por qué no me llegó un ángel de tu parte para resolverme los temores de mi maltrecho corazón? ¿No estás gozando tú de la gracia cercana de la divinidad? No, no me respondas ahora.

Sí me gustaría saber, y no es baladí amasijo de barro, que me dijeras si es o no infinita la distancia entre tu espacio y mi suelo. Antes, para que veas que te correspondo, te mencionaré que hace días recibí la atención del doctor Tsartas, de origen griego, y jefe del área de neurocirugía y psiquiatría de la clínica. Una enfermera de sala me había prevenido que es un doctor muy amable y eficiente.

—Según este informe —y me mostró el médico unos papeles—

no tiene usted nada grave definido. Le aqueja más de lo normal la migraña y tiene las desorientaciones y olvidos propios de su edad. Salvo que me contradiga, todo perfectamente en orden.

Asentí con la cabeza, omitiendo que padecía de feroz estreñimiento, posiblemente a causa de la poca movilidad que me permitían las piernas y que estaba tomando Duodart para subsanar la parca función de miccionar que me perseguía.

—Usted fue catedrático de la Complutense, ¿no es eso?

—Sí, señor, hasta hace unos años.

—Le voy a realizar unas preguntas para ver cómo andamos de memoria. ¿Le parece?

—Me parece —sonreí.

—Bien. ¿Recuerda hasta cuándo duró el triunvirato de Marco Antonio, Octavio y Lépido en Roma?

—Diría —sonreí— que fue hasta la batalla de Accio, en el año 30-31. Más que en los años, que al final vuelan, recuerdo que en su final Octavio fue revestido de la *tribunicia potestas*, a la que pronto seguirían los títulos de princeps *senatus* y luego el de *imperium proconsulare*. Lo recuerdo muy bien porque fue el curso en el que fui invitado por primera vez a Roma para asesorar a Octavio, que inmediatamente asumió el título de Augustus, y el curso en el que conocí a Clodia en la Bética.

—¿No le extrañó a sus colegas que lo invitaran a Roma?

—¡Claro que les extrañó! —exclamé.

—¿Y cómo reaccionaron? —quiso indagar.

—Al principio les sorprendió un poco, sobre todo a don Humberto, pero fueron acostumbrándose. Tenga en cuenta que para ellos, profesores de clásicas, Roma era una historia conocida y explicada, de modo que fue algo parecido a como si asistieran a una película de ambientación romana en la que podían reconocer las estatuas, las situaciones y los personajes frecuentemente leídos y explicados en clase.

—¿Fue tan fácil la adaptación, el creerle?

—Teníamos un antecedente en el grupo de contertulios: el profesor Hilario, que falleció hace poco. Un día estaba en la facultad dando clase y a la salida se le presentó Paulo Valerio Máximo para darle la noticia de que el gran poeta Quinto Horacio Flaco había muerto ayer, 27 de noviembre, a los cincuenta y siete

años de edad. Se lo comunicaba por mandato de Augusto debido a la gran amistad que los unía. Le añadió que Horacio sería enterrado en el Esquilino, junto a la tumba de su protector Cayo Cilnio Mecenas.

—¿Y ustedes no dudaron lo más mínimo?

—Absolutamente nada. Hilario era un gran conocedor de Horacio, recitaba de memoria toda su poesía.

—¿También, como usted, era amigo del emperador Augusto?

—También. Precisamente recurrían a nuestro colega Hilario, como conocedor de Horacio porque corría la sospecha de que el gran poeta hubiera sido asesinado por mandato de alguien.

—¿Y lo descubrieron?

—No, no fue posible. La actividad y amparo de los sicarios no era rara en la época.

No sé, Hilario, viejo amigo, si sería figuración mía o mera curiosidad de lector, pero iba creciendo en mí la sensación de que el doctor Ivo Tsartas, de origen griego, estaba aficionándose a nuestro mundo, más allá de cualquier ironía que pudiera brotar de la escucha de un enfermo mental. De cualquier modo yo me mantenía en la prudencia, dentro del rigor debido, y me escapaba de vez en cuando a especular si nos estarías oyendo desde tu espacio.

Supongo, Hilario, que habrás percibido que te estás convirtiendo en un punto de referencia algo obsesivo para mí. Por ejemplo, llevaba tiempo pretendiendo conocer en qué día, mes y año habías nacido con el fin de celebrarlo tal como indica Marsilio Ficino en el *De amore* surgido para conmemorar el nacimiento y muerte de Platón, un siete de noviembre al morir el filósofo griego al final del banquete. Este banquete lo renovaban cada año los antiguos platónicos hasta los tiempos de Plotino y de su discípulo Porfirio. Así durante dos mil doscientos años. Rota la tradición, Lorenzo de Médici quiso reinstaurar el banquete platónico y designó como anfitrión a Francisco Bandino, quien recibió en la villa de Careggi a los nueve invitados platónicos que vinieron a componer el *De amore o Comentario al «Banquete»* de Platón de Ficino que conocemos.

Claro está, Hilario, que tú no eres Platón, sobre el que Alfred N. Whitehead señalaba que «la tradición filosófica europea consistía en una serie de notas marginales a Platón», pero tampoco lo son la mayoría de los que tienen dedicadas estatuas, plazas o calles. Podría

citarte también con alguna cercanía el caso de Augusto al que tras su incineración un senador propuso que se cambiase el nombre del mes de agosto por el de septiembre basándose en que en aquél había nacido y en éste muerto, según refiere Suetonio.

Vuelvo a preguntarte Hilario si te ha sido dado el poder escuchar el diálogo que mantuvimos el doctor Ivo Tsartas y yo en la clínica. Si te fue posible, advertirías, viejo amigo, que el doctor acrecentaba su interés sobre la Roma de Augusto conforme avanzaba nuestra conversación. Más que un paciente al que auscultar yo iba ganándome la entidad de informador del pasado, título compladecedor.

—¿Era Augusto, como se dijo, tan religioso? —me preguntó el doctor.

—Sí —le afirmé—, lo era. Aunque yo más bien diría supersticioso y temeroso de los dioses. Tanto que llegó a ser nombrado *pontifex maximus* y unió a su poder militar, legislativo y judicial el poder religioso. Como sabe, tras su muerte en el año 14 de nuestra era, Augusto fue alzado por el senado, mediante apoteosis, a la categoría de dios.

Inmediatamente después el doctor quiso saber acerca de la mediación de Augusto cívicamente, en cuanto «padre de la patria». Aquí, Hilario, me comporté con modestia, pues apenas mencioné mi función de consejero, en la que siempre respeté las opiniones y juicios de su yerno y fiel colaborador Marco Vipsanio Agripa y del estimulador y protector de la cultura Cayo C. Mecenas. Esto último con el argumento más importante para mí, como bien sabes, pero intenté ser objetivo, apartando vanidades, y me detuve en explicarle al doctor los esfuerzos del emperador por establecer unos ingresos seguros del Estado, mediante la recaudación de impuestos y disminución de los efectivos militares que, a la muerte de Augusto eran tan sólo de veinticinco legiones.

Me mordí la lengua, Hilario, y ni siquiera mencioné a Clodia, a la Venus celeste criada en Alejandría y perdida en la consumación del tiempo terrenal, que era a lo que más me debía y amaba. Pues a ella, como te referí una vez, era a quien debía realmente el aprecio que me tenía Augusto, sobre arúspices y magos ya que yo podía ofrecerle lo que sucedería dentro de veinte o más años con mucha más seguridad que los adivinadores. Sí quiero recordarte, y se lo

hice retener al doctor, que en su afán de ser protagonista de la historia eterna de Roma, Augusto me requería sobre cómo discurriría la ciudad tanto en la sucesión dinástica como en la urbana. Sobre ello algo pude adelantarle, aunque siempre tropezaba con la dificultad de que no estaban inventados los términos léxicos que los expresaban. Tenía que recurrir a metáforas, relaciones o dibujos que hoy no me atrevería a mostrar.

Creo, Hilario, que el doctor Tsartas y yo íbamos compenetrándonos en la medida del humanismo que nos une. Me parecía leerlo en el mensaje de sus ojos comprometiéndose con mis estancias en Roma en contacto con Clodia y con Augusto. Entiendo que tomábamos el mismo sendero para caminarlo. Pero de pronto, inesperadamente, se han presentado don ancianitas. Nos fijamos en ellas, mudos de sorpresa. Caminaban rápido, con pasitos cortos, sin apenas levantar los pies del suelo y se diría que se hubieran vestido forrándose el cuerpo con mantas de algodón que les habían redondeado los cuerpos lamiéndoles las formas. Tan iguales que semejaban hermanas mellizas que sonreían disculpándose de haberse colado en un lugar que no pretendían.

—Perdonen —dijo una—, ¿es el despacho del doctor Tsartas?

Nos miraban como si sus ojos estuvieran construidos por la bondadosa amistad, ajena a molestar y a despertar a alguien. Y luego:

—Nos ha dirigido aquí una monjita. Queríamos saber de la salud de...

Eran dos ancianitas que fueron amigas de juventud de mi madre cuando eran niñas. Mi madre, si viviera, tendría ahora más de cien años, así que aquellas ancianitas, sobrepasadas de edad, no podían ser reales sino mensajeras de otro mundo que únicamente deseaban conocer mi estado de salud porque se habían enterado por una biznieta que estudiaba en la facultad de mi ingreso en la clínica. En verdad, ¿de quiénes se trataba?

Me mantuve callado, sin darme a conocer, no sé si por temor, por comodidad o por un extraño sentido de agradecimiento. El doctor Tsartas se levantó del sillón, las acompañó hasta la puerta, sin denunciar mi presencia, y las despidió atentamente sin que pudiera oírle qué les decía. Sí presentí que se marchaban tan contentas como cuando tenían libertad para jugar a la comba en el

patio del colegio.

Posiblemente yo fuera un avezado constructor de diálogos mudos en la mente a partir de su nutrición en el monólogo interior. Posiblemente fuera, Hilario, como una vez te dije, la necesidad de comunicarme, de expresarme fuera de mí que pedía mi arropada intimidad. El hecho es que, después de irse, me quedé un buen rato dialogando con las dos ancianitas interrogándolas sobre cómo conocieron a mi madre, si su biznieta había sido o no alumna mía o si también interpretaban a Chopin al piano tal como lo ejecutaba mi madre. Puede, viejo amigo, que hasta me llegara la tentación de comprobar si estaban forradas de algodón u otra materia al igual que lo hicieron ciertas damas medievales. Así, Hilario, suplí la ausencia de mi voz en el despacho del doctor Tsartas.

No obstante la construcción del diálogo con las ancianitas estuvo interrumpido de vez en cuando por intervenciones ajenas como la de una monjita de limpia belleza que me intrigó al revelarme que se llamaba Beatriz, y su familia era de Florencia, de donde cierta vez escapó una antepasada para acompañar a Virgilio a dar vueltas en torno a unos círculos que ascendían al cielo, dentro de una realidad construida a golpe de carne y ensueño. Estoy seguro de que entonces Beatriz decía jazmín u olear y yo comenzaba a oler el blanco perfume originario de Persia o el hondo aliento del mar.

En otra ocasión recibíamos la interrupción de un desconocido sin rostro que nos definía que la auténtica vejez era ir arrojando al olvido nombres y hechos con los que habíamos convivido, cosa a la que nos oponíamos las ancianitas y yo. Era, lo juraría, cuando llegó una enfermera joven, dispuesta y guapa que me afirmó que el doctor Tsartas era el mejor médico que podía haber elegido y quien pronto me sanaría llevándome a la realidad. ¿Pudiste escucharla tú desde el lugar espacioso que compartes? ¿Lo recuerdas, Hilario? Pertenece a ese tiempo en el que yo no podía asegurarme si me había levantado o no de la cama para sacar el perro al campo y tuve que guiarme de señales, como la persiana echada o levantada, según me hubiera alzado ya o no. Aquella afirmación de regresarme a la realidad de Tsartas sostenida por la diligente enfermera me inquietó bastante. Porque ¿cuál era el tiempo de mi realidad al que pertenecía? Mi realidad estaba en Roma junto a Clodia y Augusto ¿o pertenecía a mi cumplimiento de las horas lectivas en la

Complutense? Me atosigaba determinar a qué realidad pertenecía mi existencia. No era tan fácil la elección, Hilario, y ambas pugnaban por poseerme al igual que se debaten, recién despertados, la vigilia y el sueño afortunado.

Ayer mismo, antes de que nos interrumpieran las dos ancianitas en la consulta, ignoraba o dudaba por qué opción decidirme y estuve tentado de preguntarle sobre ello a la viejita que se declaró amiga de mi madre. Me contuvo, Hilario, la circunstancia de que tal pregunta hubiera podido pesar sobre mi destino ante el doctor.

Esta mañana Tsartas me recibió en su despacho sin que la intromisión de las ancianitas nos hubiera distanciado. Sin embargo, advertí en el tono de su voz que algo cambió. Tenía más sonido familiar, una cierta búsqueda de afecto, incluso cuando animado por la ironía me interpeló:

—Entre Roma y Madrid siempre existió una distancia geográfica que salvar. ¿Cómo conseguía usted una actividad casi paralela en sendas capitales?

—No lo sé —respondí—, sé que lo realizaba, y lo mismo estaba en Roma festejando el *Canto Secular* que en la tertulia que manteníamos en Madrid coincidiendo en el aprecio por Virgilio u Horacio.

De improviso, como llegada en una ráfaga de sólida esperanza, presentí que el doctor Tsartas estaba a punto de aceptar mi doble actividad, para lo cual buscaba una base de realidad, sólo una, en la que apoyarse.

¿Me comprendes, Hilario? ¿Puedes calibrar la importancia que tiene una carta tuya respondiendo a cualquiera de las preguntas que me inquietaban? Por favor, viejo amigo, por nuestra fraternal amistad, responde a una de mis cartas, a la que quieras y como quieras. Eso sí, Hilario, no olvides poner claramente el remite con tu nombre y lugar de envío, que se advierta fácilmente la verdad de nuestra correspondencia salvando la distancia entre lugares distintos. Por favor, amigo, pregúntame en tu carta por Augusto, o por Ovidio, o por cualquier cuestión de Roma. No olvides que, aunque medio inútil, quiero madurar la vida y respirarla un poco más.

Ahora, Hilario, ahora mismo iré a pasear por el jardín; me encontraré con Beatriz, la monja, y le preguntaré por qué se

escondió de la vida siendo tan hermosa.

Cartas a un viejo amigo difunto
Antonio Prieto

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del diseño de la portada, Departamento de Arte y Diseño, Área Editorial Grupo
Planeta

© de la imagen de la portada, 2013. Photo Scala, Florence - Cortesía de Sovrintendenza
di Roma Capitale

© Antonio Prieto, 2013

Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© Editorial Seix Barral, S. A., 2013
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2013

ISBN: 978-84-322-2115-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com